LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

El jugador



Texto original en español

LECTURA COMPLETA · Nº 116

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA · LECTURA COMPLETA

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

El jugador

Texto original en español

El jugador, de Fiódor Dostoyevski. Texto original en español. Texto de dominio público.

Transcripción de Wikisource, publicada bajo licencia Dominio público. Esta edición, con su división en capítulos, títulos y resúmenes, se publica bajo la misma licencia.

Edición de La Biblioteca Filosófica. Léela también online, con marcapáginas, en labibliotecafilosofica.com/leer/el-jugador-dostoyevski/.

Sobre esta obra

Alekséi Ivánovich, preceptor de una familia rusa que veranea en la ficticia Ruletenburg (inspirada en Wiesbaden), está enamorado de Polina, la hijastra del general. La familia espera la herencia de una tía abuela que se supone moribunda, mientras acumula deudas con un francés astuto.

Se respeta la ortografía de la edición original, por eso verás «á» como preposición o «ménos» con tilde.

Índice

1. Fiódor Dostoyevski
2. Parte 2
3. Parte 3
4. Parte 4
5. Parte 5
6. Parte 6
7. Parte 7
8. Parte 8
9. Parte 9
10. Parte 10
11. Parte 11
12. Parte 12
13. Parte 13
14. Parte 14

15. Parte 15
16. Parte 16
17. Parte 17
18. Parte 18
19. ¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

01

Fiódor Dostoyevski

Empieza: «»

Publicado: 1866Fuente: WikisourceTraducción anónima de Wikisource

02

Parte 2

Empieza: «Por fin estaba de regreso, después de dos semanas de ausencia.»

Por fin estaba de regreso, después de dos semanas de ausencia.

Los nuestros llevaban ya tres días en Ruletenburg. Yo creía que me estarían aguardando como al Mesías; pero me equivocaba. El general, que me recibió indiferente, me habló con altanería y me envió a su hermana. Era evidente que, fuese como fuese, habían conseguido algún préstamo. Hasta me pareció que el general rehuía mis miradas.

María Philippovna, muy atareada, apenas si dijo unas palabras. Sin embargo, aceptó el dinero que le traía, lo contó y escuchó mi relato hasta el fin. Estaban invitados a comer Mezontsov, un francés y también un inglés. Desde luego, aquí, cuando se tiene dinero, se ofrece un gran banquete a los amigos. Costumbre moscovita.

Paulina Alexandrovna, al verme, me preguntó en seguida porqué había tardado tanto en volver, y sin esperar mi respuesta se retiró inmediatamente. Naturalmente que aquello lo hizo adrede. Pero era indispensable, sin embargo, tener una explicación. Tengo el corazón oprimido.

Me habían destinado una pequeña habitación en el quinto piso del hotel. Aquí todo el mundo sabe que pertenezco al séquito del

general. Todos se dan aires de importancia, y al general se le considera como a un aristócrata ruso, muy rico.

Antes de la comida, el general tuvo tiempo de hacerme algunos encargos, entre ellos el de cambiar varios billetes de mil francos. Los cambié en el mostrador del hotel. Ahora, durante ocho días por lo menos, van a creernos millonarios.

Quería acompañar a Miguel y a Nadina de paseo; pero cuando estábamos ya en la escalera, el general me mandó llamar. Le parecía conveniente enterarse de a dónde llevaba yo a los niños. Es evidente que este hombre no puede mirarme con franqueza, cara a cara. El de buena gana lo querría, pero a cada tentativa suya le lanzó una mirada tan fija, es decir, tan poco respetuosa, que se desconcierta. Con frases grandilocuentes, retorcidas, de las que perdía el hilo, dióme a entender que nuestro paseo debía tener lugar en el parque, lo más lejos posible del casino. Por último se enfadó, y bruscamente dijo: - ¿Es que va usted a llevar a los niños a la ruleta? Perdóneme -añadió inmediatamente-; tengo entendido que usted es débil y capaz de dejarse arrastrar por el juego. En todo caso yo no soy, ni deseo ser su mentor; pero al menos, eso sí, tengo derecho a velar porque no me comprometa...

-Usted olvida, sin duda -respondí tranquilamente-, que carezco de dinero. Hace falta antes tenerlo para perderlo en el juego.

-Voy a dárselo -respondió el general, sonrojándose ligeramente.

Buscó por su mesa, consultó un cuaderno, y resultó que me debía unos ciento veinte rublos.

- ¿Cómo lo arreglaremos? -dijo-. Hay que cambiarlos en talers...Pero aquí tiene cien talers... Lo demás, naturalmente no lo

perderá.

Tomé el dinero sin pronunciar palabra.

-Supongo que no interpretará mal mis palabras. Usted es tan susceptible... Si le hice esta observación fue sólo como una advertencia y creo tener derecho...

Al volver antes de la comida, con los niños, me encontré en el camino con toda la partida. Iban a contemplar no sé qué ruinas. Se veían dos carruajes soberbios y dos caballos magníficos. La señorita Blanche ocupaba uno de los coches con María Philippovna y Paulina; el francés, el inglés y nuestro general, les daban escolta a caballo. Los transeúntes se detenían a contemplar el lúcido cortejo.

Producía un efecto estupendo, aunque al general no le hacía ninguna gracia. Yo calculaba que con los cuatro mil francos que les había traído, y lo que ellos, por lo visto, habían pedido prestado, tendrían ahora siete u ocho mil francos. Muy poco, evidentemente, para la señorita Blanche.

La señorita Blanche se hospedaba también en nuestro hotel en compañía de su padre.

Nuestro francés igualmente. Los lacayos y camareros llamaban a éste señor conde. A la madre de la señorita Blanche, señora condesa. Bueno, después de todo, tal fueran conde y condesa.

Ya suponía yo que el señor conde no me reconocería a la hora de sentarnos a la mesa. Por supuesto, el general no pensaba en presentarnos, o al menos en nombrarme, y el señor conde, que había vivido en Rusia, sabía perfectamente cuán insignificante es la personalidad de un uchitel, como allí nos llaman.

Pero me conoce perfectamente. A decir verdad, nadie me esperaba todavía. Según parece, el general se olvidó de dar órdenes, y de buena gana me habría enviado a comer a la mesa redonda.

Debí, pues, presentarme personalmente, lo que me valió una mirada furibunda del general. La buena de María Philippovna me designó inmediatamente un sitio, La presencia de Mr. Astley favoreció mis planes, y quieras que no, resulté formando parte de aquella sociedad.

Este inglés es un hombre estrafalario. Le conocí en Prusia, en el tren, donde íbamos sentados uno frente a otro, cuando yo iba a reunirme con los nuestros. Luego le encontré en la frontera francesa y finalmente en Suiza. Nos vimos dos veces en quince días... y ahora, de pronto, volvía a encontrármelo en Ruletenburg. Nunca en la vida he visto un hombre más tímido. Lo es en grado máximo y no lo ignora, pues no tiene un pelo de tonto. Es agradable, modesto, encantador. Cuando nuestro primer encuentro en Prusia, conseguí hacerle hablar. Me contó que el pasado verano había hecho un viaje al cabo Norte y que tenía grandes deseos de visitar la feria de Nijni- Novgorod.

Ignoró cómo haría amistad con el general. Creo que está locamente enamorado de Paulina. Al entrar ésta, púsose colorado como una amapola. Manifestó gran satisfacción de tenerme como vecino de mesa, y me consideraba ya como a uno de sus más íntimos amigos.

En la mesa, el francés se puso en evidencia por sus incorrecciones. Trataba a todo el mundo con altanería. En Moscú, por el contrario, si no recuerdo mal, procuraba pasar desapercibido. Habló mucho de hacienda y de política rusa. El general se permitió algunas veces

contradecirle, aunque muy poco: lo imprescindible para dejar a salvo su prestigio.

Yo estaba de mal humor. No hay ni que decir que, antes de la mitad de la comida, me había formulado ya la eterna pregunta: "¿ Porqué andaré ligado a este general y por qué no le habré abandonado desde hace largo tiempo?"

De cuando en cuando miraba furtivamente a Paulina Alexandrovna, la cual no me prestaba la menor atención. Finalmente la cólera se apoderó de mí y decidí estallar. Empecé por mezclarme en voz alta a la conversación. Deseaba, sobre todo, provocar una discusión con el francés. Dirigiéndome al general (creo, incluso, haberle interrumpido mientras hablaba), le hice notar que aquel verano los rusos no podían sentarse a comer en la mesa redonda. El general me asestó una mirada de asombro.

-A poco que uno se respete -continué-, se experimenta una gran molestia. En París, en el Rin, incluso en la misma Suiza, las mesas de los hoteles están hasta tal punto llenas de polacos y de sus buenos amigos los franceses que a un buen ruso no le es posible pronunciar una palabra.

Me expresaba en francés. El general me miraba fijamente, no sabiendo si debía enfadarse o sólo mostrar sorpresa por mi falta de tacto.

-Eso significa que alguien le ha dado a usted una lección -dijo el francés despectivamente.

-En París -respondiletuve un altercado con un polaco, y luego con un oficial francés que salió en su defensa. Pero muchos de los

franceses se pusieron de mi parte al oírme contar cómo casi escupí en el café de un Monseñor.

- ¿Escupir? -preguntó con altivez el general y lanzó una mirada en torno de la mesa. El francés me miró con recelo.

-Así es -contesté-. Durante dos días supuse que vuestros asuntos me retendrían en Roma.

Fui a la Nunciatura para hacer visar mi pasaporte. Me recibió un cura bajito, delgado y glacial, que me rogó aguardase, en tono amable pero muy seco. Yo tenía prisa. Me senté, sin embargo, y sacando de mi bolsillo La Opinión Nacional empecé a leer un artículo insultante contra Rusia. Mientras leía pude oír cómo a través de la habitación contigua otra visita había sido introducida hasta la presencia de Monseñor.

Vi cómo el introductor se deshacía en reverencias. Repetí entonces mi petición y él me reiteró -mucho más secamente esta vezque debía aguardar. Pasado un momento, un recién llegado, austríaco al parecer, fue igualmente conducido, sin hacerlo esperar, al primer piso. Muy molesto me dirigí al cura y le declaré, perentoriamente, que puesto que Monseñor recibía, podía perfectamente ocuparse de mi asunto. El cura retrocedió, asombrado. ¿Cómo un insignificante ruso osaba ponerse al nivel de los visitantes de Monseñor? De la manera más insolente del mundo, como si estuviese muy satisfecho de poderme humillar, miróme de cabeza a pies y exclamó: - ¿Cree usted, pues, que Monseñor va a dejar su café para recibirle?

Fui entonces yo, quien, a mi vez, exclamé en voz mucho más alta que la suya: - ¡Me tiene sin cuidado el café de vuestro Monseñor!

¡Escupiría en su taza! Si usted no resuelve inmediatamente el asunto de mi pasaporte, iré a verlo a él en persona.

- ¡Cómo! ¡En el preciso momento que está hablando con un Cardenal! -exclamó el cura, retrocediendo asustado hacia la puerta y extendiendo los brazos como para hacerme comprender que estaba dispuesto a morir antes de dejarme pasar.

Le contesté que yo era ruso; por tanto, un bárbaro y hereje y queme tenían sin cuidado todos los arzobispos, cardenales, monseñores, etcétera. En una palabra, me mostré intratable.

El cura, con mirada llena de odio, me arrancó el pasaporte de las manos y se lo llevó. Al poco rato estaba visado. ¿Quieren ustedes verlo?

Saqué el pasaporte y mostré el visado pontificio.

-Permitame... -intentó decir el general.

-Hizo usted bien en declararse bárbaro y hereje -observó con sonrisa irónica el francés-. Fue un gran acierto suyo.

- ¿Debería, pues, haber seguido el ejemplo de nuestros rusos, que no se atreven nunca a decir una palabra y están dispuestos a renegar de su nacionalidad? Les aseguro que en Paris, o por lo menos en mi hotel, me trataron con mayores miramientos desde que se enteraron de mi incidente con el cura. Un polaco gordo, el que me mostraba más hostilidad entre los huéspedes, quedó relegado a segundo plano.

Los franceses mismos incluso me dejaron relatar que hace unos dos años vi un individuo contra el cual, en 1812, había disparado un soldado francés por el simple placer de descargar su fusil. Era

entonces aquel individuo un muchacho de diez años, cuya familia no había tenido tiempo de abandonar Moscú.

- ¡Eso no es posible! -protestó el francés-. Los soldados franceses no disparan sobre los niños.

-Sin embargo, es la pura verdad -contesté-. Sé el hecho por un honorable capitán retirado digno de todos los respetos, y pude ver en la mejilla del niño la cicatriz de la herida.

El francés empezó a hablar con volubilidad. El general intentó defenderlo, pero yo le recomendé que leyese, por ejemplo, las Memorias del general Perovski, prisionero de los franceses en 1812. Finalmente, para cortar la discusión, María Philippovna abordó otro asunto. El general se mostró muy descontento conmigo, dado que el francés y yo habíamos llegado ya a disputar violentamente. Por el contrario, nuestra disputa pareció agradar a Mr. Astley, y al levantarse de la mesa, me invitó a beber un vaso de vino.

Por la noche, en el paseo, pude sostener con Paulina Alexandrovna una conversación de un cuarto de hora. Los otros se habían ido al casino a través del parque. Paulina se sentó en un banco, ante el surtidor, y permitió a Nadina que fuese a jugar no lejos de allí con sus amiguitas. Dejé también ir a Miguel y nos quedamos solos.

Naturalmente, en seguida hablamos de negocios. Paulina se molestó mucho al ver que no le entregaba más que setecientos florines. Estaba persuadida de que en París habría podido empeñar sus diamantes por dos mil florines o tal vez más.

-Necesito dinero a toda costa -declaró-, y he de encontrarlo; de lo contrario, estoy perdida.

Le pregunté qué había ocurrido durante mi ausencia.

-Nada absolutamente, salvo que hemos recibido dos nuevas noticias de Petersburgo. Que la "abuela" estaba gravemente enferma, y luego, dos días después, que había muerto. Recibimos ese último aviso por conducto de Timoteo Petrovitch, que pasa por ser muy veraz-añadió Paulina-. Esperamos ahora la confirmación definitiva.

-Así todo el mundo espera.

-Sí, todos. Desde hace seis meses ésta es la única esperanza.

- ¿Y usted, también espera? -inquirí.

-Ha de tener en cuenta que yo no soy parienta; no soy más que la nuera del general. Sin embargo, me consta que no me olvidará en su testamento. Lo sé de muy buena fuente.

-Me parece que heredará usted una bonita suma -dije con aplomo.

-Sí, la pobre abuelita me quería mucho; pero, ¿por qué se figura usted eso?

-Y dígame -repliqué, preguntándole a mi vez-, ¿el marqués está también al corriente, según creo, de todos estos secretos de familia?

- ¿Por qué le interesa a usted eso? -contestó Paulina lanzándome una mirada seca y dura.

-Si no me equivoco, el general ha encontrado ya el medio de pedirle prestado dinero.

-Es usted buen adivino.

-Así, vamos a ver; ¿cree usted que si hubiese ignorado el estado de la pobre babulinka hubiese abierto su bolsa? ¿No ha notado usted que, durante la comida, al referirse a la abuela, la ha llamado por tres veces babulinka? ¡Qué conmovedora familiaridad!

-Tiene usted razón. Cuando se entere de que yo también heredo, pedirá inmediatamente mi mano. ¿Era esto lo que deseaba saber?

- ¡Cómo! ¿Todavía no lo ha hecho? Yo creía que ya la había pedido.

- ¡Usted sabe perfectamente que no! -exclamó Paulina con enojo- ¿Dónde encontró usted a ese inglés? -añadió tras unos instantes de silencio.

-Estaba seguro de que iba usted a hacerme esta pregunta.

Le conté entonces mis anteriores encuentros con Mr. Astley.

-Es tímido y fácilmente inflamable -añadí-, y, naturalmente, ya estará enamorado de usted.

-Sí, está enamorado de mi -confesó Paulina.

-Es diez veces más rico que el francés. ¿Tiene fortuna ese francés? ¿Es cosa segura?

-Absolutamente segura. Posee un cháteau. Ayer mismo me lo confirmó el general. ¿No le basta?

-Yo, en lugar de usted, no dudaría en casarme con el inglés.

- ¿Por qué? -inquirió Paulina.

-El francés es más buen mozo, pero peor persona. Además de su honradez, el inglés es diez veces más rico -dije.

-Sí, pero en cambio, además de su marquesado, el francés es más inteligente -objetó ella con la mayor tranquilidad.

- ¿De veras? -pregunté en el mismo tono.

-Absolutamente de veras.

Mis preguntas no eran en modo alguno del agrado de Paulina. Comprendí, por el tono y la dureza de sus contestaciones, que deseaba irritarme; así se lo espeté en seguida.

- ¡Qué quiere usted! Me encanta hacerle enfadar. Y además, por el hecho de tolerar sus preguntas y suposiciones, me debe usted una compensación.

-Si me concede el derecho de hacerle toda clase de preguntas- repliqué tranquilamente es porque estoy dispuesto a pagar cualquier compensación; con mi vida, si es preciso.

Paulina se echó a reír.

-La última vez que hicimos la ascensión al Schlangenberg dijo usted que estaba dispuesto a una señal mía, a precipitarse de cabeza desde la cima. Llegará un día en que haré esta señal, únicamente para ver cómo cumple usted su palabra. Le odio precisamente porque le he consentido demasiadas cosas, y todavía más porque necesito de usted. Pero como le necesito, debo, por ahora, tratarle bien.

Iba a levantarse. Su voz sonaba irritada. Desde hacía tiempo nuestras entrevistas terminaban siempre en exasperación, en animosidad; sí, ésa es la palabra: animosidad.

-Permítame una pregunta: ¿quién es la señorita Blanche?-inquirí, deseoso de no dejarla marchar sin haber llegado a una explicación.

-Usted mismo sabe perfectamente quién es la señorita Blanche. Ningún hecho nuevo ha ocurrido desde que usted se fue. La señorita Blanche será seguramente generala -desde luego en el caso de que el rumor de la muerte de la "abuela" se confirme-, pues la señorita Blanche, lo mismo que su madre y su primo el marqués... conocen nuestra ruina.

- ¿Y el general está definitivamente prendado de ella?

-No se trata de eso ahora. Escúcheme bien. Aquí hay setecientos florines; tómelos y gáneme la mayor cantidad que pueda a la ruleta. Necesito dinero inmediatamente, sea como fuere.

Después de hablar así llamó a Nadina y fue a reunirse con los nuestros cerca del casino. En cuanto a mí, tomé el primer sendero, a la izquierda, y di rienda suelta a mi perplejidad.

Su orden de jugar a la ruleta me había producido el efecto de un golpe en la cabeza. Cosa extraña: entonces, que tenía tantos motivos de meditación, me absorbía en el análisis de los sentimientos que experimentaba respecto a Paulina. A decir verdad, durante esos quince días de ausencia tenía el corazón menos oprimido que en el día de regreso. Sin embargo, durante el viaje había sentido una angustia loca, desvariando constantemente y viéndola en todo instante como en sueños. Una vez -fue en Suizame dormí en el vagón y empecé a hablar, según parece, en voz alta con Paulina, lo que motivó las risas de mis compañeras de viaje.

Una vez más hoy me pregunto: "¿ La amo?", y una vez más no sé qué contestarme. O más bien por centésima vez me he contestado que la odiaba. Sí, me era odiosa. Hubo momentos -al terminar cada una de nuestras entrevistasen que hubiese dado la mitad de mi vida por estrangularla. De haber sido posible hundirle un puñal en el pecho, creo que lo habría hecho con placer.

Y, sin embargo, palabra de honor, si en el Schlangenberg, en aquella cima de moda, me hubiera, efectivamente, dicho: "Tírese abajo de cabeza", me habría lanzado inmediatamente, incluso con satisfacción.

Ya lo sabía yo. De un modo o de otro la crisis debía resolverse. Ella lo comprende perfectamente y la idea que tiene de que se me escapa, de que no puedo realizar mis caprichos, le causa, estoy seguro de no equivocarme, una satisfacción extraordinaria. ¿Podría, sino fuese así, tan prudente y avispada como es, mostrarse tan familiar, tan franca conmigo?

Tengo la impresión de que, hasta ahora, me ha considerado como aquella emperatriz de la antigüedad que se desnudaba delante de su esclavo por no considerarlo hombre. Sí, muchas veces ella no me ha tenido por hombre.

Sin embargo, me había confiado una misión: ganar a la ruleta, fuere como fuere.

No tenía tiempo para reflexionar el porqué ni en qué plazo era preciso ganar ni qué nuevas fantasías estarían germinando en aquella cabecita que constantemente calculaba. Además, durante aquellos quince días era evidente que habían ocurrido una multitud de nuevos hechos, de los que no me había dado todavía

cuenta. Era menester averiguarlo, aclararlo todo lo más pronto posible. Pero, por lo pronto, no era cuestión de eso... Yo debía ir a jugar y ganar a la ruleta.

0 3

Parte 3

Empieza: «Confieso que aquella misión me era desagradable. Aunque decidido a jugar, no pensaba empezar por cuenta ajena.»

Confieso que aquella misión me era desagradable. Aunque decidido a jugar, no pensaba empezar por cuenta ajena.

Me sentía incluso desconcertado y penetré de muy mal humor en la sala de juego. Nada de todo aquello me agradó a la primera ojeada. No puedo soportar el servilismo de los cronistas de todos los países, y especialmente de Rusia, que al comenzar la primavera celebran a coro dos cosas: primero, el esplendor y el lujo de las salas de juego en los balnearios del Rin, y luego los montones de oro, que, según afirman, cubren las mesas. No se les paga por hacer estas descripciones, que sólo están inspiradas en una complacencia desinteresada.

En realidad, aquellas tristes salas están desprovistas de esplendor, y, en lo que se refiere al oro, no solamente no está amontonado sobre las mesas, sino que se le ve muy poco.

Sin duda, durante la temporada llega de pronto algún ser extravagante, algún inglés o algún asiático o turco, como ha ocurrido este verano, que gana o pierde sumas considerables. Los demás jugadores no arriesgan, en general, sino pequeñas cantidades, y, regularmente, hay poco dinero sobre el tapete verde.

Cuando, por primera vez en mi vida, puse los pies en la sala, permanecí algún tiempo dudando antes de jugar. Además, la gente paralizaba mis movimientos. Pero aunque hubiese estado solo habría ocurrido exactamente lo mismo. Creo que, en vez de jugar, quizá me habría salido en seguida. Lo confieso: el corazón me latía con violencia y no estaba tranquilo. Desde hacía tiempo estaba persuadido de que no saldría de Ruletenburg sin una aventura, sin que algo radical y definitivo se mezclase fatalmente a mi destino. Así debe ser y así será.

Por ridícula que pueda parecer una tal confianza en la ruleta me parece todavía mucho más risible la opinión vulgar que estima absurdo el esperar algo del juego. ¿Es que es peor el juego que cualquier otro medio de procurarse dinero, el comercio, por ejemplo? Verdad es que de cien individuos uno solamente gana, pero... ¿qué importa eso? En todo caso estaba decidido a observar primero y no acometer nada de importancia aquella noche. El resultado de esa primera sesión no podía ser más que fortuito e insignificante. Tal era mi convicción en aquellos momentos.

Además, era preciso estudiar el mecanismo del juego, pues, a pesar de las innumerables descripciones de la ruleta que había leído con avidez, nada comprendía acerca de ello. En primer lugar, todo me pareció sucio y repugnante. No hablo de la expresión ávida e inquieta de aquellos rostros que, por docenas, por centenares, asedian el tapete verde. No veo absolutamente nada sucio en el deseo de ganar de prisa la mayor cantidad posible. Siempre me ha parecido absurda la idea de un moralista rentista que al argumento de que "se jugaba flojo" contestó: "Tanto peor, puesto que se obedece entonces un deseo mezquino y se gana menos." Como si la

avidez no fuese siempre igual, cualquiera que sea el objeto. Todo es relativo en este mundo.

Lo que es mezquino para Rothschild es opulento para mí, y en lo que se refiere al lucro y a la ganancia, no es solamente en la ruleta, sino en todas las cosas, donde los hombres procuran enriquecerse a costa del prójimo. Otra cosa es saber si el lucro y el provecho son viles en ellos mismos... Pero no se trata ahora de eso.

Como yo experimentaba en mí mismo un vivo deseo de ganar, esa ansia, ese pecado general si se quiere, me era familiar en el mismo momento de entrar en la sala. Nada tan encantador como no hacer ceremonias, como conducirse abiertamente y con desenfado. Además,¿para qué censurarse a sí mismo? ¿No es la ocupación más vana e inconsiderada? Lo que no gustaba, a primera vista, en esa reunión de jugadores, era su modo respetuoso de proceder, la seriedad y la deferencia con que todos rodeaban el tapete verde. He aquí por qué existe una precisa demarcación entre el juego llamado de mal género y el que es permitido a un hombre correcto.

Hay dos clases de juego: uno para uso de caballeros; otro plebeyo, rastrero, propio para la plebe. La distinción se halla aquí bien expresada; pero en el fondo, ¡qué vileza hay en esta pasión!

Un caballero, por ejemplo, arriesga cinco o diez luises, raramente más -si es rico llegará hasta mil francos-, pero los arriesga por amor al juego sólo por placer. Se proporciona el placer de la ganancia o de la pérdida sin apasionarse por el lucro. Si la suerte le favorece tendrá una sonrisa de satisfacción, bromeará con su vecino, quizá se atreva a doblar de nuevo la postura, pero únicamente por curiosidad, para observar el caprichoso azar, para hacer cábalas; en ningún caso obedecerá al plebeyo deseo de ganar.

En una palabra, un "gentleman" no debe considerar el juego más que como un pasatiempo organizado con el único objeto de divertirle. No debe ni siquiera sospechar las trampas y los cálculos sobre los que está fundada la banca. Obraría muy delicadamente suponiendo que todos los demás jugadores, todas las gentes que le rodean y tiemblan por un florín, se componen de ricos caballeros, que, como él mismo, juegan únicamente para distraerse y divertirse.

Esta ignorancia completa de la realidad, esta credulidad inocente, serían, sin duda alguna, sumamente aristocráticas. He visto a algunas madres hacer avanzar a sus hijos, graciosas e inocentes criaturas de quince a dieciséis años, y entregarles algunas monedas de oro explicándoles las reglas del juego. La ingenua jovencita ganaba o perdía y se retiraba encantada, con la sonrisa en los labios.

Nuestro general se aproximó a la mesa con majestuoso aplomo. Un criado se apresuró a acercarle una silla, pero él ni se dio cuenta siquiera. Con una lentitud extrema sacó su monedero, retiró de él trescientos francos, los puso al color negro y ganó. No retiró la ganancia. El negro salió de nuevo. Dejó todavía su postura y cuando a la tercera vez fue el rojo el que salió, perdió mil doscientos francos de un golpe.

Se retiró impasible y sonriente.

Un francés, ante mis ojos, ganó primero, y luego perdió, sin la menor sombra de emoción, treinta mil francos. El verdadero "gentleman" no debe denotar emoción aunque pierda toda su fortuna. Debe hacer poco caso del dinero, como si fuese cosa que no mereciera la pena de fijar atención en él.

Evidentemente es muy aristocrático el fingir que se ignora la suciedad de esa chusma y del medio en que evoluciona. Algunas veces también resulta distinguido hacer lo contrario. Fijarse, observar los manejos de esa gentuza, examinarla incluso a través del monóculo, pero afectando que se contempla a esa multitud sórdida como una distracción, como una comedia destinada a divertir al espectador. Uno se puede mezclar a esa muchedumbre, pero entonces es preciso testimoniar con su actitud que se ha ido allí como un aficionado, sin tener nada de común con ella.

Aunque, después de todo, tampoco está bien eso de mirar con insistencia; sería también indigno de un caballero, pues este espectáculo no merece una atención persistente. No son muy numerosos, para un caballero, los espectáculos dignos de interés. Sin embargo, me parece que todo esto merecería una seria atención, sobre todo para el que no ha venido como simple espectador, sino para mezclarse sinceramente y de buena fe entre esa gentuza.

En lo que se refiere a mis convicciones morales íntimas, no pueden, naturalmente, encontrar sitio aquí.

He de manifestarlo así tan sólo para descargo de mi conciencia. Anotaré, sin embargo, que desde hace cierto tiempo experimento una viva repugnancia a aplicar a mis actos y pensamientos una autocrítica moral. Mi impulso es otro...

Por otra parte, yo estoy aquí observando y fijándome; estas notas y observaciones no tienen por objeto describir simplemente la ruleta. Me pongo al corriente para saber cómo habré de comportarme en lo sucesivo. He notado especialmente que, a menudo, resbala entre los jugadores de la primera fila una mano

que se apropia de la postura ajena. Resulta de esto un altercado, con protestas y gritos. ¡E id a probar, con la ayuda de testigos, que se trata de vuestra postural ¡Que os han levantado un muerto, como se dice en el argot del juego!

Al principio, todo aquel mecanismo me pareció un verdadero enigma. Adiviné confusamente que se hacían posturas en los números, en los pares e impares y en los colores. Decidí no arriesgar más que cien florines del dinero de Paulina Alexandrovna. La idea de que empezaba a jugar por cuenta ajena me desconcertaba. Era aquélla una sensación muy desagradable de la que tenía prisa de liberarme.

Parecíame que al comenzar por cuenta de Paulina aniquilaba mi propia suerte. ¿Es posible acercarse al tapete verde sin que la superstición se apodere en seguida de nosotros? Empecé por tomar cinco federicos, es decir, cincuenta florines, y los puse sobre el par. El disco empezó a girar y salió el trece.

Había perdido.

Presa de una sensación mórbida, únicamente para terminar cuanto antes, puse cinco florines al rojo. El rojo salió. Dejé los diez florines. El rojo se dio de nuevo. Hice nueva postura con el total. Salió también el rojo. En posesión de los cuarenta federicos coloqué veinte sobre los doce números del centro, sin saber lo que iba a resultar. Me pagaron el triple.

Los diez federicos del principio se elevaban ahora a ochenta.

Pero entonces una sensación desacostumbrada y extraña me causó tal malestar que decidí no repetir la postura.

Me parecía que, por mi propia cuenta, no habría jugado de aquel modo. Sin embargo, puse de nuevo los ochenta federicos sobre el par.

Esta vez salió el cuatro. Me entregaron ochenta federicos. Recogílos ciento sesenta y salí en busca de Paulina Alexandrovna.

Estaban todos paseando por el parque y no pude verla hasta después de cenar. Aquella vez el francés estaba ausente y el general se despachó a su gusto. Entre otras cosas juzgó oportuno hacerme observar de nuevo que no deseaba verme en la mesa de juego. Según él, se vería muy comprometido si yo sufría una pérdida importante.

-Pero aunque ganase usted mucho, me comprometería tambiénañadió gravemente-. Sin duda que no tengo derecho a dirigir su conducta, pero convenga usted mismo en que si...

No terminó, según su costumbre. Le repliqué en tono seco que, teniendo muy poco dinero, no podía distinguirme por mis pérdidas aunque me diese por jugar.

Al subir a mi habitación pude entregar a Paulina su ganancia y declararle que, en lo sucesivo, no jugaría más por cuenta de ella.

- ¿Por qué? -preguntó alarmada.

-Porque quiero jugar para mí -contesté, mirándola con sorpresa-,y eso me lo impide.

- ¿Así, persiste usted en creer que la ruleta es su única probabilidad de salvación? -preguntóme con tono zumbón.

Afirmé, con gran seriedad, que así lo creía. En lo que se refiere a mi seguridad de ganar a toda costa, siempre admití que ello sería ridículo. "Deseaba que me dejaran tranquilo." Paulina Alexandrovna insistió en repartir conmigo la ganancia de la jornada y me entregó ochenta federicos, es decir, ochocientos florines, proponiéndome continuar jugando con esta condición.

Me negué categóricamente y declaré que no podía seguir jugando por cuenta ajena, no por mala voluntad, sino porque estaba seguro de perder.

-Y sin embargo, por estúpido que esto parezca, yo no tengo otra esperanza que la ruleta -dijo ella, pensativa-. Por esta causa debe usted continuar jugando conmigo, a medias... y estoy segura de que lo hará.

Dicho esto, alejóse de mí sin querer escuchar mis objeciones.

04

Parte 4

Empieza: «Ayer, sin embargo, Paulina no volvió a hablarme del juego. Evitó durante todo el día dirigirme la palabra.»

Ayer, sin embargo, Paulina no volvió a hablarme del juego. Evitó durante todo el día dirigirme la palabra.

Su modo anterior de conducirse conmigo no había cambiado.

Cuando nos encontramos sigue tratándome con absoluta indiferencia, a la que añade incluso un desdén hostil. No intenta, lo veo claramente, disimular su aversión hacia mí. Por otra parte, tampoco oculta que le soy necesario y que me tiene como reserva para otras ocasiones propicias.

Una relación extraña se ha establecido entre nosotros. No me lo explico, dada la arrogancia y el orgullo con que trata a todo el mundo.

Sabe, por ejemplo, que yo la amo con locura, y me permite, incluso, hablarle de mi pasión, francamente, sin trabas. No podía demostrarme mejor su desdén con este permiso: "Ya ves, hago tan poco caso de tus sentimientos, que todo lo que puedas decirme o experimentar me tiene absolutamente sin cuidado.

"Ya antes me hablaba mucho de sus asuntos, pero jamás con entera confianza. Por si eso fuera poco, en su desprecio hacia mí ponía

refinamientos del siguiente género: sabiendo que me hallaba al corriente de tal o cual circunstancia de su vida, de una grave preocupación, por ejemplo, me contaba sólo una parte de los hechos si creía necesario utilizarme para sus fines, o para alguna combinación, como un esclavo. Pero si ignoraba todavía las consecuencias de los acontecimientos, si me veía compartir sus sufrimientos o sus inquietudes, no se dignaba jamás tranquilizarme con una explicación amable.

Como ella me confiaba a menudo misiones no solamente delicadas, sino peligrosas, estimo que debería haber sido más franca. Pero, ¡a qué inquietarse de mis sentimientos, por el hecho de que yo también me alarmase, y quizá me atormentase tres veces más que ella por sus preocupaciones y sus fracasos!

Yo conocía desde hacía tres semanas su intención de jugar a la ruleta. Me había incluso avisado de que yo debía jugar en su lugar, pues las conveniencias prohibían que ella lo hiciese. En el tono de sus palabras comprendía, entonces, que ella experimentaba una honda inquietud y no el simple deseo de ganar dinero. Poco le importa el dinero en sí. En eso hay un objetivo, circunstancias que puedo adivinar, pero que, hasta este momento, ignoro.

Naturalmente, la humillación y la esclavitud en que ella me tiene, me darían -se da a menudo el casola posibilidad de preguntarle a ella misma derechamente y sin ambages. Puesto que soy para ella un esclavo, que no merece consideración a sus ojos, no tiene que impresionarse por mi atrevida curiosidad. Pero aunque me permita que le dirija preguntas, no por eso me las contesta. Algunas veces ni siquiera me atiende. ¡Así estamos!

Ayer se habló mucho, entre nosotros, de un telegrama enviado a Petersburgo hace cuatro días y que no ha sido aún contestado. El general está visiblemente agitado y pensativo. Se trata, seguramente, de la abuela.

El francés también está desasosegado. Ayer, por ejemplo, tuvieron, después de la comida, una larga conversación. El francés afecta hacia nosotros un tono arrogante y despreocupado. Como dice el proverbio: "Dejad que pongan un pie en vuestra casa y pronto habrán puesto los cuatro." Con Paulina finge igualmente una indiferencia que bordea la grosería. Sin embargo, se une de buena gana a nuestros paseos familiares por el parque y a las excursiones a caballo por los alrededores.

Conozco desde hace tiempo algunas de las circunstancias que han puesto al francés en relación con el general. En Rusia proyectaban establecer, en sociedad, una fábrica. Ignoro si su proyecto ha fracasado o si hablan todavía de él.

Además, me he enterado, por casualidad, de una parte de un secreto de familia. El francés sacó efectivamente de apuros al general el año pasado, facilitándole treinta mil rublos para completar la suma que éste debía al Estado, cuando presentó la dimisión de su empleo. Naturalmente, el general se halla a merced suya, pero ahora, sobretodo ahora, es la señorita Blanche la que desempeña el principal papel en todo eso. Estoy seguro de no equivocarme.

¿Que quién es la señorita Blanche?

Aquí, entre nosotros, dicen que es una francesa distinguida, a la que acompaña su madre, una dama muy rica. Se sabe también que

es una prima lejana de nuestro marqués. Parece ser que antes de mi viaje a París el francés y la señorita Blanche habían tenido relaciones mucho más ceremoniosas, vivían en un plan más reservado. Ahora su amistad y su parentesco se manifiestan de una manera más atrevida, más íntima. Quizá nuestros asuntos les parecen en tan mal estado que juzgan inútil hacer cumplidos y disimular. Noté anteayer que Mr. Astley hablaba con la señorita Blanche y su madre como si las conociera. Me parece también que el francés se había entrevistado con anterioridad con Mr. Astley.

Por otra parte, Mr. Astley es tan tímido, tan púdico, tan discreto, que verdaderamente se puede fiar de él. No sacará, seguramente, la ropa sucia. El francés apenas le saluda ni le mira, lo que quiere decir que no le teme.

Esto es todavía comprensible, pero ¿por qué la señorita Blanche tampoco le concede ninguna importancia?

Hay que tener en cuenta que el marqués se traicionó ayer diciendo durante la conversación, no sé con motivo de qué, que Mr. Astley era colosalmente rico y que él lo sabía. Era, pues, la ocasión para que la señorita Blanche le mirase.

En resumen, el general es presa de la mayor inquietud. ¡Se comprende la importancia que puede tener para él en estos momentos un telegrama anunciando la muerte de la abuela!

Aunque estaba seguro de que Paulina evitaba una entrevista conmigo, afecté un aire frío, indiferente.

Pensaba que iba a hablarme de un momento a otro. Para desquitarme, ayer y hoy he concentrado mi atención sobre la señorita Blanche. ¡Pobre general, está perdido! Dejarse dominar a

los cincuenta y cinco años por una pasión tan ardiente... es, evidentemente, una desgracia. Añádase a eso su viudez, sus hijos, su ruina, sus deudas y, finalmente, la clase de mujer de que se ha enamorado. La señorita Blanche es elegante, pero tiene una de esas caras que infunden miedo.

No sé si comprenderán bien lo que quiero decir. Por mi parte siempre he temido a semejantes mujeres.

Debe tener unos veinticinco años. Es alta y bien formada, de hombros redondos, busto opulento, tez bronceada, cabellos negros muy abundantes, suficiente para dos peinados. Tiene los ojos negros, la esclerótica amarillenta, la mirada cínica, los dientes muy blancos; los labios siempre pintados. Sus piernas y sus manos son admirables. Su voz tiene un timbre de contralto enronquecida. Se ríe algunas veces a carcajadas, enseñando todos los dientes; pero generalmente su mirada es insistente y silenciosa, al menos en presencia de Paulina y de María Philippovna.

A propósito, una noticia inesperada. María Philippovna regresa a Rusia. La señorita Blanche me parece desprovista de instrucción; es una mujer de cortos alcances. Creo que en su vida no han faltado aventuras. Para decirlo todo, es muy posible que el marqués no sea pariente suyo y su madre pudiera muy bien ser una madre fingida. Pero está comprobado que en Berlín, que fue donde los encontramos, su madre y ella tenían buenas amistades. En lo que se refiere al marqués, aunque dudo en estos momentos que tenga tal título, el hecho es que pertenece a la buena sociedad, tanto entre nosotros como, por ejemplo, en Moscú o en Alemania. Esto es indudable. Me pregunto lo que es en Francia.

Se dice que posee un castillo.

Creía que pasarían muchas cosas durante esos quince días, pero, sin embargo, no sé aún de cierto si la señorita Blanche y el general han cambiado palabras decisivas.

En resumen, todo depende ahora de nuestra situación, es decir, de la mayor o menor cantidad de dinero que el general pueda ofrecerle. Si, por ejemplo, se afirmase que la abuela no había muerto, estoy seguro de que la señorita Blanche se apresuraría a desaparecer. Para mí mismo es un motivo de extrañeza y de risa el ver que me he vuelto tan entrometido. ¡Cómo me repugna todo eso! ¡Con qué placer lo abandonaría todo y a todos! Pero, ¿puedo alejarme de Paulina? ¿Puedo dejar de realizar el espionaje en torno de ella? El espionaje es seguramente una cosa vil, pero ¿a mí qué me importa?

Ayer y hoy, Mr. Astley ha excitado igualmente mi curiosidad. Sí. ¡Estoy persuadido de que está enamorado de Paulina! ¿Cuántas cosas puede expresar a veces la mirada de un hombre púdico, de una castidad enfermiza, precisamente en el momento en que este hombre preferiría hundirse debajo de tierra a manifestar sus sentimientos con una palabra o con una mirada? Es a la vez curioso y cómico.

Mr. Astley se encuentra con nosotros a menudo en el paseo. Se descubre y pasa muriéndose de ganas de acercarse a nosotros. Si se le invita, se apresura a rehusar. En los lugares donde nos sentamos, en el casino, en el concierto o delante de la fuente, no deja de pararse cerca de nosotros. Allí donde estemos -en el parque, en el bosque, en el Schlangenbergbasta mirar en torno nuestro para que, indefectiblemente, en el sendero vecino o detrás de una maleza, aparezca el inevitable Mr. Astley.

Creo que busca la ocasión para hablarme en privado. Esta mañana nos hemos encontrado y hemos cruzado dos o tres palabras. Habla casi siempre de un modo entrecortado. Antes de darme los buenos días comenzó por decir: - ¡Ah, la señorita Blanche! ¡He visto muchas mujeres como ésa!

Quedóse luego callado, mirándome con aire significativo. Ignoro lo que intentaba expresar con eso, pues a mi pregunta "¿ Qué quiere usted decir?", se encogió de hombros con sonrisa maliciosa y añadió:

- Esto es así...

Y luego preguntó, de pronto:

- ¿Le gustan las flores a la señorita Blanche?

- No lo sé -le contesté.

- ¡Cómo! ¿Ignora usted esto? -exclamó con sorpresa.

- No, no sé nada -añadí riendo.

- ¡Hum! Esto me da que pensar.

Hizo un movimiento con la cabeza y se alejó. Parecía muy satisfecho. Habíamos conversado en un francés bastante malo.

05

Parte 5

Empieza: «Hoy ha sido un día ridículo, escandaloso, incoherente.»

Hoy ha sido un día ridículo, escandaloso, incoherente.

Son las once de la noche y me hallo en mi cuartito concentrando mis recuerdos. Comencé la mañana yendo a jugar a la ruleta por cuenta de Paulina Alexandrovna. Tomé sus ciento sesenta federicos, pero con dos condiciones: la primera, que no quería jugar a medias, y la segunda, que Paulina me explicara por qué tenía tal necesidad de ganar y me indicara, concretamente, la suma que le era necesaria.

Yo no podía suponer que ella quisiese jugar únicamente por el dinero. Con seguridad lo necesita, y lo más pronto posible, para fines que ignoro. Me prometió darme esa explicación y nos despedimos.

En las salas de juego había mucha gente. Se veían rostros cínicos en cuyos ojos se pintaba la avidez.

Me abrí paso hacia la mesa del centro y me senté cerca del croupier. Mis principios fueron tímidos, no arriesgaba más que dos o tres monedas cada vez. Sin embargo, hice diversas observaciones. Me parece que en el fondo todos esos cálculos sobre el juego no significan mucho y no tienen la importancia que les atribuyen muchos jugadores. Estos se hallan allí con papeles

cubiertos de cifras, anotan cuidadosamente las jugadas, cuentan, deducen las probabilidades. Después de haberlo calculado todo se deciden por fin a jugar... y pierden, exactamente lo mismo que aquellos que como yo, simples mortales, juegan al azar.

He hecho, sin embargo, un descubrimiento que parece cierto: en la sucesión de las probabilidades fortuitas hay no un sistema, sino algo parecido a un orden... Lo que, sin duda, es extraño.

Por ejemplo, que los doce últimos números salen después que los doce del centro, supongamos dos veces. Luego vienen los doce primeros, a los cuales siguen de nuevo los doce del centro, que salen tres o cuatro veces alineados. Después de esto vienen los doce últimos, lo más a menudo dos veces. Luego son los doce primeros, que no se dan más que una. De este modo la suerte designa tres veces los doce del centro, y así seguidamente durante una hora y media o dos horas. ¿No es curioso esto?

Tal día, una tarde por ejemplo, ocurre que el negro alterna continuamente con el rojo. Esto cambia a cada instante, de forma que cada uno de los dos colores no sale más que dos o tres veces seguidas. Al día siguiente, o a la misma tarde, el rojo sale solo, jugada tras jugada, por ejemplo, hasta veintidós veces seguidas, y continúa, así, infaliblemente, durante algún tiempo. Algunas veces un día entero.

Muchas de estas observaciones me han sido comunicadas por Mr. Astley, que permanece a todas horas junto al tapete verde, pero sin jugar ni una sola vez. Por lo que a mí se refiere, perdí todo mi dinero en muy poco tiempo. Primero puse veinte federicos al par y gané. Los puse de nuevo y volví a ganar. Y así dos o tres veces

seguidas. Salvo error, reuní en algunos minutos unos cuatrocientos federicos.

Era el momento de marcharse, pero una ansia extraña se apoderó de mí. Experimentaba una especie de deseo de desafiar a la suerte, de hacerle burla, de sacarle la lengua. Arriesgué la mayor postura permitida, cuatro mil florines, y perdí. Luego, poseído por la exaltación, saqué todo el dinero que me quedaba; hice la misma postura y perdí del mismo modo.

Salí de la sala como aturdido. No podía comprender lo que me pasaba y no anuncié mi pérdida a Paulina Alexandrovna hasta el momento antes de cenar. Hasta esa hora había vagado por el parque.

Durante la comida me sentí de nuevo excitado, exactamente igual que dos días antes. El francés y la señorita Blanche comían con nosotros. Esta última se hallaba por la mañana en el casino y había presenciado mis proezas. Esta vez se fijó más en mí.

El francés procedió más francamente y me preguntó "si había perdido todo mi dinero particular". Tuve la impresión de que sospechaba de Paulina. Mentí y dije que si, el mío...

El general no salía de su asombro. ¿De dónde había sacado yo aquella suma? Le expliqué que había empezado con diez federicos y que al doblar mi postura seis o siete veces había llegado a ganar cinco o seis mil florines, y que luego en dos jugadas me quedé sin un céntimo.

Todo lo cual era verosímil. Al dar estas explicaciones miraba a Paulina, pero no pude leer nada en su rostro.

Me había dejado hablar sin interrumpirme, de lo que deduje que era necesario mentir y disimular que había jugado por ella. En todo caso, pensaba yo, me debe la explicación que me ha prometido esta mañana.

Esperaba que el general hiciese algún comentario, pero guardó silencio. En cambio, tenía un aire agitado e inquieto. Quizás, en la situación en que se hallaba, le era penoso saber que todo ese oro había estado en poder de un imbécil atolondrado como yo.

Presumo que hubo ayer noche una discusión borrascosa con el francés. Estuvieron encerrados mucho tiempo, hablando acaloradamente. Al salir, el francés parecía estar furibundo, y esta mañana, muy temprano, ha visitado de nuevo al general, sin duda para reanudar la conversación de la víspera.

Al enterarse de mis pérdidas el francés me hizo observar, con malicia, que era preciso ser más prudente.

-Aun cuando hay numerosos jugadores entre los rusos -añadió no sé con qué intenciónlos rusos no me parecen capaces para el juego.

-Pues yo -repliquéestimo que la ruleta no ha sido inventada nada más que para los rusos.

Como el francés sonreía desdeñosamente, le dije que la verdad estaba de mi parte. Al aludir a los rusos como jugadores, les censuraba más bien que alababa, y, por lo tanto, se me podía creer.

- ¿En qué funda usted su opinión? -preguntó el francés.

-En el hecho de que la facultad de adquirir constituye, a través de la historia, uno de los principales puntos del catecismo de las virtudes occidentales. Rusia, por el contrario, se muestra incapaz de

adquirir capitales, más bien los dilapida a diestro y siniestro. Sin embargo, nosotros, los rusos, tenemos también necesidad de dinero -añadí-, y por consiguiente, recurrimos con placer a procedimientos tales como la ruleta, donde uno se puede enriquecer de pronto, en unas horas, sin tomarse ningún trabajo.

Esto nos encanta, y como jugamos alocadamente... perdemos casi siempre.

-Eso es verdad... en parte -aprobó el francés con aire de suficiencia.

-No; eso no es verdad, y debería sentirse avergonzado de hablar así de nuestros compatriotas -intervino el general con tono impresionante.

-Permítame -le respondí-, se puede discutir qué es más vil: la extravagancia rusa o el procedimiento germánico de amasar fortunas con el sudor de la frente.

- ¡Qué idea tan absurda! -exclamó el general.

- ¡Qué idea tan rusa! -exclamó el francés.

Yo reía y me moría de ganas de hacerles rabiar.

-Preferiría mucho más permanecer toda mi vida en una tienda de kirguises -exclaméque adorar al ídolo alemán.

- ¿Qué ídolo? -exclamó el general poseído por la cólera.

-La capacidad alemana de enriquecerse. Estoy aquí desde hace poco tiempo y, sin embargo, las observaciones que he tenido tiempo de hacer sublevan mi naturaleza tártara. ¡Vaya qué virtudes! Ayer recorrí unos diez kilómetros por las cercanías. Pues bien, es exactamente lo mismo que en los libros de moral, que en

esos pequeños libros alemanes ilustrados; todas las casas tienen aquí su papá, su Vater, extraordinariamente virtuoso y honrado. De una honradez tal que uno no se atreve a dirigirse a ellos. Por la noche toda la familia lee obras instructivas. En torno de la casita se oye soplar el viento sobre los olmos y los castaños. El sol poniente dora el tejado donde se posa la cigüeña, espectáculo sumamente poético y conmovedor. Recuerdo que mi difunto padre nos leía por la noche, a mi madre y a mi, libros semejantes, también bajo los tilos de nuestro jardín... Puedo juzgar con conocimiento de causa. Pues bien, aquí cada familia se halla en la servidumbre, ciegamente sometida al Vater. Cuando el Vater ha reunido cierta suma, manifiesta la intención de transmitir a su hijo mayor su oficio o sus tierras. Con esa intención se le niega ladote a una hija que se condena al celibato. El hijo menor se ve obligado a buscar un empleo o a trabajar a destajo y sus ganancias van a engrosar el capital paterno. Sí, esto se practica aquí, estoy bien informado. Todo ello no tiene otro móvil que la honradez, una honradez llevada al último extremo, y el hijo menor se imagina que es por honradez por lo que se le explota. ¿No es esto un ideal, cuando la misma víctima se regocija de ser llevado al sacrificio? ¿Y después?, me preguntaréis. El hijo mayor no es más feliz. Tiene en alguna parte una Amalchen, la elegida de su corazón, pero no puede casarse con ella por hacerle falta una determinada suma de dinero. Ellos también esperan por no faltar a la virtud y van al sacrificio sonriendo. Las mejillas de Amalchen se ajan, la pobre muchacha se marchita. Finalmente, al cabo de veinte años, la fortuna se ha aumentado, los florines han sido honrada y virtuosamente adquiridos. Entonces el Vater bendice la unión de su hijo mayor de cuarenta años con Amalchen, joven muchacha de treinta y cinco años, con el pecho hundido y la nariz colorada...Con esta ocasión

vierte lágrimas, predica la moral y exhala acaso el último suspiro. El hijo mayor se convierte a su vez en un virtuoso Vater y vuelta a empezar. Dentro de cincuenta o sesenta años el nieto del primer Vater realizará ya un gran capital y lo transmitirá a su hijo; éste al suyo y después de cinco o seis generaciones, aparece, en fin, el barón de Rothschild en persona, Hope y Compañía o sabe Dios quién... ¿No es ciertamente un espectáculo grandioso? He aquí el coronamiento de uno o dos siglos de trabajo, de perseverancia, de honradez, he aquí a dónde lleva la firmeza de carácter, la economía, la cigüeña sobre el tejado. ¿Qué más podéis pedir? Ya más alto que esto no hay nada, y esos ejemplos de virtud juzgan al mundo entero lanzando el anatema contra aquellos que no los siguen. Pues bien, prefiero más divertirme a la rusa o enriquecerme en la ruleta. No deseo ser Hope y Compañía... al cabo de cinco generaciones.

Tengo necesidad de dinero para mí mismo y no deseo vivir únicamente para ganar una fortuna.

Ya sé que he exagerado mucho, pero me alegro de que ésas sean mis convicciones.

-Ignoro si tendrá o no razón en lo que ha dicho -insinuó el general, pensativo-, pero el hecho es que usted es un charlatán insoportable cuando le aflojan la rienda...

Según su costumbre, no acabó la frase. Cuando nuestro general, aborda un tema que rebasa, por poco que sea, el nivel de una conversación corriente, no termina jamás sus frases.

El francés escuchaba tranquilamente, abriendo mucho los ojos. No había comprendido casi nada de lo que yo decía. Paulina afectaba

una indiferencia desdeñosa. Parecía no enterarse de nuestra conversación de sobremesa.

06

Parte 6

Empieza: «Paulina parecía sumida en un profundo ensueño. Sin embargo, inmediatamente después de la comida me ordenó que la acompañase al paseo. Nos...»

Paulina parecía sumida en un profundo ensueño. Sin embargo, inmediatamente después de la comida me ordenó que la acompañase al paseo. Nos llevamos a los niños y fuimos al parque, hacia al lado del surtidor.

Como me hallaba muy excitado, pregunté tontamente, de pronto:- ¿Por qué nuestro marqués ya no la acompaña cuando usted sale? ¿Porqué pasa días enteros sin dirigirle la palabra?

-Porque es un malvado -respondióme ella en tono extraño.

No la había oído nunca tratar así a Des Grieux y guardé silencio, temiendo comprender el motivo de aquella irritación.

- ¿Se ha fijado usted en que hoy ha estado en desacuerdo con el general?

-Usted quiere enterarse de qué se trata -replicó ella, de mal humor-. Usted no ignora que el general está a su merced: toda la finca está hipotecada, y si la abuela no se muere, el francés entrará inmediatamente en posesión de la casa.

- ¡Ah! ¿Entonces es, efectivamente, cierto que todo está hipotecado? Lo había oído decir, pero no estaba muy seguro.

- ¡Es bien cierto!

-Entonces, ¡adiós, señorita Blanche! -insinué-. En ese caso no será generala. ¿Y sabe usted una cosa?

Creo que el general está enamorado, y que se saltará la tapa de los sesos si ella no le acepta por marido. A su edad es muy peligrosa una pasión de este calibre. Sí, créame; es sumamente peligrosa.

-También yo creo que le ocurrirá alguna desgracia irreparable- observó Paulina Alexandrovna, pensativa.

- ¡Perfectamente! -exclamé-. Imposible es demostrar de un modo más claro que ella no consiente en casarse más que por dinero. No se han guardado siquiera las apariencias, se ha hecho todo sin pudor.¡Magnífico! Por lo que respecta a la abuela, nada tan grotesco ni tan vil como enviar telegrama tras telegrama y preguntar: "¿Se ha muerto? ¿Se ha muerto ya?" ¿Qué le parece a usted, Paulina Alexandrovna?...

- ¡Murmuraciones! -interrumpió con desdén-. Lo que me extraña es verle a usted de tan buen humor.

¿De qué se alegra? ¿Será, quizá, por haber perdido mi dinero?

- ¿Por qué me lo dio usted para que lo perdiera? Ya le dije que yo no podía jugar por cuenta de otro, y con mucha más razón que usted. Yo obedezco y hago cuanto usted me ordena, pero el resultado no depende de mí. Dígame, ¿está consternada por haber perdido tanto dinero? ¿A qué lo destinaba?

- ¿Por qué me lo pregunta?

-Usted misma prometió darme una explicación... Escuche: estoy persuadido de que cuando empiece a jugar para mí (tengo doce federicos), ganaré. Tome usted entonces lo que le haga falta.

Paulina hizo un mohín de desagrado.

-No se ofenda... Espero que no se enoje conmigo -proseguípor esa proposición. Hasta tal punto estoy convencido de ser un cero a sus ojos que no puede usted tener reparo en aceptar de mí hasta dinero. Un regalo mío no puede ofenderla, ni tiene importancia alguna. Además, he perdido el suyo...

Me lanzó una mirada escrutadora y al observar la irritación y el sarcasmo de mis palabras interrumpió la conversación:

-Mis asuntos carecen de interés para usted. Pero si desea saber la verdad, sepa que estoy llena de deudas. He pedido prestado ese dinero y necesito devolverlo. Tenía la loca esperanza de ganarlo en el tapete verde. ¿Por qué? Lo ignoro, pero lo creía. ¡Quién sabe! Quizá porque era la última solución y no cabía elegir otra.

-O bien porque era necesario ganar a toda costa. Es exactamente como el que se ahoga y se agarra a una pajita. Convenga usted en que si no se ahogase no se agarraría a una pajita, sino a una tabla-repliqué.

-Pero -dijo asombrada Paulina-, ¿no abrigaba usted la misma esperanza? Hace quince días me habló usted de su seguridad absoluta de ganar aquí a la ruleta y me rogaba que no le tuviese por un insensato.¿Era una broma suya? Nunca lo hubiera creído, pues usted me hablaba, lo recuerdo, en un tono muy serio.

-Es verdad -contesté-, y tengo todavía la convicción de que ganaré... Hasta le confieso que usted acaba de sugerirme una pregunta:¿Por qué no tengo duda alguna después de haber perdido de un modo tan lamentable? Estoy seguro de ganar en cuando empiece a jugar por mi cuenta.

- ¿De dónde saca esa seguridad?

-Me vería muy apurado si tuviese que explicarlo. Sólo sé que mees preciso ganar y que ésta es mi única tabla de salvación. He aquí, sin duda, la razón de por qué estoy seguro de ganar.

- ¿Le es, pues, necesario ganar a toda costa, ya que tiene usted esa seguridad fantástica?

-Apuesto a que me juzga usted incapaz de sentir una necesidad verdadera.

-A mi eso me es indiferente -contestó Paulina-. Si espera usted que le conteste que sí, debo decirle, en efecto, que dudo de que algo importante pueda atormentarle, pero no seriamente. Usted es desordenado e inconstante. ¿Qué necesidad tiene de dinero? Ninguna de las razones que alega es concluyente...

-A propósito -la interrumpí-, dice usted que debe pagar una deuda. Una famosa deuda, sin duda. ¿No será el francés?

- ¿Qué significa esa pregunta? ¿Está usted ebrio?

-Usted sabe perfectamente que me permito decirlo todo y preguntar a menudo con la mayor franqueza. Le repito que soy su esclavo. Nadie se avergüenza ante los esclavos y un esclavo no puede ofender.

- ¡Todo eso son cuentos! No puedo sufrir esa teoría de la "esclavitud".

-Tenga en cuenta que si hablo de mi esclavitud no es porque desee ser su esclavo. Deseo sólo hacer constar un hecho independiente de mi voluntad.

-Hable francamente. ¿Qué necesidad tiene usted de dinero?

- ¿Por qué quiere usted saberlo?

-Haga lo que quiera... no lo diga -repuso ella con un altivo movimiento de cabeza.

-Usted no admite la teoría de la esclavitud, pero la practica."¡ Conteste sin discutir!" Sea.

¿Por qué necesito dinero?, me pregunta usted. ¡Qué pregunta! ¡Porque el dinero lo es todo!

-Bien; mas al desearlo no es preciso caer en tal locura. Porque usted llega también hasta el frenesí, hasta el fatalismo. Hay ahí otra cosa, un objetivo especial. Hable ya sin rodeos. ¡Se lo exijo!

La cólera parecía dominarla y el ardor que ponía en sus preguntas me encantaba.

-Perfectamente, hay un motivo -respondí-, pero no puedo explicarle cuál. Se trata, sencillamente, del hecho de que, con dinero, me convertiré en otro hombre y no seré ya un esclavo para usted.

- ¿Cómo es eso? ¿Qué espera usted ser para mí?

- ¡Valiente pregunta! ¿Ni siquiera puede usted comprender el que pueda usted llegar a mirarme de otro modo que como a un esclavo?

¡Pues bien! ¡Ya estoy harto de sus desdenes, de su incomprensión!

-Usted decía que esta esclavitud le causaba delicia... Yo también así me lo figuraba. - ¡Usted también se lo figuraba! -exclamé con una volubilidad extraña-. ¡Extraordinaria candidez la suya! Pues bien, lo confieso, ser su esclavo me produce placer. Hay un deleite en el último grado de la humillación y del rebajamiento -continué de un modo delirante-.Quien sabe, quizá se experimenta bajo el knut, cuando sus correas se abaten y desgarran la espalda... Pero yo deseo tal vez gozar otros placeres. Hace un momento, en la mesa, el general me ha sermoneado delante de usted porque me paga setecientos rublos al año, que quizá nunca logre cobrar. El marqués Des Grieux, con las cejas fruncidas, me contemplaba y al mismo tiempo fingía no verme. Y yo, por mi parte, es muy probable que arda en deseos de agarrar a ese marquéspor la nariz, en presencia de usted.

- ¡Tonterías! En cualquier situación uno debe mantenerse con dignidad. Si es preciso luchar, lejos de rebajar, la lucha ennoblece.

-Habla usted perfectamente. Y presume que yo no sé sostener mi dignidad. Es decir, que siendo digno, no sé mantener esta dignidad. ¿Cree usted que puede ser así? Sí; todos los rusos somos así. Voy a explicárselo: su naturaleza, demasiado ricamente dotada les impide encontrar rápidamente una forma adecuada. En estas cuestiones lo más importante es la forma. La mayoría de los rusos estamos tan ricamente dotados que nos es preciso el genio para descubrir una forma conveniente. Ahora bien, frecuentemente estamos faltos de genio, que es cosa rara en general. Entre los franceses y en algunos otros europeos la forma está tan bien fijada que se puede aliar a la peor bajeza una dignidad extraordinaria.

He aquí por qué la forma tiene entre ellos tanta importancia. Un francés podrá soportar sin alterarse una grave ofensa moral, pero no tolerará en ningún caso un papirotazo en la nariz, pues esto constituye una infracción a los prejuicios tradicionales en materia de conveniencias sociales. Si los franceses gustan tanto a nuestras muchachas, es precisamente porque tienen unos modales tan señoriales. O más bien no. A mi juicio, la forma, la corrección, no desempeña aquí ningún papel, se trata simplemente del coq gaulois . Por otra parte, no puedo comprender esas cosas... porque no soy una mujer. Quizá los gallos tienen algo bueno... Pero, en resumen, estoy divagando y usted no me interrumpe. No tema interrumpirme cuando le hablo, pues quiero decirlo todo, todo, todo, y olvido los modales. Confieso, desde luego, que estoy desprovisto no sólo de forma sino también de méritos. Sepa que no me preocupan esas cosas. Estoy ahora como paralizado Usted sabe la causa. No tengo ni una idea dentro de la cabeza. Desde hace mucho tiempo ignoro lo que pasa, tanto aquí como en Rusia. He atravesado Dresde sin fijarme en esa ciudad. Usted ya adivina lo que me preocupaba. Como no tengo esperanza alguna y soy un cero a sus ojos, hablo francamente. Usted está, sin embargo, presente en mi espíritu.

¿Qué me importa lo demás?¿Por qué y cómo yo la amo? Lo ignoro. Tal vez no sea usted hermosa.¡Figúrese que no sé si es usted hermosa, ni siquiera de cara! Tiene usted, seguramente, mal corazón y sus sentimientos es muy posible que no sean muy nobles. -Usted espera, tal vez, comprarme a fuerza de oro -dijo-, porque usted no cree en la nobleza de mis sentimientos.

- ¿Cuándo he pensado yo en comprarla con dinero? -exclamé.

-Con tanto hablar ha perdido usted el hilo del discurso. Intenta comprar mi cariño, ya que no a mí misma.

-No, no; usted no tiene nada que ver. Ya le dije a usted que me cuesta trabajo explicarme. Usted me aturde. No se enoje a causa de mi conversación. Usted comprende por qué no puede enfadarse conmigo. Estoy sencillamente loco. Por otra parte, su cólera me importaría muy poco. Me basta solamente imaginar, en mi pequeña habitación, el frufru de su vestido, y ya estoy dispuesto a morderme los puños. ¿Porqué se enfada usted conmigo? ¿Por el hecho de llamarme esclavo suyo? ¡Aprovéchese de mi esclavitud, aprovéchese! ¿No sabe usted que un día u otro la he de matar? No por celos o porque haya dejado de amarla, sino porque sí, la mataré sencillamente, porque tengo algunas veces deseos de devorarla. Usted se ríe...

-No me río lo más mínimo -dijo-. Y le ordeno que se calle inmediatamente.

Se detuvo, sofocada por la cólera. Palabra, ignoro si es bonita, pero me gusta contemplarla cuando se detiene así ante mí, y por eso deseo muchas veces verla enfadada. Posiblemente ella lo había notado y se encolerizaba adrede. Así se lo dije. - ¡Puah, qué ignominia! -exclamó con repugnancia.

-Poco me importa -continué-. Sepa, además, que es peligroso que paseemos juntos. He experimentado muchas veces deseos de pegarla, de desfigurarla, de estrangularla. ¿Cree usted que no me atrevería?

Me hace usted perder la razón. ¿Imagina que temo el escándalo? ¿El enojo de usted? ¡Qué me importan a mí el escándalo y su enojo!

La amo sin esperanza y sé que luego la amaría mucho más. Si la mato, tendré que matarme yo también. Pues bien, me mataré lo más tarde posible, a fin de sentir lejos de usted ese dolor intolerable. ¿Quiere saber una cosa increíble? La amo cada día más, lo que es casi imposible.

¿Y después de esto quiere que no sea fatalista? Recuerde lo que le dije anteayer, en Schlangenberg, cuando me retó: "Diga una sola palabra y me arrojo al abismo." Si hubiese dicho esa palabra, me hubiera precipitado en él.¿Puede usted dudar de ello?

- ¡Qué estúpida charla! -exclamó.

-Estúpida o no, nada me importa. En su presencia tengo necesidad de hablar, de hablar sin tregua... y habló. En su presencia pierdo todo amor propio y me da todo igual.

- ¿Por qué iba yo a obligarle a precipitarse de lo alto del Schlangenberg? -interrumpió ella en tono singularmente hiriente-. ¿Qué utilidad sacaría yo con eso?

- ¡Magnífico! -exclamé-. Usted ha pronunciado, intencionadamente, la palabra "inútil" a fin de aplastarme.

Leo en su alma. ¿Es inútil, dice usted? El placer es siempre útil y un poder despótico, sin límites -aunque ejercido sobre una mosca-, es también una especie de placer. El hombre es déspota por naturaleza.

Le gusta hacer sufrir. A usted le gusta eso enormemente.

Recuerdo que me examinaba con reconcentrada atención. Mi fisonomía debía reflejar todas mis sensaciones incoherentes y

absurdas. Nuestra conversación se desarrolló casi según acabo de referirla.

Mis ojos estaban inyectados en sangre. Tenía la boca seca y espuma en los labios. Y en lo que se refiere al Schlangenberg, lo juro, aun ahora, que si ella me hubiese ordenado arrojarme de cabeza, lo habría hecho inmediatamente y aunque lo hubiese dicho únicamente por broma, con desprecio, escupiéndome además, me hubiera lanzado también.

- ¿Por qué no he de creerle? -preguntó con aquel tono de desprecio, el tono de que ella solamente es capaz. Y este tono es tan sarcástico, tan arrogante, que, en aquel momento, con gusto la hubiera matado. Corría un gran riesgo y yo no mentía al decírselo.

- ¿No es usted cobarde? -preguntóme bruscamente.

-No lo sé. Todo es posible. Hace mucho tiempo que no he pensado en eso.

-Si yo le dijera: "Mate usted a ese hombre", ¿lo mataría?

- ¿A quién?

-A quien yo le dijera.

- ¿Al francés?

-No me interrogue. Conteste. Al que yo designaría. Quiero saber si usted me hablaba formalmente hace un momento.

Esperaba mi respuesta con una seriedad y una impaciencia queme parecieron extrañas.

- ¿Me dirá usted de una vez lo que pasa -exclamé-. ¿Tiene usted miedo de mí, acaso? Veo perfectamente el lío que reina aquí. Usted

es la cuñada de un hombre arruinado, de un chiflado consumido por la pasión hacia ese demonio de Blanche. Luego hay ese francés y su misteriosa influencia sobre usted. ¡Y ahora me hace una proposición tremenda! Que sepa al menos de qué se trata. Si no, voy a perder la razón y cometer una barbaridad. Pero ¿puede usted sentir vergüenza de mí?

-No se trata de eso. Le he hecho una pregunta y espero.

-Perfectamente -exclamé-; a quienquiera que me señale, le mataré... Pero ¿acaso podría usted ordenarme eso?

- ¿Cree usted que he de tener lástima? Ordenaré y permaneceré al margen. ¿Lo soportaría usted?

¡Pero no, no es usted un hombre bastante fuerte para eso! Usted mataría sin duda por orden mía, pero luego vendría a matarme a mí, por haberme atrevido a mandarle.

Al oír estas palabras sentí una conmoción. Creí que su proposición era una broma, un reto. Pero había hablado con demasiada seriedad.

Está estupefacto de que se hubiese expresado así, de que conservase sobre mí un imperio semejante, hasta el extremo de decirme claramente: "Corre a tu pérdida, mientras yo permaneceré aquí muy tranquila." Había en sus palabras un cinismo y una franqueza a mi parecer excesivos. ¿Pero cómo se comportaría después conmigo? Esto rebasaba los límites del envilecimiento y de la esclavitud. Y por absurda e increíble que fuese toda nuestra conversación, mi corazón se estremecía.

De pronto se echó a reír. Estábamos a la sazón sentados en un banco, delante de los niños que jugaban frente al lugar en que los coches se detenían y dejaban al público en la avenida que precede al casino.

- ¿Ve usted a esa señora gorda? -exclamó Paulina-. Es la baronesa Wurmenheim. Se halla aquí desde hace tres días. Mire usted a su marido; ese prusiano alto y seco con un bastón en la mano. ¿Recuerda cómo nos miraba anteayer? Vaya inmediatamente a su encuentro, aborde a la baronesa, quítese el sombrero y dígale algo en francés.

- ¿Por qué?

-Juraba usted hace un instante que se arrojaría de cabeza desde el Schlangenberg, se declaraba dispuesto a matar a una orden mía. En lugar de esos asesinatos y de esas tragedias quiero únicamente reírme. Obedézcame sin discutir. Quiero ver cómo le apalea el barón.

- ¿Me reta usted? ¿Cree que no soy capaz de hacerlo?

-Sí, le reto. Vaya, ¡lo quiero!

-Sea, voy, aunque se trate de un capricho salvaje. Con tal que esto no sea perjudicial para el general y para usted. Palabra, no me inquieto por mí sino por usted y por el general. ¡Qué idea la de ir, por puro capricho, a ofender a una señora!

-Usted no es más que un charlatán, por lo que veo -dijo con desprecio-. Los ojos de usted estaban inyectados en sangre hace un momento... Esto quizá fuera, sencillamente, el resultado de sus liberaciones durante la comida... Sí, es una cosa absurda y vulgar y

el general se enfadará. Lo comprendo perfectamente, créalo, pero tengo ganas de reír. Lo quiero, y esto debe bastarle. ¿Por qué habla de ofender a una señora? Antes le apalearían a usted muy pronto.

Me puse en pie y me dirigí en silencio a ejecutar su capricho. Evidentemente era una cosa absurda y no había sabido zafarme. Sin embargo, al acercarme a la baronesa, me sentí estimulado por una especie de sentimiento de pilluelo. Además, estaba terriblemente excitado, como borracho.

07

Parte 7

Empieza: «Han transcurrido dos días desde aquella estúpida jornada. ¡Cuántos gritos, cuánto ruido, cuánta agitación!»

Han transcurrido dos días desde aquella estúpida jornada. ¡Cuántos gritos, cuánto ruido, cuánta agitación!

Y yo soy la única causa de este desorden, de todo ese revuelo ridículo. Sin embargo, a veces resulta divertido... Para mí al menos. No puedo darme cuenta de lo que ocurre: si es que atravieso realmente por una crisis de agitación o si, simplemente, estoy descarrilado y desorientado en espera de que me aten. Algunas veces me parece que pierdo la razón, a veces también que apenas he salido de la infancia y de la escuela y que hago travesuras, como los niños.

¡De todo eso tiene la culpa Paulina! Sin ella, tal vez no hubiese hecho tales chiquilladas. Quién sabe, tal vez sea la desesperación lo que me ha empujado -por absurdo que parezca este razonamiento.

No puedo comprender, no comprendo lo que es esa mujer. Es bonita, sí, es bonita según parece. Hace perder la cabeza también a los demás. Es alta y esbelta, muy delgada. Tengo la impresión de que se podría hacer con ella un paquetito o doblarla. Sus pies son largos y estrechos, obsesionantes. Positivamente obsesionantes. Tiene los cabellos de un tono rojizo y ojos de gata. ¡Pero qué

orgullo, qué arrogancia en su mirada! Hace cuatro meses, poco después de mi llegada, tuvo una noche, en el salón, con Des Grieux, una conversación larga y animada. Y le miraba de un modo... que luego, una vez en mi cuarto, me hube de imaginar que ella le había abofeteado... Desde aquella noche la amo.

Pero volvamos a los hechos.

Tomé un sendero que se dirige hacia la avenida, me detuve en mitad del camino y esperé a la baronesa y al barón. A cinco pasos de distancia me quité el sombrero y saludé.

La baronesa llevaba, lo recuerdo, un vestido de seda gris de una anchura desmesurada, con volantes, crinolina y cola. Es de baja estatura y de una corpulencia extraordinaria, con una barbilla monumental que le oculta el cuello. La cara, abotargada, ojos malignos y descarados, pero su aspecto en conjunto es bondadoso.

El barón es seco, alto. Tiene, como es corriente entre alemanes, el rostro señalado con una cicatriz y surcado de pequeñas arrugas. Usa lentes. Aparenta cuarenta y cinco años de edad. Las piernas parece que le arrancan casi del pecho; signo de raza. Es vanidoso como un pavo real. Un tanto contrahecho.

Ese ser pesado tiene en sus facciones una expresión de borrego, lo que, según él, es indicio de superioridad.

Todo esto fue observado por mí en pocos segundos.

Mi saludo y mi sombrero en la mano llamaron apenas su atención. El barón frunció ligeramente las cejas. La baronesa me miró de frente.

-"Madame la baronne" -dije claramente marcando las sílabas- "j'ai l'honneur d'être votre esclave".

E inmediatamente saludé, me puse de nuevo el sombrero y pasé junto al barón, sonriéndole burlonamente.

Que me quitara el sombrero fue por orden de Paulina, pero me mostré insolente por voluntad propia y Dios sabe lo que me impulsaba a ello. Tenía la sensación de una caída.

-"Hein!" -gritó, o más bien gruñó el barón volviéndose hacia mí con aire sorprendido y enojado.

Me detuve en una espera respetuosa continuando mirándole y sin dejar de sonreírme. Su perplejidad era visible, fruncía las cejas hasta el "nec plus ultra". Su rostro se ensombrecía cada vez más. La baronesa se volvió también y me contempló con perplejidad rencorosa. Los transeúntes nos observaban.

Algunos incluso se habían parado a ver.

-"Hein!" -gruñó de nuevo el barón con cólera redoblada.

-"Ja wohl!" (Perfectamente) -articulé, mientras continuaba mirándole fijamente a los ojos.

-"Sind sie rassend?" (¿Está usted loco?) -gritó blandiendo su bastón como si empezase a tener miedo. Quizá mi indumentaria le desconcertaba. Yo iba vestido correctamente, incluso con elegancia, como hombre de mundo.

-"Ja woh- ohl!" -grité, repentinamente, con todas mis fuerzas, prolongando la o, a la manera de los berlineses, que emplean a cada instante ese latiguillo en su conversación y prolongan más o

menos la vocal o, para expresar diversos matices. Espantados, el barón y la baronesa dieron rápidamente media vuelta y se dieron casi a la huida. Entre el público algunas personas bromeaban, otros me miraban sin comprender. Por otra parte, mis recuerdos son vagos.

Me volví y me dirigí con mi paso habitual hacia Paulina Alexandrovna. Pero antes de llegar a un centenar de pasos de su banco vi cómo se alejaba con los niños en dirección al hotel.

La alcancé a la entrada.

-Ya he realizado esa imbecilidad -le dije cuando estuve a su lado.

-Bueno, pues ahora, ¡arrégleselas usted! -replicó sin mirarme siquiera. Y subió la escalinata.

Pasé toda la tarde fuera. A través del parque, luego por el bosque, llegué incluso hasta otra comarca.

En una posada comí una tortilla y bebí cerveza. Este refrigerio me costó un taler y medio.

Hasta las once de la noche no regresé al hotel.

El general me mandó llamar inmediatamente. Nuestras gentes ocupaban en el hotel dos departamentos, con cuatro habitaciones en total.

La primera, muy espaciosa, es un salón con un piano de cola. Al lado, otro cuarto grande, el gabinete del general. Allí me esperaba, de pie, en el centro, en una actitud la mar de majestuosa. Des Grieux estaba tumbado en el sofá.

-Señor, permítame que le pregunte: ¿Qué ha hecho usted?- comenzó diciendo el general.

-Preferiría, mi general, verle abordar directamente la cuestión -le dije-. Usted quiere hablar, sin duda, de mi encuentro de hoy con un alemán.

- ¿Con un alemán? ¡Ese alemán... es el barón Wurmenheim, y es un importante personaje! Se ha portado usted groseramente con él y la baronesa.

-De ninguna manera.

-¡Usted les ha asustado, señor! -gritó el general.

-Nada hay de eso. Desde Berlín tenía las orejas atiborradas de ese "Ja wohl!" constantemente repetido de un modo tan antipático. Al encontrarles en la avenida aquel "Ja wohl!" no sé por qué me vino a la memoria y tuvo el don de crisparme los nervios. Además, la baronesa, a quien he encontrado ya tres veces, tiene la costumbre de andar directamente hacia mí como si yo fuera un gusano al que se quiere aplastar con el pie; convenga conmigo en que yo puedo tener también mi amor propio. Me descubrí, diciendo muy cortésmente -le aseguro a usted que cortésmente- : "Madame, j'ai l'honneur d'être votre esclave". Cuando el barón se volvió, diciendo "Hein!", me sentí incitado a gritar inmediatamente: "Ja wohl!". Lancé dos veces esta exclamación, la primera con mi voz ordinaria y la segunda con toda la fuerza de mis pulmones. Eso es todo.

Estaba, lo confieso, encantado con esta explicación completamente digna de un chiquillo. Sentía un extraño deseo de abultar esa estúpida historia del modo más absurdo posible. Además esto me gustaba mucho.

-Usted se burla de mí, ¿no es cierto? -gritó e general.

Se volvió hacia Des Grieux y le explicó, en francés, que decididamente yo buscaba un altercado. Des Grieux se encogió de hombros.

- ¡Oh, no crea eso, no hay nada de eso! -grité a mi vez al general-. Lo que hice no estuvo bien, lo confieso con toda franqueza. Se puede calificar de chiquillada estúpida e indecorosa, pero.... eso es todo. Y sepa, mi general, que me arrepiento de veras. Pero aquí media una circunstancia que, a mis ojos, me dispensa casi del arrepentimiento. En estos últimos tiempos, desde hace dos o tres semanas, me siento enfermo. Estoy nervioso, irritable, abúlico, y me ocurre que pierdo muchas veces el dominio de mí mismo. Verdaderamente muchas veces tengo gran deseo de dirigirme al marqués Des Grieux y de... Por otra parte, juzgo inútil terminar; tal vez se ofendería. En resumen, son síntomas de enfermedad.

Ignoro si la baronesa de Wurmenheim tendrá en cuenta este hecho cuando le presente mis excusas -pues tengo intención de hacerlo-. Creo que no, tanto más cuanto que, según tengo entendido, se está ya abusando de esta circunstancia en el mundo jurídico; en los procesos criminales los abogados han justificado frecuentemente a sus clientes alegando su inconsciencia en el momento del crimen, que constituye, según ellos, como una enfermedad."Ha matado y no se acuerda ya de nada." Y figúrese usted, general, que la Medicina les da la razón... Afirma, en efecto, que existe una demencia temporal durante la cual el individuo pierde, si no completamente, al menos casi completamente la memoria. Pero el barón y la baronesa son gentes de la vieja generación, y además, junkers prusianos. Ignoran, por consiguiente, este progreso de la Medicina

legal. Y, por lo tanto, no admitirán mis explicaciones. ¿Qué opina usted, general?

- ¡Basta, señor! -gritó bruscamente el general, con indignación contenida-. ¡Basta! Voy a intentar, de una vez y para siempre, librarme de sus chiquilladas. No tendrá usted necesidad de excusarse ante el barón y la baronesa. Toda relación con usted, aunque no se tratase más que de una simple demanda de perdón, les parecería demasiado humillante. El barón se ha enterado de que usted formaba parte de mi casa, se ha explicado conmigo, en el casino, y se lo confieso ha faltado poco para que me pidiese una satisfacción. ¿Comprende, señor, a lo que me ha expuesto? He tenido que presentar excusas al barón y dado mi palabra de que, hoy mismo, dejaría usted de formar parte de mi casa.

-Permítame, permítame, general. ¿Es realmente él quien ha exigido que no siga formando parte de "su casa" como usted dice?

-No, pero yo mismo he juzgado necesario darle esta satisfacción y, naturalmente, el barón se ha dado por satisfecho. Vamos a separarnos, señor mío. Va a recibir de mí, en moneda del país, cuatro federicos y tres florines. He aquí el dinero y he aquí el recibo. Puede contarlo. Adiós. Ahora somos extraños el uno para el otro. No he recibido de usted más que molestias. Voy a llamar al camarero y le diré que a partir de mañana no respondo de sus gastos en el hotel. Tengo el honor de renunciar a su servicio.

Tomé el dinero, lo conté, saludé al general y le dije, muy seriamente:

-General, este asunto no puede quedar así. Lamento mucho que usted haya sufrido molestias por parte del barón, pero, excúseme,

la culpa es toda suya. ¿Cómo ha podido usted encargarse de responder al barón en mi lugar y en mi nombre? ¿Qué significa esa expresión de que yo pertenezco a su casa? Soy, sencillamente, un preceptor en su casa y nada más. No soy su hijo ni estoy bajo su tutela, y usted no puede responder de mis actos. Puedo obrar con plena capacidad legal. Tengo veinticinco años, soy gentilhombre, licenciado y completamente ajeno a usted. Sólo el profundo respeto hacia sus méritos me retiene para preguntarle con qué razón se ha arrogado el derecho de preguntarle en mí nombre ante ese alemán...

El general, desconcertado, alzó los brazos al cielo, y volviéndose hacia el francés, le indicó en pocas palabras que yo acababa casi de provocarle a un duelo. Este se echó a reír.

-No estoy dispuesto a considerar como arreglado el asunto del barón -continué, con sangre fría imperturbable, sin hacer caso de la risa de Des Grieux-. Y como al consentir en oír las reclamaciones del barón y atenderlas, usted ha participado, por decirlo así, en todo este asunto, tengo el honor, general, de informarle que mañana por la mañana exigiré al barón, en mi nombre, una explicación formal. Le preguntaré por qué motivo, tratándose de un asunto mío, se ha dirigido, prescindiendo de mí, a una tercera persona... como si yo no pudiese o no fuese digno de responder de mis actos.

Lo que yo presentía ocurrió. Al anuncio de esta nueva extravagancia el general se asustó de veras.

- ¡Qué! ¿Quiere usted insistir en su maldita actitud? -exclamó-.¡En qué situación me coloca usted, Dios mío! ¡Guárdese bien, señor, guárdese bien! Si no, se lo juro... Aquí hay autoridades y... yo... En

fin, mi grado... Y el barón igualmente... En una palabra, le detendrán y será expulsado por la policía, para evitar un escándalo. ¿Lo ha comprendido, no es verdad? -y aunque la cólera lo poseía, sentía, a pesar de todo, un miedo horrible.

-General -le contesté, con una flema que debió parecerle insoportable-. No se puede detener a nadie por escándalo antes de que lo haya dado. No he tenido todavía ninguna explicación con el barón y usted ignora completamente de qué manera intento liquidar el asunto. Deseo solamente dilucidar la suposición, ofensiva para mí, de que me hallo bajo tutela, que una persona tenga autoridad sobre mi libre albedrío. No tiene usted razón para alarmarse ni preocuparse de ese modo.

- ¡Por el amor de Dios, por el amor de Dios, Alexei Ivanovitch, abandone ese proyecto insensato! - murmuró el general, que pasó del tono rencoroso al tono suplicante e incluso me cogió las manos- .Veamos, piense usted en las consecuencias. ¡Una nueva complicación! Considere que debo comportarme aquí de un modo especial, sobretodo en este momento... ¡Oh, usted no conoce, no conoce todas las circunstancias en que me encuentro...! Cuando nos vayamos de aquí, estoy dispuesto a tomarle de nuevo a mi servicio. No le despido más que momentáneamente. ¡En una palabra, comprenda usted los motivos que me obligan a obrar así! -clamaba desconsolado-. ¡Veamos, Alexei Ivanovitch...!

Al dirigirme a la puerta, todavía le rogué que no se inquietase; le prometí que todo se arreglaría decorosamente y me apresuré a salir.

A veces, en el extranjero, los rusos son timoratos en exceso. Obsesionados por las conveniencias, temen enormemente el qué

dirán y la manera cómo serán mirados. En una palabra, se diría que llevan corsé, sobre todo los que pretenden darse importancia. Adoptan, desde un principio, una actitud determinada, que siguen servilmente en los hoteles, las excursiones, las reuniones...

Pero el general había hecho, además, alusión a ciertas circunstancias que le obligaban a "comportarse de un modo particular". Por esta razón le había entrado miedo de pronto y había cambiado de tono para conmigo. Registré cuidadosamente este hecho. Podía muy bien, por pura estupidez, dirigirse al día siguiente a las autoridades, por lo cual yo debía ser prudente.

Por otra parte, era a Paulina y no al general a quien deseaba disgustar. Me había tratado tan cruelmente y empujado por un camino tan absurdo que deseaba ahora obligarla a suplicarme que no hiciese nada.

Mi insensato comportamiento podía terminar por comprometerla también a ella. Además, sensaciones, veleidades nuevas surgían en mí. Si, por ejemplo, me aniquilaba voluntariamente ante Paulina, esto no significaba en modo alguno que fuese un cobarde, y seguramente no era tan fácil al barón eso de "apalearme". Tenía ganas de burlarme de todos ellos, pero quedando en buen lugar. Ya veríamos. Sin duda ella temería el escándalo y me llamaría. Y aun cuando no me llame, verá, sin embargo, que no soy cobarde.

(Una noticia sorprendente: En este momento acabo de saber por la niñera, a quien he encontrado en la escalera, que María Philippovna ha salido hoy para Carlsbad, en el tren de la tarde, a casa de suprima. ¿Qué significa esto? Si hay que creer a la niñera, hace mucho tiempo que estaba preparando este viaje.

Pero, ¿cómo se explica que nadie lo supiera? Quizá yo era el único que lo ignoraba. La niñera me ha revelado que anteayer María Philippovna tuvo un violento altercado con el general. Lo comprendo; seguramente a causa de la señorita Blanche. Sí, estamos en vísperas de acontecimientos decisivos.)

0 8

Parte 8

Empieza: «Por la mañana llamé al camarero y le indiqué que debía hacer mi cuenta aparte. El precio de mi habitación no era...»

Por la mañana llamé al camarero y le indiqué que debía hacer mi cuenta aparte. El precio de mi habitación no era tan caro como para asustarse y obligarme a salir del hotel. Tenía dieciséis federicos, y luego... allí... ¡en el casino, tal vez me esperase la riqueza! Cosa extraña, todavía no había ganado, y ya obraba, sentía y pensaba como si fuese rico y no podía imaginarme a mí mismo de otro modo.

Había decidido, no obstante lo temprano de la hora, ir a ver inmediatamente a Mr. Astley al Hotel de Inglaterra, cercano al nuestro, cuando de pronto apareció Des Grieux. Era algo que aún no había ocurrido nunca, pues aparte de todo, con aquel caballero, en los últimos tiempos, nos habíamos mantenido en las más distantes y frías relaciones. Lejos de disimular el desdén que sentía por mí, procuraba manifestarlo, y yo... yo tenía mis razones particulares para que no me fuese simpático. Su llegada me sorprendió mucho. Comprendí inmediatamente que algo le inquietaba.

Se mostró muy amable y dijo que le agradaba mi habitación. Al verme con el sombrero en la mano me preguntó si me disponía a

salir de paseo tan temprano. Al oír que iba a ver a Mr. Astley para cierto asunto, en su rostro se reflejó honda preocupación.

Des Grieux era, como todos los franceses, jovial y amable por interés y por necesidad e insoportablemente fastidioso cuando la necesidad de aparecer jovial había dejado de existir.

Raramente amable por naturaleza, el francés lo es siempre por encargo o por cálculo. Si, por ejemplo, ve la necesidad de mostrarse fantástico, original, sus fantasías más absurdas y más barrocas revisten formas convencidas de antemano y desde hace mucho tiempo intrascendentes. La naturaleza del francés es producto del "positivismo" más burgués, más meticuloso, más rutinario... En una palabra, son las criaturas más aburridas que puede imaginarse. Según mi opinión, los franceses no pueden interesar más que a las jovencitas y sobre todo a las muchachas rusas que se desviven por ellos. Cualquier persona de mediano juicio descubre inmediatamente esa frívola mezcla de amabilidad de salón, de desenvoltura y jovialidad.

Me pregunté a qué se debería su visita.

-Vengo a verle para un asunto -comenzó, con aire desenfadado aunque cortés-. No oculto que el general me envía en calidad de mensajero o más bien de mediador. Conozco muy poco al ruso, así es que no comprendí casi nada de la conversación de ayer, pero el general me ha explicado ciertos detalles, y confieso que...

-¡Cómo, señor Des Grieux! -le interrumpí-. ¡Usted también desempeña en este asunto el papel de mediador! Yo no soy, ciertamente, más que un "uchitel" y jamás he pretendido el honor de ser amigo de la casa o tener relaciones particularmente

estrechas con esa familia. Hay también circunstancias que ignoro... Dígame, sin embargo: ¿forma usted tal vez parte de la familia? Porque, realmente, toma usted una parte tan activa en todo lo que a ella concierne, que es el árbitro en todos los asuntos...

Mi pregunta no fue de su agrado. Era demasiado clara e intencionada y no quería enredarse en discusiones.

-Estoy unido al general en parte por negocios, en parte por "ciertas circunstancias particulares" -dijo secamente-. El general me ha enviado a rogar a usted que renuncie a sus intenciones de ayer. Todo lo que usted ha imaginado es, ciertamente, muy espiritual, pero me ha encargado le advierta que no conseguirá usted nada. Por lo pronto, el barón no le recibirá. No olvide que tiene medios de evitar nuevas molestias de usted. Convénzase usted mismo. ¿Para qué insistir? El general se compromete formalmente a tomarle a su servicio, cuando las circunstancias lo permitan, y le garantiza hasta esa época "sus honorarios". Lo cual es bastante ventajoso para usted. ¿No le parece?

Le objeté en tono muy tranquilo que se equivocaba, que el barón no me echaría con malos modos, sino que, por el contrario, era muy posible que me escuchase.

-Vamos -añadí-, confiese que usted ha venido para enterarse de lo que voy a hacer.

-¡Dios mío!, puesto que el general se interesa tanto por esa historia, naturalmente, le gustaría mucho saber que ha cambiado usted de intención. ¡Es tan natural!

Empecé a darle explicaciones y exponerle mis planes, y él me escuchaba, arrellanado en un sillón, la cabeza ligeramente

inclinada hacia mí, con un poco de ironía no disimulada. En suma, afectaba aires de superioridad. Me esforcé en simular que consideraba ese asunto con la mayor seriedad. Añadí que al quejarse de mí al general, como si fuera su criado, el barón me había hecho perder mi colocación, y, en segundo lugar, me había tratado como a un individuo incapaz de responder de sus actos por sí mismo, como si fuese un ser despreciable.

Sin embargo, apreciando la diferencia de edades, la situación social, etc. -me costó trabajo contener la risa al llegar a este punto-, no quería realizar una nueva ligereza, es decir, pedir satisfacciones al barón ni aun siquiera dárselas. No obstante, me juzgaba plenamente autorizado para presentarle mis excusas, sobre todo a la baronesa, tanto más cuando que, efectivamente, en los últimos tiempos me encontraba mal, deprimido de espíritu, lleno de ideas absurdas, etc.

El propio barón, al dirigirse la víspera al general, de un modo vejatorio para mí, y al insistir en que me despidiese, me había puesto en una situación tal que me era imposible presentarle mis excusas, así como a la baronesa, pues los dos y todo el mundo pensaría seguramente que había ido a excusarme para recobrar mi empleo.

De todo lo cual resultaba que me veía obligado a rogar al barón que me diese primero explicaciones, en los términos más moderados, por ejemplo, declarando que no había tenido en modo alguno intención de ofenderme.

-Cuando el barón haya hecho esto, yo le presentaré a mi vez excusas, libremente, con sinceridad y franqueza. En una palabra -concluípido tan sólo que el barón me deje en libertad de obrar.

-¡Hum, y qué susceptibilidad y cuántas sutilezas! ¿Para qué presentar tantas excusas? Vamos, convenga, señor... señor... señor... que usted hace todo esto a propósito para exasperar al general... Pero quizá persigue usted un fin particular... "mon cher monsieur... pardon, j'ai oublié votre nom; monsieur Alexis, n'est ce pas?".

Pero, permítame usted "mon cher marquis", ¿qué le va ni le viene en el asunto? -"Mais le général..."

-¿Qué tiene que ver el general? Ayer dio a entender que debía mantenerse en cierta forma... y se alarmaba de tal modo... que yo, a decir la verdad, no comprendí nada.

-Hay una circunstancia particular -replicó Des Grieux con un tono de ruego que me llenaba cada vez más de despecho-. ¿Usted conoce a la señorita de Cominges?

-¿Quiere usted decir la señorita Blanche?

-Sí, la señorita "Blanche de Cominges... et madame sa mere...",convenga usted mismo que el general...

En una palabra, que el general está enamorado... y tal vez el matrimonio tendrá lugar aquí. Y figúrese usted, con todo este escándalo y todos esos chismes.

-No veo aquí escándalos ni chismes relacionados con esa boda.

-"¡ Oh! le baron est si irascible... Un caractére prussien, vous savez... en fin, il fera une querelle d'allemand."

-Pues entonces será a mí y no a usted, porque yo no pertenezco ya a la casa... (Hacía toda clase de esfuerzos para parecer lo más estúpido posible.) Pero permítame usted, ¿está, pues, decidido que

la señorita Blanche se casará con el general? ¿A qué esperan? Quiero decir...¿por qué ocultarlo, al menos a nosotros, los de la casa?

-No le puedo... Por otra parte no es todavía cosa hecha... Sin embargo... Sepa usted, que se esperan noticias de Rusia; el general necesita arreglar sus asuntos...

-¡Ah, ah, la "babulinka"!...

-En una palabra -interrumpió-, espero de su reconocida amabilidad, de su talento, de su tacto... Usted hará, sin duda, eso por esta familia que le ha tratado como a un pariente, que le ha mimado, considerado...

-Permítame... ¡Me han despedido! Usted afirma ahora que es sólo pura apariencia... Sin embargo, si a uno le dicen: "No tengo intención de tirarte de las orejas, pero permíteme que te dé un tirón para mantener las apariencias"... convenga usted en que casi es la misma cosa.

-Si así es, si usted se muestra sordo a todo ruego -añadió con arrogancia-, permítame le participe que se adoptarán algunas medidas. Hay aquí autoridades, usted será expulsado hoy mismo. "¡Que diable! Un brancbec comme vous" quiere provocar a un duelo a todo un personaje como el barón. ¿Cree usted que le van a dejar tranquilo?¡Sepa que nadie tiene miedo de usted aquí! Si le he dirigido un ruego ha sido más bien por mi propio impulso, pues usted había inquietado al general. ¿Y se imagina usted que el barón no le hará expulsar tranquilamente por un criado?

-Pero yo no iré personalmente a buscarle -contesté con gran flema-. Usted se equivoca, señor Des Grieux. Todo eso pasará con

el mayor decoro de lo que usted imagina. Iré ahora mismo a ver a Mr.Astley para rogarle que me sirva de mediador, de segundo, si usted lo prefiere. Es muy amigo mío y seguramente no se negará. Irá a casa del barón y el barón tendrá que recibirle; aunque yo sea un "uchitel", y tenga aspecto de "Subalterno", de individuo sin apoyo. Mr. Astley, nadie lo ignora, es sobrino de un lord auténtico, lord Pabroke, el cual se encuentra aquí. Esté seguro de que el barón se mostrará muy cortés con Mr. Astley y que le escuchará. Y si no le escuchara, Mr. Astley se considerará ofendido (ya sabe usted lo suspicaces que son los ingleses), y enviará al barón uno de sus amigos, pues él tiene muy buenos amigos. Las cosas, como usted ve, pueden tomar un aspecto distinto del que usted creía.

El francés, sin duda, se asustó. En efecto, todo aquello era muy verosímil y resultaba que yo era realmente capaz de provocar un escándalo.

-¡Se lo ruego -dijo en tono suplicante-, deje usted eso! Se diría que usted está satisfecho de provocar un conflicto. ¡No es una satisfacción lo que usted desea, es un escándalo! Ya le he dicho que todo esto sería divertido y quizás hasta espiritual, pero -terminó diciendo al ver que me levantaba y cogía el sombrerohe venido para entregar estas líneas de parte de cierta persona... Lea, me encargaron que aguardase la respuesta.

Al decir eso sacó del bolsillo una carta lacrada.

Aquellas líneas estaban escritas por Paulina. Leí:

"Me parece que intenta usted explotar la situación: usted está enfadado y hace tonterías. Pero median ciertas circunstancias especiales que le explicaré luego. ¡Por favor, no haga nada y

permanezca tranquilo! ¡ Qué absurdo es todo esto! Usted me es necesario y ha prometido obedecerme. Recuerde el Schlangenberg. Le ruego sea dócil y, si es preciso, se lo ordeno. Suya, P."

"P. S. -Si me guarda rencor a causa de lo que pasó ayer, perdóneme."

Sentí una especie de deslumbramiento. Mis labios palidecieron y empecé a temblar. El maldito francés afectaba una discreción extrema y apartaba su vista, como para no notar mi turbación. Habría preferido que se hubiera reído de mí.

-Está bien -respondíle-. Diga a la señorita Blanche que se tranquilice. Permítame, sin embargo, preguntarle -añadí bruscamentepor qué ha tardado usted tanto en entregarme esta carta. En lugar de discutir cosas insustanciales, creo que usted debía haber empezado por ahí... si es que ha venido realmente para cumplir ese encargo.

-¡Oh! Yo quería... Todo esto es tan extraño que le ruego me excuse por mi natural impaciencia... Tenía prisa por saber, por usted mismo, sus intenciones. Por otra parte, ignoraba el contenido de la carta, y pensé que podía entregársela en cualquier momento.

-Comprendo. A usted le mandaron que no entregara la carta más que en el último extremo, en caso de que usted no hubiese podido arreglar las cosas de palabra. ¿No es así? ¡Hable francamente, Des Grieux!

-"Peut-être" -asintió, afectando una extremada reserva y lanzándome una mirada significativa.

Cogí mi sombrero; me saludó con una inclinación de cabeza y se fue. Me pareció ver en sus labios una sonrisa burlona. ¿Podía ser de otro modo?

"No hemos saldado todavía nuestras cuentas, franchute, no pierdes nada con esperar", murmuré cuando llegué al final de la escalera. Todavía me encontraba en la imposibilidad de ordenar mis ideas.

El aire libre me despejó un poco. Algunos instantes después, cuando hube recobrado mi lucidez, dos ideas se me aparecieron claramente.

Primera: Fútiles motivos, golpes en el aire, amenazas de muchacho, han suscitado una alarma "general".

Segunda: ¿Qué influencia ejerce este francés sobre Paulina? A una sola palabra suya hace todo lo que él quiere, ha escrito una carta e incluso me ha dirigido un "ruego". Cierto que desde el principio sus relaciones me han parecido siempre un enigma. Pero, no obstante, en estos últimos tiempos noté en ella una aversión pronunciada y casi desprecio hacia él, y él por su parte lo ignora y se muestra poco cortés. Me he fijado ya en todo eso. Paulina misma me habla de su aversión. Se le han escapado palabras significativas... Él la domina, la tiene esclavizada...

09

Parte 9

Empieza: «En el paseo, como aquí lo llaman, es decir, en la avenida de castaños, encontré al inglés.»

En el paseo, como aquí lo llaman, es decir, en la avenida de castaños, encontré al inglés.

- ¡Oh, oh! -exclamó al verme-. Yo iba a su casa y usted a la mía.¿Ha dejado ya a los suyos?

-Dígame, ante todo, ¿cómo es posible que esté usted al corriente?- le pregunté asombrado-. ¿Todo el mundo se ocupa, pues, de eso?

- ¡Oh, oh, no todos! Por otra parte, tampoco vale la pena que se sepa. Nadie habla ya de ello.

-Entonces, ¿por quién lo sabe usted?

-Lo sé, es decir, tuve ocasión de enterarme casualmente. ¿Pero adónde irá usted al marcharse de aquí? Le tengo afecto, y por eso iba a buscarle.

-Es usted un hombre excelente, Mr. Astley -le dije (yo estaba estupefacto: ¿quién se lo habría dicho?) - Como no he tomado todavía café y usted seguramente lo habrá tomado de prisa, vamos al casino. Mientras fumamos un cigarro le contaré el asunto y usted me explicará también...

El café se hallaba a cien pasos. Nos sentamos a una mesa, nos sirvieron, encendí un cigarrillo. Mr. Astley no imitó mi ejemplo. Con los ojos fijos en mí se disponía a escucharme.

-Yo no me voy a ningún lado; me quedaré aquí -empecé.

Al dirigirme a casa de Mr. Astley, estaba firmemente decidido a no hablar para nada de mi amor ni había tenido ocasión de dirigirle la palabra. Además, él, por su parte, era muy tímido. Yo había notado, desde el principio, que Paulina le producía una impresión extraordinaria, a pesar de que jamás pronunciaba su nombre. Pero, cosa extraña: cuando se hubo sentado y me miró con mirada bondadosa, experimenté de pronto, Dios sabe por qué, deseos de contárselo todo, es decir, mi amor con todos sus sinsabores.

Hablé durante media hora y esto me producía un placer muy grande. ¡Era la primera vez que me desahogaba! Habiendo notado su turbación al oírme decir ciertas frases apasionadas, aumentaba deliberadamente el ardor de mi relato. De una sola cosa me arrepiento: quizás hablé demasiado respecto al francés.

Mr. Astley escuchaba, sentado frente a mí, inmóvil y silencioso, sus ojos fijos en los míos. Mas cuando me referí al francés, interrumpió de pronto y me preguntó gravemente si tenía derecho a mencionar aquella circunstancia secundaria. Mr. Astley formulaba siempre de un modo extraño sus preguntas.

-Tiene usted razón; temo que no -le contesté.

-Usted no puede decir nada de particular sobre ese marqués y sobre miss Paulina, aparte de simples suposiciones.

Volví a admirarme de una afirmación tan rotunda en labios de un hombre tan tímido como Mr. Astley.

-No, en efecto -le respondí.

-Si es así, hace usted mal, no sólo en hablar de ello conmigo, sino hasta pensarlo.

- ¡Bien! ¡Bien! Lo reconozco. Pero no se trata de eso, al menos por ahora -interrumpí, interiormente sorprendido.

Le conté entonces la escena de la víspera con todos sus detalles, la actitud de Paulina, mi aventura con el barón, mi despido, la pusilanimidad extraordinaria del general. Luego le expuse detalladamente la visita matinal de Des Grieux, con todos sus pormenores. Y, para terminar, le enseñé la carta.

- ¿Qué deduce usted de todo esto? -le pregunté-. Iba precisamente a verle para conocer su opinión. Por lo que a mí se refiere, me siento capaz de matar a ese francés, y es posible que lo haga.

-También yo -dijo Mr. Astley-. En lo que concierne a miss Paulina... usted sabe perfectamente que entablamos relaciones hasta con gentes que detestamos, cuando la necesidad nos obliga a ello. Puede que en este caso existan relaciones que dependan de circunstancias accesorias que usted ignora. Yo creo que puede usted medio tranquilizarse... En cuanto a la conducta de Paulina, ayer fue realmente extraña... Admito que haya querido desembarazarse de usted, entregándole a los bastonazos del barón (y no comprendo cómo no se sirviera de él teniéndolo a mano)... Semejante modo de obrar es verdaderamente sorprendente en una persona tan... tan distinguida. Naturalmente, noiba ella a imaginar que usted cumpliera a rajatabla su deseo...

- ¿Sabe usted -exclamé de pronto, mirando fijamente a Mr.Astleyque tengo la impresión de que ya se había enterado usted de todo eso antes, y sabe usted por quién?... ¡Por la propia miss Paulina! Mr. Astley me miró asombrado.

-Sus ojos brillan y leo en ellos la sospecha -dijo, tranquilizándose inmediatamente-, pero usted no tiene derecho alguno para sospechar tal cosa. No puedo reconocerle este derecho y me niego formalmente a contestar a su pregunta.

- ¡Sea! ¡Basta! ¡No es necesario que responda! -exclamé, extrañamente emocionado, y, sin saber por qué, pensaba: ¿cómo y cuándo Paulina ha podido elegir a Mr. Astley como confidente? En estos últimos tiempos, pasaba largos días sin ver a Mr. Astley. Paulina ha sido siempre para mí un enigma... y en el momento en que me disponía a contar la historia de mi amor a Mr. Astley, quedé estupefacto al ver que no podía decir nada preciso y positivo acerca de mis relaciones con ella. Por el contrario, todo me parecía fantástico, extraño, inverosímil.

-Está bien, está bien; estoy desconcertado y hay muchas cosas de las que aún no puedo darme cuenta -continué, casi sin aliento-. Por otra parte, es usted un excelente hombre. Ahora se trata de otro asunto, en el que le pido no su consejo, sino su opinión.

Después de una pausa, dije: - ¿Qué opina usted? ¿Por qué el general ha tenido tanto miedo, por qué han exagerado tanto todos el alcance de mi chiquillada? Pues la han abultado tanto que Des Grieux en persona ha juzgado necesario intervenir -no interviene más que en los casos graves-, me ha hecho una visita - ¡Des Grieux a mí!-. Me ha rogado, suplicado - ¡él!-. En fin, fíjese usted en esto: ha venido a las nueve de la mañana, y la carta de miss Paulina

estaba ya en su poder.¿Cuándo la escribió? ¡Quizás han despertado a miss Paulina por eso! Además, aparte el hecho de que miss Paulina es su esclava -es, al menos lo que deduzco, pues llega incluso a pedirme perdón-, aparte eso,¿qué tiene ella que ver, personalmente, en el asunto? ¿Por qué se interesa hasta ese punto? ¿Por qué han tenido miedo de un barón cualquiera? ¿Qué importa que el general se case o no con la señorita Blanche? Dicen que deben comportarse de un modo especial a causa de esta circunstancia... ¡Pero convenga conmigo en que esto es demasiado raro! ¿Qué opina usted? Leo en sus ojos que usted sabe más de todo esto que yo.

Mr. Astley sonrió y asintió.

-En efecto, creo estar mejor informado que usted acerca de eso- dijo-. Todo el asunto atañe únicamente a la señorita Blanche, y puedo asegurarle que digo la verdad.

- ¿Entonces, la señorita Blanche? -exclamé con impaciencia.

Había sentido, de pronto, la esperanza de saber algo acerca de la señorita Blanche.

-Yo creo que la señorita Blanche tiene, ahora, un interés particular en evitar cualquier encuentro desagradable y, lo que es peor...escandaloso.

- ¡Eh, eh!

-Hace dos años la señorita Blanche estaba aquí, en Ruletenburg, en plena temporada. Yo me hallaba aquí también. En aquel tiempo, la señorita Blanche no se llamaba señorita de Cominges, ni tampoco la acompañaba entonces su madre de ahora, la señora viuda de

Cominges. Al menos no se hablaba jamás de ella. Des Grieux tampoco estaba aquí. Estoy persuadido de que no son parientes, que no se han conocido hasta hace poco. Des Gricux es un marqués de nuevo cuño, se le ha concedido el título en fecha reciente; cierta circunstancia me permite afirmarlo. Incluso lo ha adoptado también recientemente. Conozco aquí a alguien que le ha conocido usando otro nombre.

-Pero él, positivamente, cuenta con muy buenas relaciones.

-Es posible. La señorita Blanche misma puede también tenerlas. Pero hace dos años, por denuncia de esa misma baronesa, la señorita Blanche fue invitada por la policía a abandonar la ciudad, y tuvo que hacerlo.

- ¿Cómo fue eso?

-Se había presentado aquí, en compañía de un italiano, un príncipe que llevaba el histórico apellido de Barberini, o algo por el estilo, un personaje cargado de sortijas y diamantes auténticos. Llevaba un espléndido tren de vida. La señorita Blanche jugaba al treinta y cuarenta. Comenzó ganando, pero luego la suerte le volvió la espalda. Recuerdo que una noche perdió una cantidad muy importante.

Para colmo de desgracias, una mañana su príncipe desapareció no se sabe cómo. Ella debía una aterradora cuenta en el hotel. La señorita Zelma de Barberini -se había metamorfoseado en Zelmase entregó a la más sombría desesperación. Gritaba y sollozaba por todo el hotel, y en su furia desgarraba sus vestidos. Pero vivía en el hotel un conde polaco -todos los polacos que viajan... son condes-, y la señorita Zelma, desgarrando sus vestidos y arañando su rostro

con sus bellas uñitas sonrosadas, le produjo cierta impresión. Entablaron conversación y durante la comida ya se había ella consolado. Por la noche, él apareció en el casino dándole el brazo. La señorita Blanche sonreía, según su costumbre, y sus modales eran más desenvueltos. Se agregó en seguida a esta categoría de fervientes a la ruleta que, al acercarse al tapete verde, empujan con el hombro a un jugador para procurarse sitio. Es la especialidad de esas damas. Ya lo habrá usted notado, sin duda.

- ¡Oh, sí!

-No vale la pena tampoco fijarse en ello... Con el consiguiente disgusto del público correcto se las tolera aquí. Por lo menos a las que cambian todos los días en la mesa billetes de mil francos. Por otra parte, en cuanto dejan de cambiar billetes, se les ruega que se retiren. La señorita Zelma continuó cambiando, pero fue todavía más desgraciada. Advierte usted que esas señoras tienen a menudo suerte. Poseen un sorprendente dominio de sí mismas. En fin, mi historia termina aquí. Un día el conde desapareció, igual que el príncipe. La señorita Zelma fue a jugar sola por la noche. Aquella vez no hubo quien le ofreciera el brazo. En dos días quedó completamente arruinada. Después de arriesgar y perder su último luis de oro, miró en torno y vio al barón de Wurmenheim, que la examinaba con una atención indignada. Pero la señorita Zelma no reparó en esa indignación y, dirigiéndose al barón, con una sonrisa profesional, le rogó apostase por ella diez luises al rojo. Poco después, y debido a una denuncia de la baronesa, fue invitada a no dejarse ver más por el casino. ¿Le extraña tal vez que yo conozca todos esos escandalosos detalles? Los sé por Mr. Fider, mi pariente, que condujo, aquella noche misma, en su coche, a la señorita Zelma. Ahora comprenda usted: la señorita Blanche quiere ser

generala, sin duda para no volver a caer en semejantes desgracias. Ahora no juega ya, tiene un capital que presta a los jugadores mediante usura. Es mucho más práctico. Sospecho que el desgraciado general es uno de sus deudores. Des Grieux quizá también, a menos que vayan a medias. Comprenderá usted que hasta después de haberse casado no desee llamar la atención del barón ni de la baronesa. En su situación, nada tiene que ganar con un escándalo. Usted está relacionado con su casa y sus actos pueden provocar escándalo, con mayor motivo porque ella se exhibe cada día en público del brazo del general o con miss Paulina. ¿Comprende usted ahora?

- ¡No, no comprendo! -exclamé dando un tremendo puñetazo en la mesa, que hizo acudir al mozo, asustado-. Dígame, Mr. Astley-añadí con exaltación-, si usted conocía toda esta historia y sabía quién era esa señorita Blanche, ¿por qué no me advirtió de ello, o al mismo general, en último caso, y, sobre todo, a miss Paulina, la cual ha aparecido en público en el casino, dando el brazo a mademoiselle Blanche? ¿Es eso admisible?

No tenía para qué prevenirle, pues usted no hubiera podido hacer nada -replicó, flemáticamente, Mr. Astley-. ¿Prevenirle de qué? El general sabe, tal vez, mucho más que yo sobre la señorita Blanche y sin embargo se pasea con ella y con miss Paulina. El general... es un pobre hombre. Vi ayer a la señorita Blanche que galopaba en un hermoso caballo al lado de Des Grieux y ese principillo ruso. El general los seguía sobre un alazán. Por la mañana se había lamentado de que le dolían las piernas, y no obstante, a caballo, sabía mantenerse bien. En aquel momento tuve la idea de que era hombre irremisiblemente perdido. En fin, eso no me afecta, y hace muy poco tiempo que conozco a la señorita Paulina. Por otra parte

-terminó bruscamente Mr. Astley-, ya le dije a usted que no puedo admitir su derecho a hacerme ciertas preguntas, a pesar del afecto que por usted siento.

-Basta -dije, levantándome-. Ahora veo que la señorita Paulina se halla también enterada de lo que se refiere a la señorita Blanche, pero no pudiendo romper con su francés consiente en pasearse con esa persona. Esto me parece tan claro como la luz del día. Esté seguro de que ninguna otra influencia ha podido obligarla a acompañar a la señorita Blanche y a suplicarme por carta que no haga nada respecto al barón. ¡Y sin embargo, es ella quien me lanzó contra el barón! ¡Procure comprender este enredo!

-Usted olvida: primero, que la referida señorita de Cominges es la novia del general, y segundo, que miss Paulina tiene un hermanito y una hermanita, hijos de su suegro el general, abandonados completamente por ese insensato y, a lo que parece, arruinados.

-Sí, sí. ¡Eso es! Marcharse equivaldría a abandonar a los niños, mientras que, permaneciendo aquí ella, defiende sus intereses y conseguirá salvar tal vez algunos restos de su fortuna. ¡Todo eso es verdad! Sin embargo... ¡Oh, ahora comprendo por qué todos aquí se interesan tanto por la "babulinka"!

- ¿Por quién?

-Por esa vieja bruja de Moscú.... por la abuela, que no se decide a morir, a pesar de que se espera el telegrama anunciando su muerte.

-Sí, naturalmente, todo el interés se halla concentrado en ella...Todo depende de la herencia. Si la hereda, el general se casará. Miss Paulina tendrá también las manos libres y Des Grieux...

- ¿Qué?

-Pues que Des Grieux cobrará. Esto es lo único que aquí aguarda.

- ¿Usted cree?

-No sé nada más -se concretó a decir Mr. Astley.

-Pues yo sí sé algo más -repliqué, molesto-. Espera también la herencia, porque Paulina recibirá una dote y, una vez en su poder, se lanzará a sus brazos. ¡Todas las mujeres son iguales! Y las más orgullosas se convierten en las más sumisas, en las más esclavas. ¡Paulina sólo es capaz de amar apasionadamente, y nada más! Esta es la opinión que tengo formada de ella. Obsérvela, principalmente cuando está sentada, aparte, pensativa; parece predestinada, condenada bajo el peso de una maldición. Está a merced de todas las tempestades de la vida y de las pasiones; ella... ella... ¿Pero quién me llama? - exclamé de pronto-, ¿quién grita? He oído gritar en ruso: "Alexei Ivanovitch."Una voz de mujer... ¡Escuche usted! ¿No lo oye?

En aquel momento nos acercábamos al hotel. Habíamos salido del café hacía ya un rato.

-He oído, sí, una voz de mujer que llamaba en ruso, pero ignoro a quién se dirigía. Aguarde; veo ahora de dónde salen los gritos- indicó Mr. Astley-, es esa mujer que está sentada en ese gran sillón y a la que unos criados acaban de transportar a la terraza. Ah, tras ella llevan maletas, lo cual prueba que acaba de llegar.

-Pero, ¿por qué me llama a mí? Vea cómo grita de nuevo. Mire, nos hace señas con las manos.

-Ya veo que nos hace señas -dijo Mr. Astley.

- ¡Alexei Ivanovitch, Alexei Ivanovitch! ¡Dios mío, qué torpe!- gritaba una voz chillona en la terraza del hotel.

Corrimos hacia la entrada. Llegué a la terraza y... los brazos me cayeron a lo largo del cuerpo a causa de la sorpresa. Mis pies quedaron como clavados en el suelo.

10

Parte 10

Empieza: «Habían llevado su sillón hasta el rellano del amplio vestíbulo y se hallaba rodeada de sus criados, de la obsequiosa servidumbre del...»

Habían llevado su sillón hasta el rellano del amplio vestíbulo y se hallaba rodeada de sus criados, de la obsequiosa servidumbre del hotel, y en presencia del "oberkellner" que había acudido a recibir aquella visitante de alta categoría llegada allí con tal aparato y ruido, tan numerosos sirvientes propios y tanto equipaje... ¡la abuela!

Sí, era ella misma, la imponente y rica Antonina Vassilievna Tarassevitchev, gran propietaria y gran dama moscovita; la "babulinka", a la que se habían mandado tantos telegramas, moribunda de setenta y cinco años que no se decidía a morir y que de pronto nos llegaba en carne y hueso, como caída del cielo. Allí estaba, conducida en su sillón, como siempre, desde hacía cinco años, con su gesto avispado, irascible, satisfecha de sí misma, erguida en su asiento, dando gritos imperiosos, regañando a todo el mundo... En una palabra, exactamente la misma Antonina Vassilievna que yo había tenido el honor de ver dos veces, desde que entré de preceptor en casa del general. Era natural que me quedase ante ella fulminado de estupor. Sus ojos de lince me habían visto a la distancia de cien pasos; me había reconocido y

llamado por mi nombre y apellido, pues estaba dotada de una memoria prodigiosa.

"He aquí, pues, a la que esperaban ver muerta y enterrada y después de haberles dejado una herencia -pensé en seguida-; pero es ella quien nos enterrará a todos y a toda la gente del hotel ¡Dios mío! Pues es capaz de revolver el hotel de arriba abajo."

-Bueno, amigo mío, ¿por qué me miras con los ojos tan abiertos?- me apostrofaba a gritos la abuela-. ¿No sabes saludar y dar los buenos días? ¿Es el orgullo lo que te detiene? ¿No me has reconocido? Mira, Potapytch -y se dirigía a un viejecito vestido de frac y corbata blanca, con una calva rosada, su mayordomo, que la acompañaba en el viaje-. Mira. ¡No me conoce! ¡Ya me han enterrado! Recibíamos telegramas:"¿ Se ha muerto o no?" ¡Sí, sí, lo sé todo! Pues bien, ya lo ves; aún estoy vivita.

-Por favor, Antonina Vassilievna, ¿por qué tengo yo que desearla ningún mal? -repliqué alegremente cuando me hube serenado-. Me ha sorprendido y es muy natural... ¡Su llegada es tan inesperada!...

-¿Qué hay en ello de extraño? Me he sentado en un vagón y, ¡adelante, marchen! Se va muy bien, no hay sacudidas, a fe mía. ¿Vienes de paseo?

-Sí, he dado una pequeña vuelta hasta el casino. Está aquí cerca.

-Se está muy bien aquí -dijo la abuela girando la vista en torno suyo-. Hace calor y los árboles son frondosos. ¡Esto me gusta! Pero ¿y nuestra gente? ¿Y el general?

-¡Oh, sí! A esta hora todos están en sus habitaciones.

-¡Ah! ¿También aquí tienen sus horas reglamentadas y andan haciendo ceremonias? ¡Se dan tono! Tienen coche, según me han dicho. Los señores rusos. ¿No es eso? Después de haberse comido su fortuna, huyen al extranjero. ¿Y Praskovia, está con ellos?

-Sí, Paulina Alexandrovna debe de estar con ellos.

-¿Y el francés también? Bueno, ya los veré a todos. Alexei Ivanovitch, llévame en seguida a las habitaciones del general. ¿Te encuentras bien aquí?

-Regular, Antonina Vassilievna.

La abuela volvióse hacia sus mayordomos.

-Y tú, Potapytch, dile a ese papanatas de mozo que nos dé una habitación cómoda, agradable, en el primer piso, y haz que trasladen mi equipaje. Pero, ¿por qué quieren llevarme todos? ¿Por qué esta insistencia? ¡Qué serviles!... ¿Quién es ése que está contigo? -me preguntó de nuevo.

-Es Mr. Astley -respondí.

-¿Y quién es Mr. Astley?

-Un viajero, uno de mis buenos amigos. Conoce también al general.

-¡Un inglés! Por eso me contempla fijamente sin despegar los labios. Me gustan los ingleses. Que me lleven a las habitaciones de nuestra familia. ¿Dónde se hospedan? Transportaron a la abuela. Yo marchaba a la cabeza por la amplia escalera del hotel. Nuestro grupo causaba sensación. Las personas que encontrábamos a nuestro paso se detenían y abrían mucho los ojos. Nuestro hotel pasa por ser el mejor, el más caro y el más aristocrático de

Ruletenburg. En la escalera y en los corredores encuéntranse siempre grandes damas y graves ingleses. Muchos interrogaban abajo al "oberkellner", que, por su parte, estaba muy impresionado. Contestaba naturalmente que se trataba de una extranjera muy principal, "una rusa, una condesa, una gran señora", y que ocuparía las mismas habitaciones que habían sido reservadas una semana antes a la gran duquesa de N.

Lo que más llamaba la atención era el aspecto majestuoso y autoritario de la gran dama que conducían en un sillón. Al encontrarse con alguna persona desconocida ya estaba midiéndola de arriba abajo con curiosos ojos y me hacía preguntas en voz alta acerca de ella.

La abuela era de recia complexión, aun viéndola sentada se adivinaba que era de elevada estatura. Se mantenía derecha como una tabla en su asiento, sin apoyarse en el respaldo, y llevaba erguida su cabeza gris; los rasgos de su rostro eran muy pronunciados. Tenía un aire de arrogancia y de desafío, si bien su mirada y sus gestos eran completamente naturales.

No obstante sus setenta y cinco años tenía la cara fresca y los dientes bastante bien conservados.

Llevaba un vestido de seda negra y una cofia blanca.

-¡Qué anciana más interesante! -murmuró Mr. Astley, que me acompañaba.

"Se halla al corriente del asunto de los telegramas -pensaba yo-;conoce también a Des Grieux, pero no a la señorita Blanche." Inmediatamente revelé este pensamiento a Mr. Astley.

¡Debilidades del corazón humano! Tan pronto me repuse de mi sorpresa, me hallé encantado del golpe que en aquel momento íbamos a dar al general. Me sentía agresivo y marchaba a la cabeza de la comitiva con alegría.

Nuestras gentes se alojaban en el segundo piso. Sin prevenir, ni siquiera llamar, abrí las puertas de par en par y la abuela hizo una entrada triunfal.

Como si lo hubieran hecho adrede, todos se hallaban reunidos en el gabinete del general. Era mediodía y proyectaban, según parece, una excursión, unos en coche y otros a caballo, y, además, tenían invitados a algunos amigos.

Además del general, y Paulina con los niños y su niñera, se hallaban presentes: Des Grieux, la señorita Blanche vestida de amazona; su madre, la señora viuda de Cominges; el principillo y un sabio alemán, doctor viajero y explorador al que había ya visto anteriormente.

El sillón de la abuela fue colocado en el centro de la habitación, a tres pasos del general.

¡Dios mío, jamás olvidaré aquella escena!

Al entrar nosotros estaba el general contando no sé qué cosa y Des Grieux rectificaba.

Hay que observar que desde hace dos o tres días Des Grieux y la señorita Blanche manifiestan, en las mismas barbas del general, una gran admiración hacia el pequeño príncipe. La reunión, al menos en apariencia, daba la impresión de la alegría más franca, más íntima.

Al ver a la abuela el general, de pronto, quedóse estupefacto, abrió la boca y no llegó a pronunciar una frase. La contemplaba con las pupilas dilatadas... como fascinado por la mirada de un basilisco. La abuela le examinaba también, inmóvil, con aire de triunfo, provocativo y burlón. Se observaron así durante unos diez segundos, en medio de un profundo silencio. Des Grieux se sintió primeramente aniquilado, pero pronto su rostro reflejó una inquietud extrema. La señorita Blanche, con las cejas levantadas, la boca abierta, miraba estúpidamente a la abuela. La mirada de Paulina expresaba asombro y duda extraordinarios; de pronto se puso pálida como la cera y al cabo de un instante la sangre afluyó a su rostro coloreándole las mejillas.¡Sí, aquélla era verdaderamente una catástrofe para todo el mundo!

Paseé mi mirada por todos los presentes.

Mr. Astley se mantenía apartado, tranquilo y digno, como de costumbre.

-¡Bueno, ya estoy aquí, en vez de un telegrama! -exclamó, finalmente, la abuela, rompiendo el silencio-. ¿No me esperabais?

-Antonina Vassilievna... querida tía... ¡qué sorpresa! ¿Cómo has venido?... -murmuró el infortunado general.

Si la abuela hubiese tardado en hablar unos cuantos segundos más, el general hubiese sufrido un ataque.

-¿Que cómo he venido? ¡Pues que tomé asiento en un vagón y adelante, marchen! ¿Para qué sirve el ferrocarril? Pero todos pensaban: la vieja ha estirado la pata y ¡vamos a heredar! Sé que has telegrafiado muchas veces y me imagino lo que ha debido costarte eso. Creo que aquí es muy caro. Pero yo, ni corta ni

perezosa... aquí me tienes... ¿Es éste el famoso francés? ¿El señor Des Grieux, no se llama así?

-"Oui, madame" -asintió Des Grieux-, "et croyez, je suis enchanté ... Votre santé... c'est un miracle... Vous voir ici ... une surprise charmante..."

-Sí, sí "charmante"... Te conozco, farsante, y no te creo ni así...- y le mostró su dedo meñique-. ¿Quién es? -preguntó luego, señalando a la señorita Blanche. La francesa, vestida de amazona y con la fusta en la mano, le producía una impresión que no podía ocultar-. ¿Vive aquí? ¡Hum!

-Es la señorita Blanche de Cominges, y ésta es su madre, la señora de Cominges. Se hospedan en nuestro hotel -expliqué.

-¿Está casada la hija? -preguntó, sin ambages, la abuela.

-La señorita de Cominges es soltera -contesté lo más respetuosamente posible y con toda intención en voz baja.

-¿Es alegre?

No quise entender la pregunta.

-¿Resulta distraído hablar con ella? ¿Comprende el ruso? En Moscú, Des Grieux lo chapurreaba bastante mal.

Le expliqué que la señorita de Cominges no había estado nunca en Rusia.

-"Bonjour" -dijo la abuela, encarándose bruscamente con la señorita Blanche.

-"Bonjour, madame".

Y la señorita Blanche hizo una ceremoniosa reverencia, marcando bajo el velo de una extremada cortesía su estupefacción ante unos modales tan extraños.

-¡Oh, baja los ojos, se hace la tímida!... Se conoce al pájaro por su manera de volar. Debe ser una comedianta... Me alojo en este hotel, justamente en el primer piso -continuó, dirigiéndose al general-. Seremos vecinos. ¿No te alegras?

-¡Oh, tiíta! Crea en mis sinceros sentimientos... de satisfacción- replicó el general. Este se había tranquilizado ya hasta cierto punto, y como, cuando llegaba la ocasión sabía hablar con facilidad pasmosa, se puso en seguida a perorar afectadamente.

-Estábamos tan alarmados... tan consternados por las malas noticias que temíamos acerca de su salud... Recibíamos telegramas tan inquietantes... Y de pronto.

-¡Cuéntaselo a otro! -interrumpió la abuela.

-Pero, ¿cómo? -contestó inmediatamente el general, alzando la voz y haciéndose el desentendido-. ¿Cómo se ha podido decidir a hacer semejante viaje? A su edad... con su mal estado de salud... Todo esto es tan imprevisto que nuestra sorpresa es comprensible. Pero estoy tan contento... y procuraremos todos -aquí una encantadora sonrisa-, por todos los medios, hacer su estancia aquí lo más agradable posible. Ya lo verá usted.

-Basta de cumplidos. Charlas, según tu costumbre. Ya sabré vivir a mi manera. De todos modos, no te guardo rencor, he olvidado las ofensas. ¿Cómo he podido decidirme a venir?, me preguntas. ¿Qué hay en ello de sorprendente? Es la cosa más sencilla. ¿Y por qué se extrañan todos...? Buenos días, Praskovia. ¿Qué haces aquí?

-Buenos días, abuela -dijo Paulina, acercándose-. ¿Fue muy largo el viaje?

-He aquí, al menos, una pregunta sensata. Los demás se limitan a exclamar: ¡Oh! y ¡Ah! Bueno, escucha. Pasaba el tiempo en la cama, el tratamiento se eternizaba, envié a paseo a los médicos e hice venir al bedel de San Nicolás, el cual había curado de la misma enfermedad a una mujer con harina de heno. Bueno; pues este remedio me dio buen resultado. Al cabo de tres días sudaba abundantemente y me levanté. Luego, mis médicos alemanes se reunieron de nuevo, se pusieron las gafas y deliberaron:

"La estancia en un balneario con tratamiento apropiado haría desaparecer la obstrucción." ¿Por qué no?, pensé. Los Duorzaivguine lanzaron suspiros: "¡ Qué idea irte tan lejos!" ¿Qué os parece eso? En veinticuatro horas, mis preparativos de viaje estaban hechos y el viernes de la semana pasada tomé a mi camarera, luego Potapytch, luego a Fiodor, mi criado, del que me separé en Berlín, pues me era inútil y hubiera podido ya viajar sola. Tomé un departamento reservado. Hay factores en todas las estaciones que, por veinte kopeks, os llevan a donde queréis... ¡Qué habitación! -terminó diciendo, mientras miraba en torno-. ¿De dónde sacas el dinero, amigo mío? Porque toda tu hacienda está hipotecada. ¡Sólo a este franchute le debes una buena suma! ¡Lo sé todo, todo!

-Tía... -comenzó diciendo, confuso, el general-. Creo no tener ya necesidad de tutela. Además, mis gastos no rebasan mis recursos, y aquí...

-¿No los rebasan? ¡Vamos! ¡Seguramente has desvalijado a los niños, tú, su tutor!

-Después de eso, después de esas palabras, -replicó el general, indignadoya no sé...

-¡No sabes! Dime, ¿no has dejado la ruleta? Estás exhausto, ¿verdad?

El general estaba tan consternado que, bajo el peso de la emoción, apenas podía hablar.

-¡La ruleta! ¡Yo! En mi situación... ¿Yo? Tranquilícese, tía, usted debe estar todavía enferma...

-¡Cállate! ¡No haces más que mentir...! Pero hoy mismo he de ver yo qué es eso de la ruleta... Veamos, Praskovia, cuéntame, dime lo que hay que ver aquí. Alexei me lo enseñará, y tú, Potapytch, toma nota de los lugares adonde se puede ir. ¿Qué se puede visitar aquí?- preguntó de nuevo a Paulina.

-Cerca de aquí están las ruinas de un castillo y, además, el Schlangenberg.

-¿Qué es el Schlangenberg? ¿Un bosque?

-No; no es un bosque; es una montaña; hay allí una "punta".

-¿Qué es eso de "la punta"?

-La cima, el lugar más elevado de la montaña. Se disfruta desde allí de una vista incomparable.

-¿Habría que transportar el sillón a la montaña? ¿Es posible?

-Se pueden encontrar braceros -dije.

En aquel momento, Feodosia, la niñera, vino a saludar a la abuela, trayendo consigo a los niños del general.

-¡Nada de besuqueo! No me gustan las babas de los niños. ¿Cómo estás, Feodosia?

-Muy bien, muy bien, mi buena Antonina Vassilievna -contestó Feodosia-. ¿Y usted, cómo lo pasa? Hemos estado inquietos por su salud.

-Ya lo sé, tienes un buen corazón tú. ¿Quiénes son esas gentes, invitados? -preguntó, dirigiéndose de nuevo a Paulina-. ¿Quién es ese tipo con gafas?.

-El príncipe Nilski, abuela -murmuró Paulina.

-¡Ah! ¿Un ruso? ¡Y yo que creía que no me entendía! Quizá no me ha oído... Ya he visto a Mr. Astley.

Pero hele aquí de nuevo. ¡Buenos días! -exclamó, encarándose, de pronto a él.

Mr. Astley la saludó en silencio.

-Vamos a ver, ¿qué me cuenta usted de bueno? ¡Dígame algo! Tradúcelo esto, Paulina.

Paulina hizo de intérprete.

-La contemplo con verdadero placer, y estoy muy satisfecho de que goce usted de buena salud - contestó Mr. Astley, en un tono muy serio, pero extremadamente apresurado.

Esta frase, traducida a la abuela, pareció gustarle. Estaba predispuesta hacia el inglés.

-¡Qué bien contestan siempre los ingleses! -observó-. Siempre he sentido simpatía hacia ellos, muy al contrario de los "franchutes".Venga a verme -dijo a Mr. Astley-. Procuraré no

aburrirle demasiado. Tradúcele esto y añádele que me alojo aquí abajo... aquí abajo... ¿entiende usted? -repitió a Mr. Astley, bajando el dedo.

Mr. Astley pareció encantado de la invitación.

Con una mirada satisfecha, la abuela examinó a Paulina de la cabeza a los pies.

-Te quiero mucho, Praskovia -dijo de pronto-. Eres una buena muchacha. Vales mucho más que todos juntos, pero tienes mal carácter... Bueno, también yo lo tengo... Vuélvete; ¿son cabellos postizos esos que llevas aquí?

-No, abuela, son míos.

-Tanto mejor. No me gusta la estúpida moda actual. Eres encantadora. Me enamoraría de ti si fuese hombre. ¿Por qué no te casas...? Pero bueno, es hora de que me vaya. Tengo ganas de pasearme, estoy harta de ferrocarril... Bien, ¿estás todavía enfadado? -preguntó al general.

-¡Por favor, querida tía, deje usted eso! -suplicó el general, más tranquilizado-. Comprendo que a su edad...

-"Cette vieille est tombée en enfance" -me dijo en voz baja Des Grieux.

-Quiero verlo todo... ¿Me cedes a Alexei Ivanovitch? -preguntó la abuela al general.

-Tanto como usted quiera, y yo mismo... y Paulina, y Des Grieux..., todos tendremos mucho gusto en acompañarla.

-"Mais, madame, cela sera un plaisir..." -intervino Des Grieux, con una sonrisa encantadora.

-¡Caramba, un "plaisir"! ¡Me diviertes! Pero no te daré dineroañadió, dirigiéndose al general-, y ahora, pasemos a mis habitaciones. Quiero verlas. Luego iremos a todos esos sitios. ¡Vamos, transportadme!

Se transportó de nuevo a la abuela, y toda la comitiva, escoltando el sillón, descendió por la escalera tras ella.

El general iba atontado, como si hubiese recibido un garrotazo en la cabeza. Des Grieux meditaba. La señorita Blanche quiso primeramente quedarse, pero luego juzgó oportuno seguir a los demás. A su zaga venía también el principillo; sólo el alemán y la señora viuda de Cominges se quedaron en la habitación del general.

11

Parte 11

Empieza: «Probablemente, en los balnearios y en los hoteles de toda Europa, cuando el gerente destina una habitación a los huéspedes, se guía...»

Probablemente, en los balnearios y en los hoteles de toda Europa, cuando el gerente destina una habitación a los huéspedes, se guía más que por los gustos de ellos por su opinión personal acerca de la cuenta que podrá hacerles pagar. Pero Dios sabe por qué se destinó a la abuela un alojamiento cuya suntuosidad no dejaba nada que desear: cuatro habitaciones magníficamente amuebladas, con sala de baño, dormitorios para los criados, para la camarera, etc. En efecto, estas habitaciones habían sido ocupadas, una semana antes, por una gran duquesa, lo que se apresuraron en poner de relieve a la nueva huésped, con lo cual les daban más valor a esos departamentos, para justificar, así, su elevado precio.

Se transportó, o más bien, se paseó a la abuela por todas las habitaciones, que ella examinó con la más rigurosa atención. El oberkellner, hombre calvo, de edad ya madura, la acompañaba con deferencia en aquella inspección preliminar.

Ignoro por qué razón todo el mundo tomaba a la abuela por persona de elevado rango, y sobre todo riquísima. Se inscribió en el registro: "Madame la générale, princesse de Tarassevitchev", aunque la abuela no había sido jamás princesa.

Los criados que la acompañaban, la masa imponente de su equipaje, paquetes inútiles, maletas, valijas y hasta cofres, dieron pie a aquella suposición. Luego, el sillón, el trono de la abuela, sus preguntas desconcertantes, hechas con perfecta despreocupación y en un tono que no admitía disculpa, en fin, su persona franca, brusca, autoritaria, terminaron de granjearse la consideración general.

Al pasar aquella revista, la abuela hacía detener el sillón, designaba algún objeto del mobiliario y hacía preguntas inesperadas aloberkellner, que sonreía respetuoso, pero ya con cierto temor.

Se expresaba en francés, lengua que hablaba bastante mal, de manera que yo tenía que traducir muy a menudo sus palabras.

Las contestaciones del oberkellner parecían no agradarle mucho y las consideraba insuficientes. Por otra parte, sus preguntas eran verdaderamente fantásticas. Por ejemplo, se detuvo delante de un cuadro, copia bastante mala de un original conocido, de asunto mitológico.

- ¿De quién es este retrato?

El oberkellner replicó que, sin duda, se trataba de una condesa.

- ¿Pero, cómo? ¿No lo sabes? Vives aquí y no estás al corriente. ¿Qué hace aquí este retrato? ¿Por qué tiene los ojos bizcos?

El oberkellner no podía responder de un modo satisfactorio a todas estas preguntas, y hasta se aturullaba.

- ¡Vaya imbécil! -dijo la abuela, en ruso.

La llevaron más lejos y la inspección continuó. La misma escena se repitió ante una estatuita de Sajonia que la abuela examinó largo tiempo; luego la hizo quitar, no se sabe por qué. Finalmente, hizo la siguiente pregunta al oberkellner:

- ¿Cuánto han costado los tapices de la habitación? ¿Dónde han sido tejidos?

El oberkellner prometió informarse.

- ¡Qué bobos son! -murmuró la abuela, cuya atención se había concentrado en la cama-. ¡Qué suntuoso pabellón! A ver, deshagan esa cama.

Fue obedecida.

- ¡Todo, quítenlo todo! ¡Las almohadas, el edredón también!

La abuela miraba con atención.

-Bueno, felizmente, ya veo que no hay chinches. Quite las sábanas. Poned mis sábanas y mis almohadas. Todo esto es demasiado lujoso. ¿Qué he de hacer, a mi edad, en semejante habitación? Me aburriré mucho aquí. Alexei Ivanovitch, ven a verme a menudo, después de darles la lección a los niños.

-Desde ayer no estoy ya al servicio del general -contesté-; vivo en el hotel, completamente aparte y por mi cuenta.

- ¿Por qué? ¿Cómo es eso?

-Pues porque hace unos días llegó a Berlín un barón alemán, muy distinguido, con su esposa. Le hablé, en alemán, ayer, en el paseo, sin observar la pronunciación berlinesa.

-Pero, ¿qué paso?

-Pues que consideró eso como una impertinencia y se ha quejado al general, el cual me despidió ayer.

-Debes haber injuriado al barón, sin saberlo, pues por lo que me cuentas no veo que haya para tanto...

- ¡Oh, no, es él quien me amenazó con el bastón!

-Y tú, calzonazos -exclamó ella, apostrofando al general-, tú has dejado tratar así al preceptor de tus hijos, ¡e incluso le despides! ¡Qué valientes sois todos!

-No se inquiete usted, tía -replicó el general en un tono de familiaridad arrogante-. Sé dirigir por mí mismo mis asuntos. Además, Alexei Ivanovitch no le ha relatado los hechos exactamente.

- ¿Y tú cómo has soportado esa injuria? -me preguntó ella.

-Quería provocar al barón a un duelo -contesté con aire modesto y tranquilo-, pero el general se opuso.

- ¿Por qué te opusiste? -insistió la abuela, dirigiéndose al general-. Y en lo que se refiere a ti, muchacho, puedes retirarte, vendrás cuando te llamen -dijo al oberkellner-; es inútil que permanezcas aquí con la boca abierta... ¡No puedo soportar este pasmarote nuremburgués!

Aquél saludó y salió, sin entender los cumplidos de la abuela.

-Por favor, tía, ¿son aún posibles los duelos? -dijo el general, sonriendo.

- ¿Por qué no? Los hombres son como gallos y riñen por nada. Pero vosotros sois todos gallinas, a lo que veo, incapaces de defender el

honor de vuestra patria. ¡Vamos, llevadme! Potapytch, arréglate para mover el sillón. Dos bastarán. Diles que se me lleve a hombros solamente por la escalera y que por la calle iré en coche. Págales por adelantado, así serán más respetuosos. Permanecerás siempre cerca de mí, y tú, Alexei Ivanovitch, enséñame a ese barón en el paseo, que vea al menos qué clase de tipo es... Y ahora, dime: ¿Dónde se encuentra esa famosa ruleta? Quiero saberlo.

Expliqué que las ruletas estaban instaladas en las salas del casino. Luego siguieron las preguntas: "¿Hay muchas?" "¿Se juega fuerte?" "¿Se juega durante todo el día?" "¿Cómo están organizadas?"Acabé por contestar que era mucho mejor que lo viera por sí misma, pues era bastante difícil de describir.

-Pues bien, subiremos a ella. ¿Qué más hay ¡Enséñanos el camino, Alexei Ivanovitch!?

- ¿Cómo, tía, no quiere usted descansar del viaje? -preguntó, solícito, el general. Parecía un poco agitado. Todos parecían cohibidos y cambiaban miradas entre sí.

Probablemente les daba algún reparo acompañar a la abuela al casino, donde podía cometer excentricidades, en público esta vez. Sin embargo, todos se ofrecieron a escoltarla.

- ¿Descansar? ¿Para qué? No estoy cansada. Además, no me he movido durante cinco días. Luego iremos a ver las fuentes, las aguas termales. Después... ¿Cómo has dicho, Praskovia, la punta, es eso?

-Sí, abuelita.

-Pues, bien, subiremos a ella. ¿Qué más hay que ver?

-Muchas cosas, abuela -dijo Paulina confusa.

- ¡Conque tú misma no lo sabes! Marta, tú también me acompañarás -añadió, dirigiéndose a su camarera.

- ¿Por qué quiere llevarla con usted, tía? -intervino el general-. Es imposible. No es fácil que dejen entrar a su camarera en el casino.

- ¿Porque es una criada no la dejarán entrar? Es una persona como yo. Hace ocho días que viajamos juntas y también tiene derecho a ver cosas. ¿Con quién ha de ir, si no es conmigo? Sola no podrá ir a ninguna parte.

-Pero tía...

- ¿Es que te da vergüenza? Entonces quédate aquí, podemos pasar sin ti. ¡Un general, valiente cosa! También yo soy generala. ¿Por qué me habéis de seguir todos? Con que me acompañe Alexei Ivanovitch basta.

Pero Des Grieux insistió para que todos fuesen de la partida y comenzó a modular una serie de frases amables sobre el placer de acompañarla, etcétera.

-"Elle est tombée en enfance" -repetíale Des Grieux al general-;"seule, elle fera des betises..."

No pude oír más, pero era evidente que la abuela tenía alguna intención, tal vez acariciaba ilusiones.

La sala de juego está a quinientos metros del hotel. Seguimos por la avenida de castaños hasta la plaza, que cruzamos para entrar en el casino.

El general se tranquilizó un poco, porque nuestro cortejo, aunque bastante estrafalario, no dejaba de ser digno y decoroso. La presencia en el balneario de una enferma debilitada e impedida no tenía nada de sorprendente. Pero, por lo visto, al general le daba mucho miedo el casino. ¿Por qué una enferma imposibilitada, y además vieja, había de ir a la ruleta?

Paulina y la señorita Blanche, una a cada lado, daban escolta al sillón. La señorita Blanche manifestaba una dulce alegría y a veces bromeaba gentilmente con la abuela, hasta tal punto que ésta acabó por cumplimentarla. Paulina, al otro lado, estaba obligada a contestara cada momento a las numerosas preguntas de la abuela, tales como: "¿Quién es ése que viene hacia acá?" "¿Quién es aquél que va en coche?" "¿Es grande la ciudad?" "¿Y el jardín?" "¿Cómo se llaman esos árboles?" "¿Qué montañas son aquéllas?" "¡Qué tejado tan ridículo!"

Mr. Astley, que iba a mi lado, me susurró al oído que aquella mañana sería decisiva. Potapytch y Marta venían detrás de nosotros, inmediatamente a la zaga del sillón; él con frac y corbata blanca, cubierto con gorra, y Marta -una jamona de cuarenta años, de tez rosadallevaba cofia y vestido de indiana, y unos zapatos de cabritilla que crujían al andar. La abuela volvíase con frecuencia para hablar con ellos.

Des Grieux y el general iban un poco atrás y conversaban animadamente. El general estaba abatido.

Des Grieux se expresaba con aire resuelto. Es posible que infundiese ánimos al general; era evidente que algo le aconsejaba.

Pero la abuela había ya pronunciado, hacía un momento, la fatídica frase: "No te daré dinero". Esto parecía inconcebible a DesGrieux, pero no al general, que conocía bien a su tía. Noté que Des Grieux y la señorita Blanche cruzaban miradas de inteligencia.

Vi al príncipe y al explorador alemán al final de la avenida. Se habían quedado rezagados y tomaron pronto otra dirección.

Hicimos una entrada triunfal en el casino. El portero y los ujieres testimoniaron visiblemente la misma deferencia que el personal del hotel. Nos contemplaban, sin embargo, con curiosidad. La abuela se hizo pasear primeramente por todas las salas, alabando esto, criticando lo otro, pero enterándose de todo.

Finalmente, llegamos a la sala de juego. Sorprendido, el ujier que estaba a la puerta la abrió de par en par.

La aparición de la abuela produjo viva impresión en el público. En torno a la ruleta y al otro extremo de la sala, donde funcionaba una mesa de "treinta y cuarenta", se apiñaba un grupo de hasta doscientos jugadores. Según costumbre, los que habían conseguido llegar hasta el tapete verde se mantenían firme y no cedían su puesto mientras les quedaba dinero que perder, pues no hay derecho a permanecer allí como simple espectador, sin llevarse la mano al bolsillo.

Aunque haya sillas dispuestas alrededor de la mesa, pocos de los puntos las aprovechaban, sobre todo cuando hay mucho público, porque una persona en pie ocupa mucho menos sitio y puede operar más cómodamente. Las gentes de la segunda y tercera filas se apretujan contra los de la primera, esperan su turno y vigilan una ocasión para instalarse ante la mesa. Pero, en su impaciencia,

algunos avanzan la mano para colocar sus apuestas. Hasta los más alejados de la mesa procuran jugar por encima de las cabezas de los demás, y ocurre que, debido a ello, cada cinco o diez minutos se originan dudas acerca de quiénes han hecho las posturas.

La policía del casino está, por otra parte, bastante bien organizada. Naturalmente, no es posible evitar las apreturas. La afluencia beneficia a la banca, que gana en proporción al número de jugadores. Los ocho croupiers que están sentados en torno de la mesa no pierden de vista las posturas. Como son ellos lo que pagan las ganancias, hacen de árbitros, con conocimiento de causa, en las disputas eventuales. En último término se llama a la policía y se arregla la cuestión. Los agentes, que van vestidos de paisano, se mezclan con los espectadores, y así nadie puede conocerlos. Vigilan especialmente a los ladrones y rateros profesionales que pululan en la ruleta, donde pueden ejercer con facilidad su industria; en efecto, en cualquier otra parte es preciso explorar los bolsillos y forzar cerraduras, lo que, en caso de fracaso, proporciona graves molestias. Aquí, por el contrario, basta con acercarse al tapete verde, ponerse a jugar y, de pronto, ostensiblemente, dejar caer la mano sobre la ganancia ajena y metérsela en el bolsillo. En caso de reclamación, el ladrón jura por lo más sagrado que aquella postura... le pertenece.

Cuando el golpe ha sido realizado con habilidad y los testigos dudan, el dinero robado queda en el bolsillo del ladrón; eso, claro está, si se trata de una suma pequeña, porque de lo contrario los croupiers o algún jugador no dejarán de darse cuenta de ello. Si se trata de una suma mínima, el verdadero dueño renuncia muchas veces a discutir y se retira, por temor al escándalo. Cuando se consigue desenmascarar al ratero se le expulsa en el acto de un

modo ignominioso por "levantar muertos", como se dice en el argot de los jugadores.

La abuela observaba todo aquello desde atrás, con ávida curiosidad. Le hizo mucha gracia la expulsión de un ratero. El "treinta y cuarenta" no llamó mucho su atención. La ruleta le gustó más, sobre todo el rodar de la bolita. Quiso, finalmente, ver jugar desde más cerca. Cómo sucedió no lo sé, pero los ujieres y otros individuos oficiosos-sobre todo polacos arruinados que imponen sus servicios a los jugadores con suerte, y a todos los extranjerosencontraron medio, a pesar de las apreturas, de hacer sitio a la abuela, en el centro de la mesa, cerca del croupier principal, corriendo el sillón hasta allí.

La multitud de visitantes que se contentaban con observar el juego -principalmente ingleses con sus familiasse dirigió inmediatamente hacia aquel lado a fin de observar qué haría la abuela. Numerosos gemelos se volvieron hacia aquella dirección. Los croupiers concibieron esperanzas. Se podía, en efecto, esperar algo extraordinario de una jugadora de las que no se ven todos los días. Una septuagenaria impedida no se arriesga a jugar... era indudablemente algo insólito. Me acerqué a la mesa y me situé al lado de la abuela. Potapytch y Marta se alejaron de la mesa. El general, Paulina, Des Grieux y la señorita Blanche, figuraban entre los curiosos.

La abuela, al principio, estuvo mirando a los puntos. Me hacia en voz baja breves preguntas: "¿Quién es ése? ¿Y aquél? ... " Se interesó especialmente por un joven que, al extremo de la mesa, jugaba fuerte y habla ganado, según se decía, cuarenta mil francos que tenía amontonados ante él en oro y billetes.

Estaba pálido, sus ojos chispeaban, sus manos temblaban. Hacía posturas sin contar, tomando el dinero a puñados. Sin embargo, no cesaba de ganar y de aumentar de oro y billetes el montón. Las ujieres se agrupaban, solícitos, en torno suyo, separaban las sillas, hacían sitio para que estuviese cómodo, para que no le apretasen... todo esto con vistas a recibir una buena propina. Con la alegría de la ganancia, algunos jugadores repartían propinas sin mirar lo que daban. Cerca de aquel joven se hallaba un polaco que se estremecía y murmuraba, sin cesar, con tono obsequioso, prodigando sin duda consejos y esforzándose en dirigir el juego, naturalmente esperando una propineja. Pero no se fijaba en él, apostaba de cualquier modo y seguía recogiendo. Había perdido evidentemente el juicio. Es un caso corriente en las salas de juego.

La abuela le observó algunos minutos y me dio con el codo.

-Dile que pare de jugar, que se meta cuanto antes el dinero en el bolsillo y que se vaya. ¡Lo va a perder todo! -decía, inquieta, con emoción-. ¿Dónde está Potapytch? Envíale a Potapytch. Díselo, díselodecía empujándome-. ¡Salga! ¡Márchese! -gritóle ella misma al joven.

Me incliné a su oído y le expliqué que no se podía gritar de aquel modo. No se permitía ni siquiera hablar alto, pues eso entorpecía el cálculo e iba a dar lugar a que nos echasen.

- ¡Qué lástima! ¡Este hombre está perdido! Lo quiere él mismo. No puedo mirarle, me subleva.

Y la abuela diose prisa en mirar hacia otro lado.

Allí, a la izquierda, en la otra mitad de la mesa, entre los jugadores, había una joven dama acompañada de un enano. Ignoro si este

enano era su pariente o si le llevaba para llamar la atención. Había visto a esa dama todos los días en el casino, a la una de la tarde. Ya la conocían allí e inmediatamente le acercaban una silla. Sacaba un puñado de oro de su bolso, algunos billetes de mil francos, y empezaba a jugar despacito, anotando los números con un lápiz, tratando de averiguar el sistema según el cual se agrupan las suertes. Arriesgaba importantes posturas, y cuando había ganado mil, dos mil, y algunas veces tres mil francos... se retiraba inmediatamente.

La abuela la estuvo observando largo tiempo con curiosidad.

- ¡Vaya, ésa es una que no pierde! ¡Qué ha de perder! ¿Sabes quién es?

-Una francesa, probablemente una de esas damas... -contesté.

- ¡Ah, se conoce al pájaro por su manera de volar! Debe tener pico y uñas. Ahora explícame lo que significa cada vuelta de la ruleta y cómo es preciso apostar.

Expliqué a la abuela, lo mejor que pude, el mecanismo de las numerosas combinaciones "rojo y negro", "par e impar", "caballo" y para terminar, las diversas formas en que se agrupan los números.

Ella escuchaba atentamente, hacía nuevas preguntas y se instruía sobre el azar. De cada sistema de posturas se podía poner en seguida ejemplos, así es que muchas cosas las pudo aprender pronto y fácilmente. La abuela estaba encantada.

- ¿Y qué es eso del "cero"? Mira ese croupier de pelo rizado, el principal, que acaba de gritar "cero". ¿Por qué se ha llevado todo lo

que había encima de la mesa? ¡Una cantidad tan enorme! ¿Qué significa eso?

-El "cero", abuela, queda a beneficio de la banca. Si la bola cae en el "cero" todo lo que está sobre la mesa, todo, sin distinción, pertenece a la banca. Cierto que se concede otra postura por pura fórmula, pero en caso de perder la banca no paga nada.

- ¡Toma! ¿Entonces si pongo al "cero" y gano no cobro nada?

-No, abuela. Si usted hubiese puesto previamente al "cero" y hubiese salido, cobraría treinta y cinco veces la puesta.

- ¡Cómo! ¡Treinta y cinco veces! ¿Y sale a menudo? ¿Por qué entonces esos imbéciles no juegan al "cero"?

-Hay treinta y cinco probabilidades en contra, abuela.

- ¡Qué negocio! ¡Potapytch, Potapytch! Espera, llevo dinero encima... ¡Aquí está! -sacó del bolsillo un portamonedas repleto y tomó un federico-. Toma, ponlo en el "cero".

-Pero, abuela, el "cero" acaba de salir -objeté-. No saldrá, por lo tanto, en mucho tiempo. Usted se arriesga demasiado, espere al menos un poco -insistí.

- ¡Ponlo y calla!

-Sea, pero quizá no saldrá ya más en todo el día.

- ¡No importa! Quien teme al lobo no va al bosque. Bien, ¿hemos perdido? ¡Pues vuelve a jugar!

Perdimos el segundo federico. Siguió un tercero. La abuela apenas si podía estarse quieta. Clavaba los ojos ardientes en la bola que zigzagueaba a través de las casillas del platillo móvil. Perdimos el

tercer federico. La abuela estaba fuera de sí, se estremecía. Dio un golpe con el puño sobre la mesa cuando el croupier anunció el 36, en lugar del esperado "cero".

- ¡Ah! ¡El maldito! ¿Saldrá pronto? -decía irritada la abuela-.¡Dejaré mi piel, pero permaneceré aquí hasta que salga! ¡Tiene la culpa ese maldito croupier de pelo ondulado! Alexei Ivanovitch, pon dos federicos a la vez. Pones tan poco que no valdrá la pena cuando el "cero" salga.

- ¡Abuela!

- ¡Ponlos! ¡Ponlos! ¡El dinero es mío!

Puse los dos federicos. La bolita rodó largo tiempo sobre el platillo y comenzó a zigzaguearse a través de las casillas. La abuela, conteniendo la respiración, me agarró por el brazo. Y, de pronto, ¡crac!

-¡"Cero"! -gritó el croupier.

- ¿Lo ves? ¿Lo ves? -exclamó la abuela, volviéndose hacia mí con aire de triunfo-. ¡Ya te lo decía yo! ¡Es el mismo Dios que me ha sugerido que pusiese dos monedas de oro! ¿Cuánto voy a cobrar? ¿Porqué no pagan? Potapytch, Marta, ¿dónde están? ¿Dónde se han ido los nuestros? ¡Potapytch, Potapytch!...

-En seguida, abuela -murmuré-. Potapytch se ha quedado a la puerta, no le dejarán entrar aquí. ¡Mire, ahora pagan!

Entregaron a la abuela un pesado cartucho de papel blanco que contenía cincuenta federicos. Le contaron además otros veinticinco federicos. Recogí todo aquello con la raqueta.

- ¡Hagan juego, señores! ¡Hagan juego! ¡No va más! -decía el croupier, dispuesto a hacer girar la ruleta.

- ¡Dios mío! ¡Es demasiado tarde! ¡Ya van a tirar!... ¡Juega, juega, pues! -decía, inquieta, la abuela-. ¡No te entretengas, atolondrado!

Estaba nerviosa y me daba con el codo con todas sus fuerzas.

- ¿A qué número juego, abuelita?

-Al "cero". ¡Otra vez al "cero"! ¡Pon lo más posible! ¿Cuántos tenemos? ¿Setecientos federicos? Pon veinte de una sola vez.

- ¡Reflexione, abuela! A veces está doscientas veces sin salir. Corre usted el riesgo de perder todo su dinero.

-No digas tonterías. ¡Juega! Oye cómo golpean con la raqueta. Sé lo que hago -dijo, presa de una agitación febril.

-El reglamento no permite poner en el "cero" más de doce federicos a la vez, abuela, y ya os he puesto.

- ¿Cómo no se permite? ¿Es esto cierto...? "¡Moussieé, moussieé!"

Tiró de la manga al croupier sentado a su lado, que se disponía a hacer girar la ruleta.

-"Combien zéro? Douze? Douze?"

Me apresuré a explicar al croupier la pregunta en francés.

-"Oui, madame" -confirmó, cortésmente, el croupier-; tampoco ninguna postura individual puede pasar de cuatro mil florines. Es el reglamento.

-Entonces, tanto peor. Pon doce.

-Hecho el juego -anunció el croupier.

El disco giró y salió el 30. ¡Habíamos perdido!

- ¡Sigue poniendo! -dijo la abuela.

Me encogí de hombros y sin replicar puse doce federicos. El platillo giró largo tiempo. La abuela observaba temblando. "¿Se imagina que el "cero" y va a ganar de nuevo?", pensé, contemplándola con sorpresa. La certeza absoluta de ganar se reflejaba en su rostro, la espera infatigable de que se iba a gritar: ¡"Cero"! La bola paró dentro de una casilla.

-¡"Cero"! -cantó el croupier.

- ¡Lo ves! -gritó triunfalmente la abuela.

Comprendí en aquel momento que yo también era un jugador. Mis manos y mis piernas temblaban. Era realmente extraordinario que en un intervalo de diez jugadas el "cero" hubiese salido tres veces, pero sin embargo había sucedido así. Yo mismo había visto, la víspera, que el "cero" había salido tres veces seguidas y un jugador, que anotaba cuidadosamente en un cuadernito todas las jugadas, me hizo notar que la víspera, el mismo "cero" no se había dado más que una vez en veinticuatro horas.

Después de aquella jugada afortunada la abuela fue objeto de general admiración.

Cobró exactamente unos cuatrocientos veinte federicos, o sea, cuatro mil florines y veinte federicos, que le fueron pagados parte en oro y parte en billetes de banco.

Pero aquella vez la abuela no llamó a Potapytch. Tenía otra idea en la cabeza. No manifestó siquiera emoción.

Pensativa, me interpeló:

- ¡Alexei Ivanovitch! ¿Has dicho que se podían poner solamente cuatro florines a la vez?... ¡Toma, pon esos cuatro billetes al "rojo"! ¿Para qué intentar disuadirla? El platillo comenzó a girar.

-¡"Rojo"! -cantó el croupier.

Nueva ganancia de cuatro mil florines, o sea, ocho mil en total.

-Dame la mitad y pon la otra, de nuevo, al "rojo" -ordenó la abuela.

Puse los cuatro mil florines.

-¡"Rojo"! -anunció el croupier.

- ¡Total, doce mil! Dámelo todo. Pon el oro en el bolso y guarda los billetes. ¡Ya hasta! ¡Vámonos a casa! ¡Empujad mi sillón!

12

Parte 12

Empieza: «Condujeron el sillón hacia la puerta, al otro extremo de la sala. La abuela estaba radiante. Nuestras gentes hicieron corro en torno...»

Condujeron el sillón hacia la puerta, al otro extremo de la sala. La abuela estaba radiante. Nuestras gentes hicieron corro en torno suyo para felicitarla. Por excéntrica que hubiese sido la conducta de la abuela, su triunfo compensaba muchas cosas, y el general ya no temía que su parentesco con una mujer tan original le comprometiese. Con risueña y alegre condescendencia familiar, como quien halaga a un niño, felicitó a la anciana. Se le notaba visiblemente emocionado, lo mismo que todos los espectadores.

Se hablaba de la abuela y se la señalaba. Muchos pasaban por su lado para poderla contemplar mejor. Mr. Astley hablaba de ella con dos compatriotas. Algunas majestuosas damas, muy sorprendidas, la miraban como a un fenómeno. Des Grieux prodigaba cumplidos y sonrisas.

-"¡ Quelle victorie!" -proclamó.

-" Mais, madame", c'etait du feu!" -añadió con sonrisa seductora, la señorita Blanche.

- ¿Eh, que sí? ¡He ganado doce mil florines! ¡Qué digo doce mil! ¡Con el oro casi hacen trece! ¿Cuánto es eso en rublos? Unos seis

mil,¿no es verdad?

Le expliqué que llegarían a los siete mil, y tal vez, al cambio actual, a los ocho mil rublos.

- ¡Casi nada, ocho mil rublos! ¡Pero, qué hacéis aquí, pegados como si fueseis moluscos! Potapytch, Marta, ¿habéis visto?

-Nuestra buena señora, ¿es posible? ¡Ocho mil rublos! -exclamó Marta, dando muestras de alegría.

Vaya, tomad cinco federicos para cada uno de vosotros.

Potapytch y Marta se apresuraron a besarle las manos.

-Y a cada portador de mi silla, un federico. Dales uno a cada uno, Alexei Ivanovitch. ¿Por qué me saluda ese lacayo? ¿Y ese otro también? ¿Me felicitan? Pues dales un federico a cada uno ...

-" Madame la princese... Un pauvre expatrié... Malheurs continuels... Les princes russes sont si génereux..." -imploró, cerca del sillón, un individuo de raída levita, chaleco de colorines, largos bigotes, que sonreía obsequioso con la gorra en la mano.

-Dale también un federico. No, dale dos. Basta, si no, no acabaríamos nunca. ¡Conducidme!... Praskovia -se volvió hacia PaulinaAlexandrovna-, te compraré mañana tela para un vestido, y a esta señorita.... señorita Blanche, según creo, también le compraré otro.¡Tradúceselo, Praskovia!

-" Merci, madame!" -dijo Blanche, que se inclinó, cambiando una sonrisa irónica con Des Grieux y el general.

Este estaba un poco cohibido y experimentó un alivio cuando llegamos a la avenida.

-Feodosia va a tener una sorpresa -dijo la abuela, acordándose de la niñera-. Hay que regalarle también a ella un vestido. ¡Eh, Alexei Ivanovitch, Alexei Ivanovitch, dale algo a ese mendigo!

Pasaba un pordiosero, cargado de espaldas, los ojos fijos en nosotros.

-Podría ser un pillastre, abuela.

- ¡Dale un florín!

Me acerqué a él y se lo di. El me miró asombrado, pero tomó la moneda sin decir palabra.

- ¿Y tú, Alexei Ivanovitch, no has probado todavía la suerte?

-No, abuela.

-Pero cómo brillaban tus ojos. Lo he visto.

-Probaré, abuela, pero más tarde.

- ¡Pon también al "cero"! ¡Ya verás! ¿A cuánto se eleva tu capital?

-A veinte federicos.

-Poco es. Te prestaré cincuenta federicos, si quieres. Toma este cartucho... Pero tú, amigo mío, es inútil que esperes que te dé dinerodeclaró, dirigiéndose al general.

A éste se le crisparon los nervios, pero nada dijo.

Des Grieux frunció el ceño.

-" Que diable, c'est una terrible vieille!" -murmuró entre dientes.

- ¡Un mendigo! ¡Otro mendigol -gritó la abuela-. Alexei Ivanovitch, dale otro florín.

Aquella vez se trataba de un anciano de cabellos grises, que andaba con pierna de palo y levita azul de largos faldones y se apoyaba en un bastón. Parecía un militar retirado. Cuando le tendí el florín, retrocedió un paso y me miró con aire amenazador.

-" Was ist's der Teufél?" ("¿ Qué diablos es eso?") -gritó lanzando imprecaciones.

- ¡Qué imbécil! -gritó la abuela-. ¡En marcha! ¡Me muero de hambre! Ahora en seguida a comer, haré después la siesta y luego volveré allá.

- ¿Quiere usted volver a jugar? -exclamé- ¿Te extraña, muchacho? ¿Porque vosotros os aburrís sin hacer nada yo voy a estar contemplándoos?

-" Mais, madame" -intervino Des Grieux -" les chances peuventtourner. Una seule mauvaise chance et vous perdrez tout... surtoutavec votre jeu"...

-" Vous perdrez absolument" -susurró Blanche.

- ¿Y qué os importa a todos vosotros? No perderé vuestro dinero.... sino el mío. ¿Dónde anda ese Mr. Astley? -me preguntó.

-Se ha quedado en el casino, abuela.

-Lo siento, porque ése sí que es un buen hombre.

De regreso al hotel, la abuela, al divisar al oberkellner en la escalera, le llamó, se jactó de su ganancia, le dio tres federicos y ordenó que le sirviesen la comida. Feodosia y Marta se deshicieron en reverencias y felicitaciones.

-Yo estaba allí mirando a nuestra buena señora -balbuceaba Marta-, y dije a Potapytch: "¿ Qué va a hacer nuestra señora...?" ¡Y cuánto dinero, cuánto dinero había sobre la mesa, Señor! En mi vida había visto tanto... y en torno nada más que señores sentados. "¿ De dónde vienen todos esos señores, Potapytch? -preguntaba-. ¡Que la Virgen la ayude!" Rogaba por usted nuestra señora, y mi corazón languidecía y temblaba toda... "¡ Señor, hacedla ganar!", imploraba, y el Señor la ha protegido. Desde entonces, tiemblo todavía, nuestra buena señora, toda yo estoy temblando.

-Alexei Ivanovitch, después de comer, a las cuatro, prepárate; volveremos allá. Entre tanto, adiós, que tengo que llamar algún pícaro médico, y, además, tomar las aguas. Pero, sobre todo, avisa que me despierten.

Dejé a la abuela, medio atontada. Intentaba imaginar lo que iba a ser ahora de todas nuestras gentes y qué cariz tomarían las cosas. Veía claramente que ellos no habían vuelto aún en sí -el general sobre todo de la primera impresión. La aparición de la abuela en vez del telegrama esperado, de hora en hora, anunciando su muerte y, por consiguiente, la herencia -había trastornado hasta tal punto todos los proyectos, todas las decisiones tomadas, que ahora contemplaban con una verdadera perplejidad y un estupor general sus ulteriores proezas de ruleta. Sin embargo, este segundo hecho tenía casi más importancia que el primero. La abuela había declarado por dos veces que no daría dinero al general, pero ¿quién sabe?... No había que perder todavía la esperanza. Des Grieux, complicado en todos los asuntos del general, no daba por perdida la partida. Seguro estoy de que, aun en un caso desesperado, la señorita Blanche, igualmente muy interesada -tenía por qué ser generala y recoger una herencia importante-, hubiese empleado

todas las seducciones de la coquetería con la abuela, en contraste con esa orgullosa Paulina, tontuela que no sabía mimar.

Pero ahora, ahora que la abuela había realizado tales proezas en la ruleta, ahora que su personalidad se había manifestado con una tal claridad -para aquella vieja obstinada, autoritaria y "tombée en enfance"- todo amenazaba ruina. Porque ella experimentaba una alegría infantil en emanciparse y, como siguiera así, se dejaría desplumar en el casino. "¡ Dios mío -pensaba yo-, que el Señor me perdone! Seguramente, cada federico de los que había arriesgado la abuela en la ruleta fue a herir en el corazón del general hacía rabiar a Des Grieux y exasperaba a la señorita Blanche, a la que pasaban la cuchara por debajo de la nariz".

Otro hecho: aun en la alegría de haber ganado, cuando la abuela distribuía a todos dinero y tomaba a los transeúntes por mendigos, incluso, entonces se le había ocurrido decir al general: "¡ No te daré un céntimo!" Era una idea fija, se obstinaba en ella, se lo había prometido a sí misma. ¡Peligroso, muy peligroso!

Todas estas consideraciones vinieron a mi mente cuando entré en mi pequeña habitación en el último piso, después de haberme despedido de la abuela. Todo esto me preocupaba mucho, y aunque pudiese adivinar desde aquel momento los principales hilos que tramaban ante mis ojos los actores, no conocía yo, sin embargo, todos los secretos del juego. Paulina no me había testimoniado jamás una confianza completa. Algunas veces, como contra su voluntad, me había abierto su corazón; sin embargo, notaba que, a menudo, y casi siempre después de las confidencias, procuraba ridiculizar todo lo que había dicho o deliberadamente le daba un falso aspecto. ¡Disimulaba tantas cosas! En todo caso, presentía

que se aproximaba el final de todo este lío. Otro empujón... y todo quedaría aclarado y resuelto.

En cuanto a mi suerte, que igualmente andaba interesada en todo esto, no me preocupaba gran cosa.

¡Extraño estado de espíritu! No tengo más que veinte federicos en el bolsillo. Estoy lejos de mi patria, en país extranjero, sin colocación y sin recursos, sin esperanzas ni proyectos, ¡y no me preocupo! Si no fuese por mi amor a Paulina, me entregaría sencillamente al interés cómico del desenlace próximo y me reiría a carcajadas. Pero Paulina me turba. Se decide su suerte. Sin embargo, y lo lamento, no es solamente su suerte lo que me inquieta. Quiero penetrar sus secretos, desearía que viniese a mí y me dijese:"Te amo." Si es así, si eso es una locura irrealizable... ¿qué desear entonces? ¿Sé, verdaderamente lo que deseo? Me hallo como perdido, me bastaría estar siempre al lado de ella, en su aureola, en su fulgor, eternamente, toda mi vida para ser feliz... ¡No sé nada más! ¿Podré acaso separarme de ella?

En el segundo piso, en el corredor, oí como una especia de choque. Me volví y vi a Paulina que salía de su habitación. Al parecer me estaba esperando y me hizo inmediatamente seña para que me aproximase.

- ¡Paulina Alexandrovna...!

- ¡Más bajo! -dijo.

-Figúrese usted -murmuré-, que acabo de tener la sensación de haber recibido un golpe aquí, en el costado. He mirado hacia atrás ¡y era usted! Se diría que usted irradia una especie de fluido.

-Tome esta carta -dijo Paulina, en tono sombrío y preocupadoy entréguela personalmente a Mr. Astley, en seguida. Vaya pronto, se lo ruego. No espere contestación. El mismo...

No terminó la frase.

- ¿A Mr. Astley? -pregunté, sorprendido.

"¡ Ah, ah, de modo que se cartean!" Me puse inmediatamente en busca de Mr. Astley, primero en el hotel, donde no le encontré, luego en el casino, donde recorrí todas las salas. Y regresaba despechado, casi desolado, cuando le vi, por casualidad, a caballo, en medio de un grupo de jinetes ingleses de ambos sexos. Le hice seña y se detuvo; me acerqué a él y le entregué la carta. No tuvimos tiempo de cambiar una mirada. Pero sospecho que Mr. Astley espoleó a propósito a su caballo.

¿Me torturarían los celos? No lo sé, pero estaba profundamente abatido. ¿De qué tratarían sus cartas?

Es su confidente, su amigo, pensaba yo, esto es evidente, pero ¿desde cuándo? ¿Tiene eso algo que ver con el amor? Seguramente no, murmuraba la razón. Pero la razón solano basta en semejantes casos.

El asunto se complicaba desagradablemente para mí.

Apenas había acabado de entrar en el hotel cuando el portero y el "oberkellner", me avisaron que me necesitaban, que me andaban buscando, que habían preguntado tres veces por mí... y que se me rogaba pasase lo más pronto posible por las habitaciones del general.

Yo estaba en una muy enojosa disposición de ánimo.

En el gabinete del general encontré, además de éste, a Des Grieux y a la señorita Blanche, sola, sin su madre. Esta madre, decididamente postiza, servía únicamente para tapar las apariencias. Blanche no necesitaba a nadie para arreglar sus asuntos y aquélla poco sabía de las cosas de su pretendida hija.

Discutían con animación y hasta habían cerrado la puerta..., cosa que nunca hacían. Al acercarme, oí voces, las frases impertinentes y sarcásticas de Des Grieux, las vociferaciones injuriosas de la señorita Blanche y la entonación lamentable del general, que por lo visto intentaba justificarse de algo.

Al entrar yo, callaron y disimularon. Des Grieux se alisó los cabellos y se esforzó en dar a su iracundo semblante una expresión risueña; tuvo una de esas antipáticas sonrisas francesas, corteses en apariencia y falsas en el fondo, que yo detesto tanto. El general, abatido y trastornado, enderezó su talla maquinalmente.

Únicamente la señorita Blanche no cambió de actitud y me miró, con expectación impaciente.

Hago notar que hasta entonces me había tratado siempre con un desdén increíble, que fingía no darse cuenta de mi presencia y casi nunca contestaba a mis saludos.

-Alexei Ivanovitch -comenzó diciendo el general en un tono de afectuoso reproche-, permítame usted que le explique que es muy extraño, muy extraño.... en una palabra, que sus procedimientos para con mi familia y conmigo... En fin, que es extraño hasta el más alto grado...

-" Eh, ce n'es pas ça" -interrumpió Des Grieux irritado y desdeñoso a un tiempo (decididamente él lo dirigía todo)-. "Mon cher

monsieur, notre cher général se trompe." Al tomar ese tono, él quería decirle... es decir, advertirle, o más bien conjurarle para que no le pierda, si, ¡que no le pierda! Empleo esta palabra con toda intención...

-Pero ¿por qué?, ¿por qué? - interrumpí.

-Permítame, por favor, usted se ha encargado de ser el guía...¿cómo decirlo? de "cette pauvre terrible vieille" -manifestó DesGrieux-. Pero va a perder, hasta que no le quede nada. ¡Usted mismo ha visto cómo juega, usted ha sido testigo! Si empieza a perder será muy difícil que abandone el tapete verde, y por obstinación, por despecho, continuará, sin hacer caso de nada ni de nadie, pues en tales casos no hay freno que valga y entonces...

-Y entonces -intervino el general-, entonces usted habrá ocasionado la ruina de toda la familia. Yo y mi familia, nosotros... somos los herederos más próximos. Debo decirle claramente, con franqueza absoluta: mis asuntos van mal, muy mal. Usted sabe algo de ello... Si pierde una suma importante o desgraciadamente toda su fortuna, ¿qué será de mis hijos? -el general miró a Des Grieux-, ¡y de mí! - repitió mirando a la señorita Blanche, que se encogió de hombros desdeñosamente-. ¡Alexei Ivanovitch, sálvenos, sálvenos ...!

-Pero, ¿qué puedo hacer yo, mi general?

-Niéguese a acompañarla, abandónela...

-" Ce n'est pas ça, ce n'est pas ça, quel diable!" -interrumpió de nuevo Des Grieux-. No, no la abandone, pero, al menos, aconséjela, distráigala... En fin, no la deje usted jugar demasiado, búsquele otro pasatiempo...

- ¿Pero cómo? ¿Por qué no lo intenta usted mismo, monsieur Des Grieux? -añadí ingenuamente.

Noté una mirada centelleante de la señorita Blanche a Des Grieux. La fisonomía de éste tuvo, a pesar suyo, un reflejo particular de franqueza.

-Por desgracia, no querrá saber nada de mí, de momento-exclamó gesticulando-; si más adelante... tal vez...

Des Grieux lanzó a la señorita Blanche una mirada significativa.

-" Oh, mon cher monsieur Alexis, soyez si bon!"

Y la señorita Blanche, "elle même", se acercó a mí con una encantadora sonrisa, me cogió las manos, me las estrechó muy fuerte...¡Sapristi! Aquel rostro diabólico sabía cambiar instantáneamente de expresión. En aquel momento su fisonomía se hizo suplicante, gentil, sonriente. Me miró insinuante al terminar la frase. ¿Quería seducirme de repente? Estuvo un poco vulgar..., pero no lo hizo mal del todo.

El general se asió con presteza al cable de salvación que le tendía Blanche, ésa es la pura verdad.

-Alexei Ivanovitch, perdóneme por haberme expresado así hace un momento, quería decir otra cosa... Le ruego, le suplico, me inclino hasta la cintura ante usted, a la rusa. ¡Sólo usted puede salvarnos!

La señorita de Cominges y yo le suplicamos, usted comprende, lo esperoimploraba, mostrándome con la mirada a la señorita Blanche.

Daba pena verle.

De pronto dejáronse oír tres golpecitos discretos en la puerta. Era un mozo. Potapytch se hallaba a algunos pasos tras él. Venía, según manifestó, de parte de la abuela, con orden de buscarme y de llevarme inmediatamente a su presencia.

- ¡Pero si no son más que las tres y media!

-La señora no ha podido dormir, se agitaba incesantemente. De pronto ha pedido su sillón y ha dicho que fuésemos a buscarle a usted. Está ya abajo...

-"¡ Quelle Megère!" -exclamó Des Grieux.

En efecto, la abuela estaba ya en el vestíbulo, exasperada por no encontrarme allí. No había tenido paciencia de esperar hasta las cuatro.

- ¡Vamos, en marcha! -dijo.

Y nos dirigimos hacia la sala de juego.

13

Parte 13

Empieza: «La abuela estaba impaciente y nerviosa; saltaba a la vista que su obsesión era la ruleta. A ninguna otra cosa atendía, y...»

La abuela estaba impaciente y nerviosa; saltaba a la vista que su obsesión era la ruleta. A ninguna otra cosa atendía, y en general estaba sumamente ensimismada. No preguntó por nada, durante el camino, como por la mañana. Viendo un coche lujosísimo que pasaba ante nosotros como un torbellino, inquirió: "¿ Qué coche es ése? ¿De quiénes?", pero creo que no oyó siquiera mi contestación. A pesar de su impaciencia, no salía de su ensimismamiento. Cuando le enseñé de lejos, al aproximarnos al casino, al barón y a la baronesa de Wurmenheim, lanzóles una mirada distraída y un "¡ Ah!" de indiferencia.

Luego, volviéndose hacia Potapytch y Marta, que venían detrás, les dijo:-Pero bueno, ¿vosotros por qué me seguís? No os voy a llevar siempre conmigo. Volved al hotel... Me basta contigo -añadió, dirigiéndose a mí, cuando aquéllos, después de un saludo tímido y embarazoso, se alejaron.

En el casino aguardaban ya a la abuela, y le tenían reservado el mismo sitio de antes, al lado del croupier. No me cabe duda de que aquellos croupiers -aquellas gentes indignas, que tienen el aspecto de funcionarios a los que no interesa si la banca gana o pierdeno

son en el fondo tan indiferentes a las pérdidas de la banca como aparentan. Obran así para atraer a los jugadores y defender, del mejor modo posible, los intereses de la administración, lo que les vale primas y gratificaciones. Por lo menos, a la abuela la miraban ya como a su víctima.

Ocurrió lo que los nuestros preveían. Veamos cómo: La abuela se lanzó sobre el "cero" e inmediatamente me hizo poner doce federicos. Jugamos una vez, dos veces, tres veces. El "cero" no salía. "Pon, pon" me repetía sin cesar la abuela, empujándome en su impaciencia. Yo la obedecía.

- ¿Cuántas veces hemos jugado? -me preguntó al fin, exasperada.

-Doce veces ya, abuela. Son ciento cuarenta y cuatro federicos perdidos. Dejémoslo, abuela, y volveremos por la noche...

- ¡Calla! -interrumpió-. Sigue apostando al "cero" y al mismo tiempo mil florines al "rojo".

El "rojo" salió, el "cero" no. Rescatamos mil florines.

- ¡Ves, ves! -murmuró la abuela-. Lo hemos rescatado casi todo. Pon de nuevo al cero. Todavía diez veces.

Pero a la quinta vez la abuela desistió.

- ¡Manda al diablo a ese miserable "cero"! Toma, pon cuatro mil florines al "rojo" -ordenó.

- ¡Abuela! Eso es mucho, y si el "rojo" pierde... -imploré.

Pero ella casi me pega, aunque me daba tales codazos, que me pegaba. Era inútil resistirse. Puse al "rojo" los cuatro mil florines

ganados por la mañana. El disco comenzó a girar. La abuela se mantenía erguida y orgullosa en la convicción de que iba a ganar.

-" Zéro" -proclamó el croupier.

La abuela no comprendió de pronto, pero cuando vio al croupier que recogía sus cuatro mil florines con todo lo demás que estaba encima de la mesa, y se enteró de que el "cero", que se nos había escapado tantas veces y en el que habíamos arriesgado cerca de doscientos federicos había salido, como si se burlara de ella por no haber tenido fe en él, lanzó un gemido y dio una estrepitosa palmada. Esto hizo reir a los que la rodeaban.

- ¡Dios mío! ¡Ha salido ahora el maldito! -gemía la abuela-. ¡Ah, el miserable! ¡Y todo por tu culpa! - gruñó, dándome un empujón-. Tú me lo quitaste de la cabeza.

-Abuela, yo no te he dicho nada. ¿Cómo podía responder de todas tus jugadas?

- ¡Ya te haré ver yo las jugadas! -refunfuñó amenazadora-. ¡Vete!

-Adiós, abuela -y dando media vuelta, me dispuse a retirarme.

- ¡Alexei Ivanovitch, Alexei Ivanovitch, quédate! ¿Adónde vas?¿Qué te pasa? ¡Se ha enfadado! Vamos, quédate, no te enfades. ¡Soy una tonta! ¡Anda, dime ahora lo que hay que hacer!

-Yo, abuela, no me atrevo a aconsejarla, porque si pierde me echará la culpa... juegue como le parezca. Yo colocaré las apuestas.

- ¡Vamos, vamos! ¡Bueno, pon cuatro mil florines al "rojo"! Toma mi cartera.

Sacó la cartera del bolsillo y me la entregó.

- ¡Anda, listo! Aquí tienes veinte mil rublos en dinero contante ysonante.

-Abuela -murmuré-, tales...

-Dejaré mi piel, pero los rescataré. ¡Juega!

Jugamos y perdimos.

- ¡Pon los ocho mil de una vez!

-Imposible, abuela; la postura máxima son cuatro mil.

-Bien, pon cuatro mil florines.

Esta vez ganamos. La abuela se animó.

- ¡Lo ves! ¡Lo estás viendo! -dijo triunfante, dándome un empujón-. ¡Pon los cuatro mil! Obedecí sin replicar y perdimos, y así algunas veces seguidas.

-Abuela, los doce mil florines se han evaporado -anuncié.

-Ya lo veo -dijo ella con tranquilo furor, si se puede calificar así-.Ya lo veo, amigo mío -replicó con la mirada absorta y pareciendo meditar-. ¡Ea, dejaré la piel! ¡Pon cuatro mil florines!

-Ya no hay dinero, abuela. En la cartera ya no hay más que cheques y obligaciones rusas al cinco por ciento.

- ¿Y en el bolso?

-Queda muy poco, abuela.

- ¿No hay aquí casas de cambio? Me han dicho que se podían cambiar todos nuestros valores -dijo la abuela con un tono decidido.

- ¡Oh, desde luego! No faltan aquí esta clase de establecimientos. Pero perderá mucho cambiando valores, le cobrarán una elevada prima, capaz de asustar a un judío.

- ¡Cambiemos! ¡Ya los rescataré! Condúceme. ¡Que se llame a esos verdugos!

Yo empujé el sillón, los portadores se presentaron y salimos del casino.

- ¡De prisa! -nos ordenó la abuela-. Indica el camino, Alexei Ivanovitch; vayamos a la que esté más cerca... ¿Está lejos?

-A dos pasos, abuela.

Pero en la avenida, al volver el "square", nos encontramos a todos nuestros deudos. El general, Des Grieux, la señorita Blanche y su madre.

Paulina Alexandrovna no estaba con ellos. Mr. Astley tampoco.

- ¡Vamos, vamos, no nos detengamos! -gritó la abuela-. ¿Qué queréis?... ¡No puedo perder el tiempo con vosotros ahora!

Yo iba detrás. Des Grieux se me acercó.

-Ha perdido todo lo que había ganado antes, y además doce mil florines. Vamos a cambiar obligaciones al cinco por ciento -murmuré, rápidamente.

Des Grieux dio una patada en el suelo y corrió a referir el hecho al general.

El sillón seguía rodando.

- ¡Deteneos! ¡Alto! -gritó el general exasperado.

- ¡Pruebe de detenerla usted mismo! -repliqué.

-Querida tía -comenzó diciendo el general, acercándose-, querida tía... vamos... -su voz temblaba y se debilitabavamos a alquilar caballos para irnos de excursión... Una vista admirable... La punta... ¡Veníamos a invitarla!

- ¡Déjame tranquila con tu punta! -gruñó la abuela.

-Allí hay una aldea... Tomaremos allí el té... -continuó el general, ya del todo desesperado.

-" Nous boirons du lait sur l'herbe fraîche" -añadió Des Grieux con malicia feroz. "Du lait sur l'herbe fraîche", he ahí condensado el colmo del idilio para el burgués de París; esto resume, como se sabe, su concepción "de la nature et de la vérité".

- ¡Gracias por la leche! Regálate tú con ella, pues a mí me hace daño al estómago. Por otra parte, ¿para qué insistir? ¡Os he dicho que no puedo perder el tiempo!

- ¡Ya hemos llegado, abuela! -exclamé.

Nos detuvimos ante la casa de cambio. La abuela permaneció a la entrada. Des Grieux, el general y Blanche se mantuvieron apartados, no sabiendo qué hacer. La abuela los miraba con aire rencoroso. Se decidieron a marchar en dirección al casino.

Me propusieron un cambio tan desventajoso que no me atreví a aceptar y volví para pedir instrucciones a la abuela.

- ¡Ah! ¡Bandidos! -exclamó, juntando las manos-. ¡Cambia de todos modos!... Un instante. ¡Tráeme al banquero!

- ¿Alguno de los empleados, abuela?

-Bien, un empleado. Es igual. ¡Bandidos!

Un empleado consintió en salir, al enterarse de que se trataba de una anciana condesa impedida. La abuela le reprochó con vehemencia su mala fe en una mezcla de ruso, de francés y de alemán, mientras que yo hacía el oficio de intérprete. El empleado, muy grave, nos miraba en silencio y se encogía de hombros. Examinaba a la abuela con una curiosidad excesiva que bordeaba la grosería. Luego comenzó a sonreír.

- ¡Bien, sea! ¡Ahógate con mi dinero! -gritó la abuela-. Cambia, Alexei Ivanovitch, se hace tarde, si no iríamos a otro...

El empleado dijo que en otra casa todavía nos darían menos.

No recuerdo exactamente el cambio, pero era verdaderamente ruinoso. Cobré doce mil florines en oro y billetes, tomé la nota y se lo llevé todo a la abuela.

- ¡Vamos! ¡Vamos! Es inútil contar -dijo ella gesticulando-. ¡Deprisa! ¡De prisa! ¡jamás en la vida volveré a poner en ese maldito cero y en ese rojo -profirió al acercarse al casino.

Esta vez toda mi elocuencia para hacerle ver que sólo debía arriesgar pequeñas sumas, asegurándole que cuando volviese una racha de suerte se podría aprovechar. Al principio ella consintió, pero era tal su impaciencia que no había manera de retenerla durante el juego. Cuando había ganado dos posturas de diez o veinte federicos:- ¡Ya lo ves! ¡Ya lo ves! -decía-. Hemos ganado. Si hubiese habido cuatro mil florines en lugar de diez habríamos ganado cuatro mil florines en lugar de... ¡tú tienes la culpa!

Y a pesar del enojo que me causaba su modo de jugar, resolví callarme y no darle más consejos inútiles.

De pronto acudió Des Grieux. Los tres estaban en torno. Observé que la señorita Blanche se mantenía aparte con su madre y charlaba con el pequeño príncipe. El general estaba visiblemente en desgracia, casi desterrado. La señorita Blanche ni se dignaba mirarle, a pesar deque él rondaba a su alrededor. ¡Pobre general! Palidecía y luego se ponía sofocado; temblaba y ni siquiera podía seguir las jugadas de la abuela.

Blanche y el principito salieron finalmente. El general se apresuró a seguirles. Daba verdaderamente mucha lástima verle en aquel estado.

-" Madame, madame" -murmuró Des Grieux con tono meloso, inclinándose al oído de la abuela-, "madame, esta postura no está bien... no... no... no es posible" -añadía en mal ruso.

- ¿Qué hacer entonces? ¡Dímelo! -manifestó la abuela.

De pronto, Des Grieux se puso a hablar en francés con volubilidad; empezó a darle consejos. Decía que era preciso esperar la suerte y comenzó incluso a indicar ciertas cifras... La abuela no comprendía nada. Tenía que recurrir constantemente a mí para la traducción. El designaba con el dedo el tapete verde y terminó por coger un lápiz y calcular en un papel. La abuela perdió la paciencia.

-Bueno, déjame, déjame en paz. Me mareas con tanto madame, madame... Y no entiendo una palabra... ¡Déjanos!

-" Pero madame" -gorjeó Des Grieux, y comenzó de nuevo a explicar y a demostrar, picado en su amor propio.

-Pues bien, juega una vez según tus ideas -me ordenó la abuela-,ahora veremos, quizá resulte.

Des Grieux intentó que desistiera de las grandes posturas e inducirla a jugar a los números separadamente y en bloque. Puse, según sus indicaciones, un federico en una serie de cifras impares en los doce primeros, y cinco federicos en grupos de cifras de doce a dieciocho y diez de dieciocho a veinticuatro.

Arriesgábamos en total dieciséis federicos.

El disco comenzó a girar.

-"¡ Zéro!" -exclamó el croupier. Lo perdimos todo.

- ¡No sabes jugar y te atreves a dar consejos! -gritó la abuela, dirigiéndose a Des Grieux-. ¡Vete! ¡No te metas en lo que no entiendas!

Horriblemente vejado, Des Grieux se encogió de hombros, lanzó una mirada desdeñosa a la abuela y se retiró. Estaba arrepentido de haberse entrometido, por no saber dominar su impaciencia en los asuntos de aquella vieja sin juicio, "tombée en enfance".

Al cabo de una hora, pese a nuestros esfuerzos... lo habíamos perdido todo.

- ¡Vámonos! -gritó la abuela.

Hasta llegar a la avenida no pronunció palabra. En la avenida, y al acercarnos al hotel, comenzaron sus lamentaciones.

- ¡Qué tonta! ¡Pero qué tonta he sido! ¡No soy más que una vieja estúpida!

Tan pronto llegó a su habitación, exclamó:

-Sirvan el té. ¡Qué me lo preparen inmediatamente? ¡Nos vamos!

- ¿A dónde va nuestra buena señora? -preguntó Marta.

- ¡A ti qué te importa! Ocúpate de tus asuntos. Potapytch, prepara las maletas. ¡Nos vamos a Moscú! ¡He perdido quince mil rublos!

- ¡Quince mil rublos, señora! ¡Dios mío! -exclamó Potapytch con aire enternecido, creyendo sin duda ser así servicial.

- ¡Vamos, vamos idiota! ¡No es el momento de lloriquear! ¡Calla!¡La cuenta en seguida!

-El primer tren no sale hasta las nueve y media, abuela -anuncié, para calmar su furor.

- ¿Qué hora es?

-Las siete y media.

- ¡Qué fastidio! Alexei Ivanovitch, no me queda ni un céntimo. Aquí hay dos obligaciones, corre allá a cambiarlas inmediatamente. Sino, no tendré con qué pagar el viaje.

Obedecí.

Media hora más tarde, de regreso al hotel encontré a todas nuestras gentes en torno a la abuela. La noticia de su marcha a Moscú les impresionaba más, según parecía, que sus pérdidas en el juego.

Es verdad que al marcharse salvaba su fortuna. Pero ¿qué iba a ser del general? ¿Quién pagaría a Des Grieux? La señorita Blanche, naturalmente, no esperaría la muerte de la abuela y se marcharía seguramente con el pequeño príncipe o con cualquier

pretendiente. Todos se esforzaban en consolar a la inquieta señora. Paulina estaba de nuevo ausente.

La abuela les apostrofaba con vehemencia.

- ¡Dejadme en paz, pelmazos! ¿Qué os importa? ¿Qué quiere de mí ese barbas de chico? -gritó, dirigiéndose a Des Grieux-. Y tú, fantoche, ¿qué te va ni te viene en todo esto? ¿Por qué te metes en mis cosas?

- ¡Diantre! -murmuró la señorita Blanche, cuyos ojos chispeaban. Pero de pronto lanzó una carcajada y salió-. "¡ Elle vivra cent ans!"- gritóle al general desde la puerta.

- ¡Ah! ¿De modo que contabas con mi muerte? -chillóle al general-. ¡Vete de aquí! ¡Échalos a todos, Alexei Ivanovitch! ¿Qué diablo os importa esto a vosotros? He perdido mi dinero, no el vuestro.

El general se encogió de hombros, se inclinó y salió, seguido de Des Grieux.

-Ve a buscar a Praskovia -ordenó la abuela a Marta.

Al cabo de cinco minutos Marta volvía con Paulina. Durante todo este tiempo Paulina había permanecido en su habitación con los niños y, al parecer, habían propuesto no salir de allí en todo el día.

-Praskovia -empezó diciendo la abuela. ¿Es cierto lo que me dijeron recientemente de que tu imbécil suegro quiere casarse con esa loca francesa, una actriz sin duda, o algo peor?

-No lo sé exactamente, abuela -contestó Paulina-. Pero a juzgar por la misma señorita Blanche, que no intenta disimular, he sacado la consecuencia...

- ¡Bastal -interrumpió la abuela-. ¡Lo comprendo todo! Siempre he pensado que acabaría así y le he considerado siempre como el más nulo y frívolo de los hombres. Se envanece con su grado -le ascendieron a general cuando le retirarony se da tono. Lo sé todo, querida, todo, hasta los telegramas enviados a Moscú. "¿ Cerrará pronto los ojos la vieja?" Esperaban mi herencia. Sin dinero esa tía indecente.... esa Cominges, según creo, no querría ni por lacayo a ese general de dientes postizos.

Según, dicen, ella tiene un montón de dinero que presta a interés y aumenta el capital. No te acuso, Praskovia. Tú no eres quien envió los telegramas, y del pasado no me quiero acordar. Sé que tienes mal carácter. Eres una verdadera avispa, pequeña. Cuando picas, envenenas. Pero tengo lástima de ti, pues yo quería mucho a Catalina, tu madre. Pues bien, ¿quieres? Abandona todo esto y ven conmigo. Creo que no está bien que vivas ahora con el general.

Paulina quiso contestar; la abuela la interrumpió.

-Espera, que todavía no he terminado. Yo a ti no te pido nada. Conoces mi casa de Moscú... Es un palacio. Puedes ocupar todo un piso entero y no verme durante semanas si mi carácter no te gusta. ¿Quieres o no?

-Permítame antes que le pregunte si está verdaderamente decidida a marcharse en seguida.

- ¿Crees que bromeo? Me iré como he dicho. He perdido quince mil rublos en vuestra maldita ruleta. Hice votos hace cinco años de reconstruir en piedra una iglesia de madera, en mi propiedad de las cercanías de Moscú. El lugar de esto he gastado aquí el dinero. Ahora, querida, me voy a reedificar la iglesia.

- ¿Pero y las aguas, abuela? ¿No ha venido usted para tomar las aguas?

- ¡Déjame tranquila con las aguas¡ No me fastidies, Praskovia.¡Se diría que lo haces a propósito! Dime, ¿vienes, sí o no?

-Le estoy infinitamente reconocida, abuela, por el asilo que me ofrece -dijo Paulina-. Usted ha adivinado, en parte, mi situación. Le estoy tan agradecida que, créame, iré a reunirme con usted en breve plazo. Pero ahora hay razones graves... y no puedo decidirme así, de pronto. Si usted se quedase aunque no fuese más que dos semanas.

-Entonces, ¿no aceptas?

-Ahora no puedo. Además, no puedo abandonar a mi hermano ya mi hermana que... que... pueden, verdaderamente, encontrarse solos. Pero... si usted me recoge con los niños, abuela, entonces iré a vivir a su casa y me mostraré digna de su bondad, créame -añadió conmovida-. Pero sin los niños, imposible, abuela.

- ¡Vaya, no lloriquees! -Paulina no pensaba en lloriquear; por otra parte, no lloraba nunca-. Los polluelos encontrarán también sitio; el gallinero es grande. Además, ya tienen edad de ir a la escuela. Así,¿no vienes ahora? ¡Ve con cuidado, Praskovia! Desearía serte útil, pero ya sé por qué no quieres venir. Lo sé todo, Praskovia. No debes esperar nada bueno de ese maldito francés.

Paulina se ruborizó. Yo me estremecí.

¡Todos estaban, pues, al corriente; yo era, tal vez, el único que lo ignoraba!

-Vamos, vamos, no te enfades. Ve con cuidado, ¿me comprendes? Eres una muchacha inteligente... Esto me mataría de pena. ¡Bueno, basta, ya hemos hablado bastante, no te retengo más! ¡Adiós!

-La acompañaré, abuela -propuso Paulina.

-No hace falta. No te molestes; además, ya estoy harta de todos vosotros.

Paulina intentó besar la mano de la abuela, pero ésta la retiró y, abrazándola, la besó en la frente.

Al pasar por mi lado, Paulina me lanzó una mirada y bajó inmediatamente los ojos.

- ¡Bueno, también a ti te digo adiós, Alexei Ivanovitch! Falta una hora para la salida del tren. Debes estar cansado de mí. Toma estos cincuenta federicos.

-Se lo agradezco a usted mucho, abuela, pero se me hace difícil...

- ¡Vamos, vamos -gritó ella en tono tan enérgico que no me atrevía rechazarlos-. Cuando te halles en Moscú ven a verme. Te daré alguna recomendación. Puedes retirarte.

Fui a mi habitación y me tendí en la cama. Permanecí así una media hora, sin duda, echado de espaldas, las manos tras la nuca. La catástrofe se había desencadenado y era necesario reflexionar. Resolví hablar seriamente con Paulina. ¿Era, pues, verdad eso del francés?¿Qué podía haber pasado entre los dos? ¡Paulina y Des Grieux! ¡Señor, sería posible!

Todo aquello era inverosímil. Me levanté del lecho bruscamente, fuera de mí, para ir inmediatamente en busca de Mr. Astley y

obligarle a hablar, costase lo que costase. Debía saber muchas más cosas que yo.

¿Mr. Astley? ¡He aquí otro enigma!

De pronto llamaron a mi puerta. Era Potapytch.

-Alexei Ivanovitch. La señora le llama.

- ¿Cómo es eso? ¿No se va ya? Sólo faltan veinte minutos para la salida del tren.

-Está inquieta, apenas puede dominarse. "¡ De prisa, de prisa!"-dice, refiriéndose a usted-. ¡Le quiere ver inmediatamente! ¡Por amor de Dios, no tarde!

Bajé inmediatamente. Habían transportado ya a la abuela al corredor. Tenía en la mano su cartera.

-Alexei Ivanovitch, ve delante y... ¡En marcha!

- ¿A dónde, abuela?

- ¡Dejaré la piel, pero lo rescataré! ¡Vamos, anden, y tú no hagas preguntas! ¿Se juega hasta las once y media, no es verdad?

La miré estupefacto. Reflexioné y luego me decidí inmediatamente.

-Usted puede hacer lo que quiera, Antonina Vassielievna, pero yo no iré.

- ¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Qué mosca te ha picado?

-Usted puede hacer lo que quiera. Yo no quiero tener que reprocharme nada. No quiero. No quiero ser testigo ni participante en eso. Dispénseme, Antonina Vassilievna. ¡Tome sus cincuenta federicos!¡Adiós!

Dejé el cartucho de áureas monedas sobre una pequeña mesa cerca de la cual se hallaba el sillón de la abuela, saludé y me retiré.

- ¡Qué tontería! -gritó detrás de mí la abuela-. ¡Pues bien, vete, ya encontraré el camino sola! ¡Potapytch, sígueme! ¡Vamos, llevadme!

No pude encontrar a Mr. Astley y regresé a casa. Tarde, ya pasadas las doce de la noche, me enteré por Potapytch de cómo había terminado la jornada de la abuela. Había perdido todo lo que hacía poco le había cambiado yo, es decir, diez mil rublos. El polaco a quien ella había dado dos federicos por la mañana le había servido de factótum y estuvo dirigiendo el juego durante todo el tiempo.

Primeramente recurrió a Potapytch, pero se cansó pronto de él. Entonces fue cuando se presentó el polaco. Como si hubiese sido hecho a propósito, comprendía el ruso y lo hablaba de un modo bastante aceptable y con aquel chapurreo se entendieron perfectamente. La abuela le llenaba de injurias, pero él las soportaba calladamente.

-No se puede comparar con usted, Alexei Ivanovitch -me decía Potapytch-; con usted trataba ella exactamente como con un caballero, mientras éste... Dios me confunda, le robaba el dinero de encima de la mesa. Ella le pilló dos veces en esa faena. Le lanzaba toda clase de insultos, le tiraba, incluso, de los pelos, se lo juro, de tal modo que todo el mundo se reía. Lo ha perdido todo, mi buen señor, todo el dinero que usted le cambió. Hemos traído aquí a la señora, ha pedido de beber, ha hecho la señal de la cruz y se ha echado en la cama. Debía estar agotada, pues se ha dormido inmediatamente.

¡Que Dios le dé un dulce sueño! ¡Oh, estas tierras extranjeras - terminó diciendo Potapytch-, ya me parecía a mí que no son nada buenas! ¡Que pronto podamos volver a ver nuestro Moscú! ¿Qué es lo que nos falta?

Flores que nos perfumen, flores como no se ven aquí. Es el momento en que las manzanas maduran. Hay aire en los espacios... ¡Pero, no, hemos tenido que abandonar todo esto para venir al extranjero...! ¡oh ...!

14

Parte 14

Empieza: «He estado casi un mes sin continuar estas memorias, empezadas bajo la influencia de impresiones, desordenadas, pero fuertes.»

He estado casi un mes sin continuar estas memorias, empezadas bajo la influencia de impresiones, desordenadas, pero fuertes.

La catástrofe, cuya inminencia preveía, se ha desencadenado, en efecto, pero cien veces más brusca e inesperada de lo que supusiera.

Todo aquello fue algo extraño, tumultuoso, y hasta trágico para mí. Al menos las sigo considerando así hasta el momento actual, aunque, desde otro punto de vista, y sobre todo juzgando según el torbellino en que me agitaba entonces, sean a lo más un poco excepcionales. Pero lo que me parece más milagroso es el modo cómo me he comportado respecto a esos acontecimientos. ¡No consigo todavía comprenderlo! Todo eso pasó volando, como un sueño -incluso mi pasión-. Sin embargo, era una pasión fuerte y sincera.... pero ¿qué ha sido de ella? No queda nada, hasta el punto que algunas veces se me ocurre la siguiente idea: "¿ No habré perdido la cabeza y pasado todo ese período en algún manicomio? ¿Quizá me hallo en él todavía, de modo que "todo eso no existe' y continúa no existiendo", no es más que una ilusión...?

He reunido y releído mis cuartillas -quién sabe si para convencerme que no las escribí en un manicomio-. Ahora estoy completamente solo. El otoño se acerca, las hojas amarillean. Permanezco en esta melancólica y pequeña ciudad - ¡qué tristes son las pequeñas ciudades alemanas!- y en lugar de reflexionar en lo que conviene hacer, vivo bajo la influencia de sensaciones apenas extinguidas, de recientes recuerdos, como un objeto ligero arrastrado por el viento...

Antójaseme, a veces, que continúo siendo juguete del viento y que de un momento a otro me empujará con fuerza, me hará perder el equilibrio, el sentido de la medida, y girar indefinidamente...

Aunque, por lo demás, tal vez me detenga en algún sitio si recapacito, lo más exactamente posible, en todo lo que me ha ocurrido durante este mes. Siento de nuevo necesidad de escribir, pues muchas veces mis veladas vacías son interminables. Cosa extraña. Para matar el tiempo, no importa cómo, entro en un deplorable gabinete de lectura para tomar las novelas de Paul de Kock -traducidas al alemán-, queme fastidian, pero que leo, con gran asombro de mi parte. Se diría que temo que se rompa el encanto del pasado a causa de una lectura o por una ocupación seria. Ese sueño tumultuoso y las impresiones que de él subsisten me son tan queridas que temo que el contacto de las cosas nuevas lo haga desvanecer. Si todo esto me es querido, seguramente de aquí a cuarenta años me acordaré todavía... Tomo, pues, la pluma. Puedo ahora narrar ciertas cosas más brevemente. Las impresiones no son en modo alguno las mismas...

Ante todo terminaremos de hablar de las aventuras de la abuela.

Al día siguiente perdió hasta el último céntimo. No tenía más remedio que ser así. Una vez en ese camino las gentes como ella van rodando, cada vez más rápidamente, como un trineo por una pendiente nevada. Estuvo jugando durante todo el día, hasta las ocho de la noche. Yo no me hallaba presente y lo sé por lo que oí decir.

Potapytch permaneció todo aquel tiempo a su lado, en el casino. Los polacos que asesoraban el juego de la abuela fueron relevados varias veces. Comenzó la abuela por despedir a aquel a quien la víspera había tirado de los pelos y tomó otro que demostró ser casi peor. Arrojó al segundo polaco para volver a tomar al primero, que no se había marchado a pesar de su mala suerte y no había cesado de rondar tras el sillón de lapavi. Entonces la abuela cayó en una verdadera desesperación. El segundo polaco despedido no quería marcharse a ningún precio. Uno se instaló a la derecha y otro a la izquierda.

Todo el tiempo discutían respecto a las posturas y a las jugadas, tratándose mutuamente de ladjak - canallay otras amabilidades polacas, después de lo cual se reconciliaban, tiraban el dinero al tuntún, maniobraban de cualquier manera. Durante sus peleas cada uno jugaba por su parte, el uno sobre el rouge y el otro sobre el noir.

Marearon de tal modo a la abuela y la desalentaron hasta tal punto, que ella imploró, casi con lágrimas en los ojos, la protección del croupier mayor. Efectivamente, en seguida los echaron, a pesar de sus gritos y de sus protestas. Hablaban los dos a la vez, pretendiendo que la abuela les había engañado y se había mostrado desleal con ellos.

El desgraciado Potapytch me contó todo esto la misma noche, llorando sin consuelo y renegando de que aquellos canallas se hubiesen llenado los bolsillos. Les había visto maniobrar y robar descaradamente.

Uno de ellos, por ejemplo, pedía a la abuela cinco federicos por su trabajo y los ponía a la ruleta al lado de la postura de la vieja señora. Si ganaba, gritaba que la ganancia le pertenecía, mientras que la abuela había perdido. Luego que los echaron, Potapytch salió tras ellos, denunció que llevaban los bolsillos llenos de oro. La abuela rogó al croupier que adoptase las medidas oportunas, y, a pesar de los clamores de los dos bribones (exactamente como dos gatos cogidos por las patas), se presentó la policía, qué vació el contenido de sus bolsillos para entregarlo a la abuela.

Mientras tuvo dinero para perder la anciana, se impuso visiblemente a los croupiers y a la dirección del casino. Poco a poco su fama se difundió por toda la ciudad. Los bañistas de todos los países, sin distinción de rango, afluían para contemplar "une vieille comtesserusse, tombée en enfance" que había perdido ya "varios millones".

Pero la abuela ganó muy poco con que la librasen de los dos polacos. En su lugar acudió un tercero a ofrecer inmediatamente sus servicios. Esta hablaba perfectamente el ruso y parecía un lacayo vestido de señor. Tenía grandes bigotes y mucho amor propio. El también "se arrastraba a los pies de la pani", pero se mostraba arrogante con los que le rodeaban, mandaba como un déspota. En una palabra, se afirmó no como el servidor, sino como el tirano de la abuela. En todo momento, a cada jugada, se dirigía a la abuela y juraba por todos los dioses que era " un panz honorem "

-un hombre honradoy que no cogería un solo kopek. A fuerza de oírle repetir estos juramentos la abuela acabó por tenerle miedo.

Pero como aquel panz , efectivamente, pareció al principio modificar su juego, dudaba en prescindir de él.

Al cabo de una hora, los dos polacos expulsados del casino volvieron a aparecer detrás del sillón de la abuela, ofreciendo de nuevo sus servicios, aunque no fuese más que para encargos. Potapytch juraba que el "panz honorem" les había guiñado el ojo e incluso entregado algo.

Corno la abuela no había comido y no abandonaba su sillón, uno de los polacos pudo serle útil. Corrió al buffet para buscar una taza de caldo, luego otra de té. Pero al fin de la jornada, cuando ya era evidente que estaba perdiendo sus últimos billetes de banco, estaban detrás de su sillón hasta seis polacos que habían salido no se sabe de dónde. La abuela veía cómo se le escapaban las últimas monedas y ellos, sin escucharla ni hacerla caso, se inclinaban sobre la mesa, por encima de su cabeza, cogían el dinero ellos mismos, daban órdenes, jugaban, disputaban y trataban de tú por tú al "panz honorem", que se había olvidado casi de la existencia de la anciana señora.

Y cuando la abuela, ya despojada de cuanto tenía, volvió a las ocho de la noche al hotel, tres o cuatro polacos no se decidían a abandonarla. Corrían a derecha e izquierda del sillón, vociferaban, aseguraban, con volubilidad, que ella les había engañado y les debía una compensación. Llegaron hasta la puerta del hotel, de donde los echaron a empujones. Según los cálculos de Potapytch, la abuela perdió en aquel día noventa mil rubios, sin contar el dinero perdido la víspera. Todos sus valores -obligaciones al cinco

por ciento, rentas del Estado, accionesdesaparecieron unos tras otros.

Me causaba extrañeza que se hubiese podido mantener firme en el sillón ocho horas seguidas. Pero, según Potapytch, había realizado grandes ganancias y entonces se abandonaba a una nueva esperanza que impedía que se marchase. Por otra parte, los jugadores saben perfectamente que se puede estar sentado veinticuatro horas seguidas jugando a las cartas sin desviar la mirada ni a la derecha ni a la izquierda. Aquel mismo día pasaron igualmente en nuestro hotel cosas decisivas.

Poco antes de las once de la mañana, cuando aún la abuela estaba en su cuarto, el general y Des Grieux resolvieron intentar un último esfuerzo. Habiéndose enterado de que, lejos de marcharse, había vuelto al casino, fueron a verla para discutir definitivamente e incluso "francamente". El general que temblaba y desfallecía ante la perspectiva de las funestas consecuencias que podían resultar para él, perdió los estribos; después de haber suplicado durante media hora y de haberlo confesado todo, es decir, sus deudas y hasta su pasión por la señorita Blanche -estaba completamente loco tomó de pronto un tono amenazador y comenzó a reñir a la abuela. Ella deshonraba su nombre, se convertía en la causa de un escándalo en toda la ciudad y, en fin... en fin...

-Desacredita usted el nombre de Rusia, señora -clamó el general-, ¡y aquí hay policía para eso!

La abuela le expulsó finalmente con un par de golpes de su bastón.

Una o dos veces todavía el general y Des Grieux examinaron la posibilidad de recurrir a la Policía.

"Una pobre vieja, honrada, pero chocha, acaba de arruinarse en el juego.... etc. ¿No se podría obtener una vigilancia o una intervención ... ?" Pero Des Grieux se contentaba con encogerse de hombros y se reía en las mismas narices del general, que no sabiendo ya qué despotricar, iba de un lado a otro del cuarto. Finalmente Des Grieux se cansó y se marchó.

Por la noche se supo que había salido del hotel después de una conversación misteriosa con la señorita Blanche.

En cuanto a esta última, había tomado, desde por la mañana, medidas decisivas. Había despedido al general, prohibiéndole que se volviese a presentar ante sus ojos. Cuando él corrió a unírsele en el casino y la encontró del brazo del pequeño príncipe, ni ella ni la señora viuda de Cominges dieron muestras de conocerle. El príncipe no saludó.

Durante todo el día la señorita Blanche sondeó y maniobró cerca del príncipe para que se le declarase definitivamente. Pero, ¡ay!, se había equivocado cruelmente en lo que se refiere a ese personaje.

Esta pequeña catástrofe ocurrió por la noche. Se descubrió que el príncipe era más pobre que una rata y que incluso se proponía pedirle prestado dinero contra un pagaré para poder jugar a la ruleta. Blanche, indignada, lo echó de su lado y fue a encerrarse en sus habitaciones.

En la mañana de aquel mismo día fui a casa de Mr. Astley, o más bien le busqué durante varias horas sin poder encontrarle ni en el casino ni en el parque. Ese día no comía en su hotel. A las cinco vi casualmente que salía de la estación y se dirigía al Hôtel d'Angleterre. Iba de prisa y no parecía muy preocupado, aunque

hubiera sido difícil discernir en su rostro expresión alguna. Me tendió alegremente la mano con su exclamación habitual: "¡ Ah!", pero continuó andando con paso rápido.

Le acompañé, pero me recibió de tal modo que no pude preguntarle nada. Además, me repugnaba mucho hablar de Paulina. El mismo tampoco me preguntó por ella. Le hablé de la abuela; me escuchó con atención, y luego se encogió de hombros.

- ¡Lo perderá todo! -insinué.

- ¡Oh, sí! -contestó él-. Se disponía a jugar cuando me marché. Ya sabía que perdería. Si tengo tiempo iré a verla al casino, pues es cosa muy curiosa.

- ¿A dónde fue usted? -le pregunté, sorprendido de no haberlo hecho hasta entonces.

-A Francfort.

- ¿Por negocios?

-Sí, por negocios.

¿Para qué insistir? Continué marchando a su lado, pero dio la vuelta hacia el Hôtel des Quatre Saisons, me hizo una inclinación de cabeza y desapareció.

Al volver al hotel me di poco a poco cuenta de que, aunque hubiera hablado dos horas con él, no habría sacado nada, porque.... en realidad, no tenía nada que preguntarle. ¡Sí, era seguramente eso! Me hubiese sido imposible formular mi pregunta.

Todo aquel día estuvo Paulina de paseo por el parque con la niñera y los niños, y luego permaneció en su habitación . Desde hacía

tiempo evitaba al general, y casi no le dirigía la palabra. Ya lo había notado yo tiempo antes.

Pero sabiendo en qué situación se encontraba entonces el general pensé que éste no podía menos de contar con ella, es decir, que entre ellos tendría que haber una explicación familiar importante. Sin embargo, cuando regresé al hotel, después de mi conversación con Mr. Astley, encontré a Paulina con los niños. Su fisonomía reflejaba una serenidad imperturbable, como si fuese la única que hubiese salido con bien de las tempestades de familia. Contestó a mi saludo con una inclinación de cabeza. Entré en mi habitación de muy mal humor.

Ciertamente que yo evitaba hablar con ella, y ni una vez le había dirigido la palabra después del incidente con los Wurmenheim. Además, me hacía el ofendido, pero a medida que el tiempo pasaba una verdadera indignación se acentuaba en mí. Aun cuando no me amase, no era ésta una razón para que prescindiera en absoluto de mí y acogiese mis confidencias con tal desdén. Ella sabía que yo la amaba e incluso había permitido que se lo dijese. A decir verdad, nuestras relaciones habían empezado de un modo extraño. Desde hacía tiempo, cosa de dos meses, yo notaba que ella quería hacer de mí su amigo, su confidente, y que en parte trataba de tentarme. En verdad, eran extrañas nuestras relaciones. He aquí por qué yo la había hablado en aquel tono. Pero si mi amor la ofendía, ¿por qué no me prohibía francamente hablarle de él?

"No me lo prohíbe -pensaba-. Ella misma, por el contrario, me ha incitado algunas veces a hablar... seguramente para burlarse. Estoy seguro, lo he comprobado muchas veces. Le gustaba, después de haberme escuchado y llevado al terreno de las confidencias,

contestarme con una manifestación de su soberano desprecio y de su indiferencia. Sin embargo, no ignoraba que yo no podía vivir sin ella. Han pasado tres días desde el incidente con el barón y ya no puedo soportar por más tiempo nuestra "separación". Cuando la he encontrado, hace un momento, mi corazón latía con tal violencia que me he puesto pálido.¡Ella tampoco puede vivir sin mí! Le soy necesario, ¿solamente a título de bufón?"

"Ella tiene un secreto, ¡es evidente! Su diálogo con la abuela me ha oprimido el corazón. ¡Cuántas veces la he suplicado que fuese franca conmigo, pues sabe perfectamente que yo estoy dispuesto a arriesgar por ella mi vida! Pero siempre me ha tratado con el mismo desdén, y en lugar de la vida que le ofrecía exigía de mí proezas ridículas, como la de provocar al barón. ¿No resulta todo esto doloroso?¿Es posible que ese francés lo represente todo para ella? ¿Y Mr. Astley?" Pero al llegar a este punto mis ideas se confundían completamente. ¡Y cuántas torturas experimentaba! ¡Cuántas, Dios mío!

Al entrar en mi habitación bajo el imperio de la cólera, cogí la pluma y escribí esta carta: "Paulina Alexandrovna, comprendo que el desenlace está próximo. Usted también sufrirá las consecuencias.

Por última vez repito: ¿Tiene usted, sí o no, necesidad de mi cabeza? Si le soy necesario "sea para lo que sea", disponga de mí. Por el momento permanezco la mayor parte del día en mi habitación y no pienso salir. En caso de necesidad escriba o mándeme llamar."

Lacré la misiva y la envié por el camarero, con la orden de entregarla en propia mano. No esperaba yo contestación, pero al

cabo de algunos minutos volvía el criado con la noticia de que "le habían encargado de transmitir un saludo".

A las siete el general me mandó buscar.

Estaba aquél en su gabinete. Iba vestido de calle, como si se dispusiera a salir.

Al entrar vi que estaba en el centro de la habitación, con las piernas separadas, la cabeza baja, y hablando solo, en voz alta. En cuanto me hubo visto se lanzó hacia mí, casi gritando, de modo que retrocedí instintivamente y quise huir. Pero me cogió las manos y me llevó hacia el diván. Sentóse allí, y a mí me hizo sentar en una butaca ante él, y, sin soltar mis manos, con labios pálidos y temblorosos, con lágrimas en sus ojos, dijo con voz suplicante: - ¡Alexei Ivanovitch, sálveme! ¡Sálveme, tenga piedad de mí!

Permanecí largo rato sin comprender nada. A través de una oleada de palabras repetía constantemente:

"¡Tenga piedad, tenga piedad!" Finalmente pude entender que esperaba de mí algo así como un consejo. O más exactamente, que abandonado de todos, angustiado, desesperado, se había acordado de mí y me llamaba con el único fin de hablar, de hablar sin descanso.

Se sentía trastornado, o al menos trastornado en grado sumo. Juntó las manos, dispuesto a arrojarse a mis pies, para... - ¡cualquiera lo adivina ...!- para que yo fuese a buscar a la señorita Blanche, para que la exhortase a volver a él, a casarse con él.

- ¡Por Dios, mi general! -exclamé-; ¿qué puedo hacer yo? La señorita Blanche probablemente no se ha fijado siquiera en mí.

Pero las objeciones no servían para nada. No comprendía lo que le decía yo. Hablaba con frases incoherentes acerca de la abuela, persistía en su idea de llamar a la policía.

- ¡En nuestra patria, en nuestro país -dijo lleno de indignación-,es decir, en un estado con policía, donde las autoridades cumplen con su deber, se pondría inmediatamente bajo tutela a viejas como ésa!

Sí, señor, sí -siguió diciendo, levantándose de su asiento y yendo de un lado a otro de la habitación-. ¿Lo ignora usted, señor? -y se dirigía aun personaje imaginario que se hallara en un rincón-. Pues bien, sépalo... sí... en nuestra patria, a viejas como ésa se las castiga, se las hace entrar en razón... ¡Oh, sapristi!

Se dejó caer nuevamente sobre el diván, y al cabo de un instante, sollozando casi, con voz apagada, me anunció que la señorita Blanche ya no se casaba con él, porque la abuela había llegado en vez del esperado telegrama y era evidente que se escapaba la herencia. Creía comunicarme algo nuevo. Yo intenté hablarle de Des Grieux. El hizo un gesto de desaliento.

- ¡Se ha marchado! ¡Tiene todos mis bienes en garantía! ¡Estoy pelado como un halcón! Del dinero que trajo usted... ignoro lo que queda. Lo más setecientos francos. Esto es todo cuanto poseo; de ahora en adelante... ¡a la buena de Dios...!

- ¿Cómo pagará usted la cuenta del hotel? -exclamé asustado-. Y luego... ¿qué va a hacer?

Me miró con aire pensativo, pero creo que no me había comprendido siquiera. Hice alusión a Paulina Alexandrovna, a los niños. El contestó muy aprisa. "¡ Sí, sí!", pero comenzó en seguida a hablar del príncipe que iba a partir con Blanche y...

- ¿Qué va a ser de mi, Alexei Ivanovitch? -me preguntó de pronto-. ¡En nombre del cielo! ¿Qué va a ser de mí?... Se trata de una negra ingratitud. ¿No es verdad que es una ingratitud?

Para terminar, comenzó a derramar un torrente de lágrimas.

No era posible hacer nada con semejante hombre. Por otra parte, dejarle solo era peligroso, pues podía ocurrirle algo. Conseguí salir, pero advertí a la niñera que diese una mirada de cuando en cuando. Hablé, además, al mozo del corredor, un muchacho muy inteligente, que me prometió vigilarle.

Apenas hube dejado al general cuando Potapytch vino a buscarme de parte de la abuela. Eran las ocho y acababa de llegar del casino sin un céntimo. Me encaminé a sus habitaciones. La vieja estaba sentada en su sillón, agotada y visiblemente enferma. Marta le servía una taza de té, que le hacía beber casi a la fuerza. La voz y el tono de la abuela habían cambiado.

-Hola, amigo Alexei Ivanovitch -dijo, saludándome con gravedad-. Excúsame por haberte molestado una vez más, perdona a una anciana. Lo he perdido todo allá abajo, cerca de cien mil rublos. Tenías mucha razón al no querer acompañarme ayer. Me encuentro ahora aquí sin recursos. No quiero perder un solo minuto y me voy a las nueve y media. He mandado a buscar a ese inglés amigo tuyo, Mr. Astley, para pedirle prestados tres mil francos por ocho días. Tranquilízale en caso de que tenga dudas. Tengo todavía algo, amigo mío. Poseo tres fincas y dos casas. Me queda dinero líquido, pues no lo traje todo conmigo. Digo esto para que no tenga recelos... ¡Ya está aquí! Bien se ve que es una buena persona.

Mr. Astley había acudido a la primera llamada de la abuela. Sin dudar ni hablar mucho le contó inmediatamente tres mil francos a cambio de un recibo que la abuela firmó. Después de lo cual saludó y se retiró inmediatamente.

-Y ahora vete tú también, Alexei Ivanovitch. Me queda un poco más de una hora. Quiero acostarme, pues los huesos me duelen. Ahora ya no acusaré más a los jóvenes de ligereza. Hasta me causa escrúpulos acusar a ese desgraciado general. Sin embargo no le daré dinero, tanto si quiere como si no quiere, porque según mi opinión es un solemne estúpido. Pero yo, vieja y tonta, no estoy tampoco razonable. Bien es verdad que, aunque tarde, Dios castiga la presunción. ¡Que lo pases bien! ¡Marta, ayúdame!

Hubiera querido, sin embargo, acompañar a la abuela. Además, estaba en espera de un acontecimiento, de algo que iba a ocurrir. No podía estarme quieto. Salí al corredor y luego a dar un paseo por la avenida. Mí carta a Paulina era clara y categórica, y la catástrofe, seguramente, definitiva. Oí hablar en el hotel de la partida de Des Grieux. Después de todo, si ella me rechazaba como amigo, quizá pudiera serle útil como criado. Pues yo podía serle útil, aunque sólo fuese para desempeñar sus encargos. ¡Esto era lógico!

A la hora de salida corrí a la estación y saludé a la abuela. Ella y su séquito ocuparon un departamento reservado.

-Gracias, amigo mío, por tu concurso desinteresado -me dijo al despedirse-. Repite a Praskovia lo que le dije ayer. La espero.

Volví al hotel. Al pasar por delante de las habitaciones del general encontré a la niñera y le pregunté por él.

-No va mal -dijo ella, tristemente.

Entré. Pero me detuve en la puerta del gabinete en el colmo de la sorpresa. La señorita Blanche y el general reían a carcajadas. La señora viuda de Cominges estaba sentada en el diván. El general parecía loco de alegría y decía barbaridades. Se hallaba presa de un acceso nervioso de risa, que arrugaba su rostro y escamoteaba sus ojos.

Me enteré más tarde de que Blanche, después de haber despachado al príncipe, informada de la desolación del general, había ido a pasar unos momentos a su lado para consolarle. Pero el pobre hombre no suponía que en aquellos momentos su suerte estaba ya decidida y que Blanche había ya empezado a hacer las maletas para huir a París en el primer tren de la siguiente mañana.

Después de haberme detenido en el umbral del gabinete renuncié a entrar y me retiré sin ser visto. Al entrar en mi cuarto distinguí en la penumbra una persona sentada sobre una silla, en un rincón, cerca de la ventana. Avancé rápidamente, miré... y me faltó la respiración. ¡Era Paulina!

15

Parte 15

Empieza: «Lancé una exclamación de sorpresa.»

Lancé una exclamación de sorpresa.

- ¿Qué le pasa? -preguntó ella, en un tono extraño.

Estaba pálida y abatida.

- ¿Cómo que qué me pasa? ¡Usted aquí, en mi cuarto!

-Sí, aquí estoy. Cuando vengo, vengo yo misma, toda entera. Es mi costumbre. Usted va a verlo. Encienda la bujía.

Encendí. Ella se puso en pie. Se acercó a la mesa y puso ante mí una carta abierta.

- ¡Lea! -ordenó.

-Es... letra de Des Grieux -dije, tomando la carta.

Mis manos temblaban y los renglones danzaban ante mis ojos. He olvidado los términos exactos de la misiva, pero hela aquí, si no palabra por palabra, al menos idea por idea:

"Mademoiselle -escribía Des Grieux-, circunstancias desagradables me obligan a partir inmediatamente.

Se habrá usted, sin duda, dado cuenta de que he evitado con toda intención una explicación definitiva con usted hasta que todas las

circunstancias estuviesen aclaradas. La llegada de la "vieille dame", su parienta y su conducta extravagante han puesto fin a mis perplejidades. La difícil situación de mis negocios me veda al fomentar las dulces esperanzas que había osado concebir durante algún tiempo. Deploro lo ocurrido, pero espero que no encontrará usted nada en mi conducta que sea indigno "d'un gentilhomme et d'un honnête homme". Habiendo perdido casi todo mi dinero para regular las deudas del general, me veo en la necesidad de sacar partido de lo que aún me queda: he avisado ya a mis amigos de Petersburgo para que proceda inmediatamente a la venta de los bienes hipotecados a mi favor. Sabiendo, sin embargo, que en su ligereza, el general ha disipado la fortuna de usted, he decidido perdonarle cincuenta mil francos y devolverle una parte de los pagarés por dicha suma. De modo que ahora queda usted en situación de recobrar lo perdido y reivindicar su fortuna por vía judicial. Creo, "mademoiselle", que en la actual situación mi proceder le será muy ventajoso. Espero también cumplir de este modo el deber de un "galant homme". Esté cierta de que su recuerdo quedará para siempre grabado en mi corazón."

-Vaya, vaya, esto está claro -dije a Paulina-. ¿Podía usted esperar otra cosa? -añadí, con indignación.

-Yo no esperaba nada -replicó ella con calma aparente; pero una nota de emoción vibraba en su voz-. Estoy informada desde hace tiempo. He leído sus pensamientos. El pensaba que yo buscaba... que insistiría...

Se detuvo, se mordió los labios y calló.

-He redoblado con toda intención mi desprecio hacia él -dijo al cabo de un instante-. Le esperaba en su modo de obrar. Si hubiese

llegado un telegrama anunciando la herencia, le habría despedido después de tirarle a la cara el dinero que le debe ese idiota -entiéndase el general-.

Hace mucho tiempo, mucho tiempo, que le odio. ¡No era el mismo hombre de otros tiempo, no, mil veces no...! ¡Pero ahora, ahora...! ¡Con qué placer le lanzaría a la cara esos cincuenta mil francos, con un salivazo además!

-Pero los documentos..., esa hipoteca de cincuenta mil francos que ha devuelto. ¿No es el general quien la tiene? Pídala y devuélvasela a Des Grieux.

- ¡Oh, no es lo mismo!

-No, en efecto; no es lo mismo. Además, ¿para qué le sirve ahora el general? ¿Y la abuela...? -dije de pronto.

Paulina me miró con aire distraído, impaciente.

- ¿La abuela? -replicó con disgusto-. No puedo ir a su casa... Y no quiero pedirle perdón a nadie - añadió, irritada.

- ¡Qué hacer! -exclamé-. ¿Pero cómo, cómo ha podido usted amar a Des Grieux? ¡Oh, el cobarde, cobarde! Pues bien, ¿quiere usted que le desafíe y mate en duelo? ¿Dónde se halla ahora?

-En Francfort, donde pasará tres días.

-Una sola palabra de usted y salgo mañana mismo en el primer tren -ofrecíle con un entusiasmo estúpido.

Se echó a reír.

-Para que él le diga: "Empiece por devolverle los cincuenta mil francos." ¿Y por qué se batirá con usted? ¡Qué absurdo!

-Entonces, ¿de dónde sacar esos cincuenta mil francos? ¿De dónde? -repetía yo, rechinando los dientes, como si fuera posible irlos recogiendo del suelo-. Pero ahora se me ocurre: ¿y Mr. Astley? - le pregunté, sintiendo surgir en mí una idea espantosa. Sus ojos brillaron.

- ¡Entonces "tú" quieres que "te" deje para ir a buscar a ese inglés! - dijo con sonrisa amarga, hundiendo su mirada en mis ojos. Erala primera vez que me tuteaba.

En aquel instante debió sentir una especie de vértigo a causa de la emoción, pues se dejó caer sobre el diván, como agotada.

Fue para mí como un rayo de luz. No podía creer lo que veía ni lo que oía. ¡Me amaba! ¡Había venido a mí y no había ido a Mr. Astley! Había venido sola a mi cuarto, ¡ella, una señorita! Se comprometía públicamente... ¡y yo permanecía plantado ante ella, sin comprender todavía!

Una idea fantástica me iluminó.

- ¡Paulina, concédeme solamente una hora! ¡Espera aquí una hora y... volveré! ¡Es necesario! ¡Tú verás! ¡Quédate aquí, quédate aquí!

Y me lancé fuera de la habitación, sin contestar a su interrogación muda. Dijo algo, pero no me volví.

Sí; a veces la idea más absurda, la idea más fantástica en apariencia, se apodera de nosotros con tal fuerza que acabamos por creerla realizable...

Más todavía: si esa idea se asocia a un deseo violento, apasionado, se considera como algo fatal, ineludible, predestinado.

Quizá medie en ello un no sé qué, una combinación de presentimientos, un esfuerzo extraordinario de la voluntad, una intoxicación por la propia imaginación.

Lo ignoro; pero aquella noche -que no olvidaré nuncame ocurrió una aventura prodigiosa. Aunque se explica perfectamente por la aritmética, continúa, sin embargo, siendo prodigiosa a mis ojos.

¿Y por qué, por qué esta certeza estaba tan profundamente arraigada en mí, y desde hacía tanto tiempo? Pensaba en ello -lo repitono como una eventualidad, sino como algo que debía necesariamente ocurrir.

Eran las diez y cuarto. Entré en el casino con una viva esperanza, pero también con una agitación tal como nunca hasta entonces sintiera. Había aún bastante gente en las salas; menos, sin embargo, que durante el día.

A esta hora no quedan en torno del tapete verde más que los jugadores empedernidos que han acudido al balneario sólo por la ruleta y no se interesan por ninguna otra cosa durante toda la temporada, y apenas se dan cuenta de lo que pasa en torno suyo. Juegan desde la mañana hasta la noche y estarían seguramente dispuestos a continuar jugando hasta la madrugada, pues sólo de mala gana se retiran cuando, hacia las doce, se para la ruleta. Y cuando el croupier principal anuncia "Les trois derniers coups, messieurs" están dispuestos a arriesgar en aquellas tres últimas jugadas cuanto tienen en los bolsillos. Es a esta hora, en efecto, cuando se observan las mayores pérdidas.

Me dirigí hacia la mesa en que había jugado la abuela. No había allí mucha gente, así que pude ocupar pronto un buen lugar. Ante mí,

en el tapete verde, leí la palabra passe. Passe designa los números que van del 19 al 36. La primera serie, del 1 al 18, se llama manque . Pero ¿que me importa eso? Yo no calculaba, ignoraba incluso el último número que había salido y no me informé siquiera, según cuidan de hacer todos los jugadores metódicos antes de empezar a jugar.

Saqué mis veinte federicos y los puse en el passe.

- ¡Veintidós! -dijo el croupier.

Había ganado. Arriesgué de nuevo el total: la postura y la ganancia.

- ¡Treinta y uno! -anunció el croupier.

Nueva ganancia. Tenía, pues, ochenta federicos. Lo puse todo sobre la docena del centro -ganando triple, pero dos contras-. El platillo comenzó a girar... Salió el veinticuatro. Me entregaron tres cartuchos de cincuenta federicos y diez monedas de oro. Mi haber se elevaba ahora a doscientos federicos.

Presa de una especie de fiebre, puse todo ese dinero en el rouge y, de pronto, recobré la conciencia.

Fue la única vez durante esta sesión de juego que el estremecimiento del miedo me poseyó, traduciéndose en un temblor de las manos y de los pies.

Sentí, con horror, lo que significaba para mí perder en aquel momento.

-"¡ Rouge!" -cantó el croupier.

Recobré el aliento. Sentía hormigueos por todo el cuerpo. Me pagaron en billetes. En total cuatro mil florines y ochenta

federicos.¡Mi vida entera estaba en el juego!

Luego, recuerdo que coloqué dos mil florines en la columna del centro y perdí. Jugué todo mi oro y ochenta federicos y perdí de nuevo. El furor se apoderó de mí. Tomé los dos mil florines que me quedaban y los lancé sobre los doce primeros números; al azar, sin calcular. Hubo entonces un momento de espera... una emoción análoga a la que debió experimentar madame Blanchard cuando, después de haber volado sobre París, se sintió precipitada con su globo contra el suelo.

-"¡ Quatre!" -anunció el croupier.

Al contar la postura, mi capital ascendía de nuevo a seis mil florines. Tenía el aire triunfante, ya no temía a nada. Puse cuatro mil florines en el noir. Unas diez personas jugaron, siguiéndome, a ese color. Los croupiers cambiaron una mirada, murmurando entre ellos.

Salió noir.

A partir de aquel momento ya no puedo recordar la cuantía de mis posturas ni la serie de mis ganancias.

Recuerdo solamente, como en un sueño, haber ganado unos dieciséis mil florines.

Una jugada desgraciada se me llevó doce mil. Luego jugué los últimos cuatro mil al passe y esperé maquinalmente, sin reflexionar, y gané de nuevo.

Gané todavía cuatro o cinco veces seguidas. Sólo puedo recordar que amontoné florines por millares.

Sé también que fueron los doce números del centro, a los cuales permanecí fiel, los que salieron con más frecuencia. Aparecían regularmente, siempre tres o cuatro veces seguidas; luego desaparecían dos veces, para volver a darse otra vez.

Creo que desde que llegué no había transcurrido media hora. De pronto, el croupier me informó que había ganado treinta mil florines y que la banca no respondía en una sesión más allá de esa suma y que se iba a tapar la ruleta hasta el día siguiente.

Recogí todo mi oro, lo metí en los bolsillos, tomé los billetes y pasé a otra sala donde había también una ruleta. La gente me siguió. Me hicieron inmediatamente sitio y empecé a jugar de cualquier modo, sin contar.

- ¡No comprendo qué fue lo que me salvó!

Algunas veces, sin embargo, la noción del cálculo, de las combinaciones posibles, se presentaba en mi mente. Procuraba retener ciertos números, pero los abandonaba pronto para jugar de nuevo casi inconscientemente.

Debía de estar, ciertamente, muy distraído, pues recuerdo que algunas veces los croupiers rectificaban mi juego. Cometía burdos errores. Mis sienes estaban mojadas, mis manos temblaban. Unos polacos me ofrecieron sus servicios, pero yo no escuchaba a nadie. ¡La suerte no me abandonaba!

De pronto hubo, en torno mío, un gran rumor, gritos de "¡ bravo, bravo!". Algunos, hasta aplaudieron.

Había amontonado allí también treinta mil florines y la ruleta se paraba hasta el día siguiente.

- ¡Márchese, márchese! -dijo una voz a mi oído.

Era un judío de Francfort, que había estado todo el tiempo detrás de mí, y creo que me había ayudado alguna vez a hacer las apuestas.

- ¡Por el amor de Dios, váyase! -murmuró otra voz a mi izquierda.

Una rápida mirada me permitió ver a una dama de unos treinta años, vestida modestamente pero con corrección, y cuyo rostro fatigado, de una palidez enfermiza, ofrecía aún restos de una prodigiosa belleza. En aquel momento atiborraba mis bolsillos de billetes y recogía el oro de encima de la mesa. Al recoger el último rollo de cincuenta federicos conseguí ponerlo, sin que nadie lo viera, en manos de la dama pálida.

Sus dedos delicados me estrecharon fuertemente la mano en señal de vivo agradecimiento. Todo eso pasó en el espacio de un segundo.

Después de haber recogido todo, me dirigí rápidamente al "trenteet quarante".

El treinta y cuarenta es frecuentado por el público aristocrático. Aquí la banca responde de cien mil talers a la vez. La postura máxima es de cuatro mil florines. No tenía idea alguna del juego ni conocía casi ninguna postura, aparte del rouge y del noir. A ellos me dediqué.

Todo el casino se reunió en torno mío. No sé si pensé una sola vez en Paulina durante aquella noche.

Experimentaba entonces una voluptuosidad irresistible en recoger los billetes de banco, cuyo montón aumentaba ante mí.

En efecto, hubiérase dicho que el destino me empujaba. Esta vez, como adrede, ocurrió una circunstancia que se repite, por otra parte, bastante frecuentemente en el juego. El juego se da, por ejemplo, rojo, y sale diez, quince veces seguidas. Anteayer mismo oí decir que durante la semana pasada el rojo se dio veintidós veces consecutivas. Era un hecho sin precedentes en la ruleta y causó gran sorpresa. Un jugador experto sabe lo que significa ese capricho del azar. Cualquiera diría, por ejemplo, que habiendo salido el rojo dieciséis veces, a la jugada diecisiete saldrá negro. Los novatos muerden en masa en este cebo, doblan y triplican sus posturas y pierden de un modo feroz.

En cuanto a mí, por un capricho extraño, habiendo notado que el rojo había salido siete veces seguidas, jugué a él expresamente. Estoy persuadido de que el amor propio, en gran parte, entraba en esta decisión.

Quería impresionar a la galería con mi loca temeridad. Sin embargo -lo recuerdo muy bien-, una sed ardiente del riesgo me invadió de pronto, sin que el amor propio mediase en ello. Quizás estas sensaciones múltiples, lejos de saciar el alma, no hacen más que irritarla y hacer que exija sensaciones nuevas, cada vez más intensas hasta el agotamiento total. Y en verdad que no miento al decir que, si el reglamento hubiera permitido poner cincuenta mil florines en una sola jugada, los habría arriesgado.

En torno mío decían todos que era una locura, que el rojo se había dado ya catorce veces.

-Monsieur a déja gagné cent mille florins -sonó una voz a mi lado.

Me volví de pronto. ¿Cómo? ¿Había ganado cien mil florines en aquella velada? ¿Qué más quería? Me lancé sobre los billetes, los metí en mis bolsillos, sin contar; recogí todo el oro, todos los cartuchos, y salí rápidamente del casino.

Todos reían cuando atravesé por las salas, al ver mis bolsillos hinchados y mi paso desigual, que el oro hacía pesado. Debía llevar más de medio pud . Varias manos se tendieron hacia mí. Distribuí dinero a puñados. Dos judíos me detuvieron a la salida.

-Usted es muy atrevido, muy atrevido -dijéronme-, márchese mañana mismo, por la mañana; si no lo perderá todo... todo.

No me paré a escucharles.

La avenida estaba oscura, tanto que difícilmente habría podido distinguir los dedos de mis manos. Había quinientos metros hasta el hotel. No he tenido nunca miedo, ni aun en mi niñez En aquella hora tampoco pensaba en ello. No puedo recordar lo que iba pensando por el camino. Mi cabeza estaba vacía. Experimentaba tan sólo una especie de voluptuosidad intensa -embriaguez del éxito, de la victoria, de la potencia-; no sé cómo explicarme.

La imagen de Paulina surgía ante mí. Recordaba claramente que iba hacia ella, que dentro de un momento estaríamos reunidos, que le enseñaría mi ganancia... Pero había ya olvidado casi mis palabras, la razón de mi salida. Todas aquellas sensaciones, de hacía dos horas a lo sumo, me parecían algo ya pasado, viejo, caduco, algo que ya no evocaríamos, pues todo volvería a empezar.

Casi al final de la avenida el miedo me invadió de pronto. ¿Si me asesinasen y desvalijasen? A cada paso aumentaba mi temor. Casi corría. De pronto, al extremo de la avenida, nuestro hotel,

espléndidamente iluminado, resplandeció en bloque: "¡Loado sea Dios! -me dije-. ¡Ya he llegado!" Corrí hasta mi habitación y abrí bruscamente la puerta. Paulina estaba allí, sentada en el diván, ante una luz encendida, las manos juntas.

Me miró con sorpresa, y, seguramente, en aquel momento, yo tenía un aspecto muy extraño. Me detuve ante ella y volqué sobre la mesa todo mi dinero.

16

Parte 16

Empieza: «Me miró -lo recuerdo- de un modo extraño, pero sin moverse, ni cambiar de actitud.»

Me miró -lo recuerdode un modo extraño, pero sin moverse, ni cambiar de actitud.

- ¡He ganado doscientos mil francos! -exclamé, sacando del bolsillo el último cartucho de oro.

Un montón de billetes y de oro llenaba la mesa. No podía apartarla vista de él; había momentos en que olvidaba por completo a Paulina. Ponía en orden los billetes y hacía paquetes, reunía el oro, luego lo dejaba allí todo y me ponía a pasear por la habitación, pensativo, para volver a la mesa y comenzar otra vez a contar el dinero. De pronto, saliendo de mi ensueño, me precipité hacia la puerta y la cerré con llave. Finalmente me detuve, perplejo, ante mi pequeña maleta. Vacilaba.

- ¿Es preciso poner todo esto en la maleta hasta mañana?- pregunté, volviéndome hacia Paulina, dándome cuenta, de pronto, de su presencia.

Ella continuaba sentada, inmóvil, pero observándome con atención. Tenía una expresión extraña, una expresión que me era desagradable. No me equivoco si digo que en su mirada se reflejaba el odio.

Me dirigí presuroso hacia ella.

-Paulina, he aquí veinticinco mil florines... esto suma cincuenta mil francos, tal vez más. Tómelos y mañana mismo se los tira usted a la cara.

No contestó.

-Si quiere, se los llevaré yo mismo, a primera hora. ¿Qué le parece?

Se echó a reír, con risa prolongada.

La miré con dolorosa sorpresa. Aquella risa se parecía mucho a la risa burlona, tan suya, con que acogía siempre mis declaraciones más apasionadas. Por último dejó de reír y se puso sombría.

Miróme severamente, de reojo.

-No tomaré su dinero -dijo, desdeñosa.

- ¿Cómo? ¿Qué significa esto? -exclamé-. ¿Por qué, Paulina?

-Yo no tomo dinero de nadie.

-Se lo ofrezco a título de amigo. Le he ofrecido también mi vida.

Me envolvió en una larga mirada escrutadora, como para penetrar a fondo mi pensamiento.

-Usted paga demasiado -dijo, sonriendo-; la querida de Des Grieux no vale cincuenta mil francos.

- ¡Paulina! ¿por qué habla usted así? -exclamé, con reproche-.¿Soy, acaso, Des Grieux?

- ¡Le odio! ¡Le odio, como odio a Des Grieux! -dijo, y sus ojos brillaban.

Ocultó su rostro entre las manos y sufrió un ataque nervioso. Me acerqué a ella.

Algo debía haber ocurrido durante mi ausencia. No parecía hallarse en su estado normal.

- ¿Quieres comprarme por cincuenta mil francos, como Des Grieux? -preguntó entre sollozos convulsivos.

La tomé en mis brazos, le besé las manos, caí de rodillas a sus pies.

Empezó a calmarse. Puso sus manos sobre mis hombros y me examinó con atención. Hubiérase dicho que quería leer algo en mi rostro. Me escuchaba, pero aparentemente, sin entender lo que le decía. Su fisonomía había adquirido una expresión preocupada. Tuve miedo; me pareció que su razón se turbaba.

Me atraía dulcemente, con una confiada sonrisa en los labios; pero luego me rechazaba y me envolvía con una mirada siniestra.

De pronto me echó los brazos al cuello.

- ¿Me amas, pues? -dijo-. Sí, me amas, pues tú por mí... querías batirte con el barón.

Luego se echó a reír ante el recuerdo de aquel episodio cómico y divertido. Reía y lloraba a la vez.

¿Qué podía hacer? Me abrasaba una especie de fiebre. Ella se puso a hablarme, pero apenas si la oía.

Era un delirio, delirio que interrumpía de vez en cuando una risa nerviosa que comenzaba a espantarme.

- ¡No, no, tú eres muy bueno, muy bueno! -repetía ella-. ¡Me eres fiel!

Y otra vez volvía a echarme los brazos al cuello, me examinaba de nuevo, y seguía repitiendo: -Tú me amas... Tú me amas. ¿Me amarás?

La miraba fijamente. No la había visto nunca entregarse a semejantes efusiones. A decir verdad, deliraba ...; pero al ver mi mirada apasionada, sonrió maliciosamente, y, de pronto, púsose a hablar de Mr. Astley.

Había iniciado ya este tema, poco antes, queriendo hacerme una confidencia, sólo que yo no llegué a comprender bien a qué se refería. Se burlaba, según creo. Repetía sin cesar que él la esperaba, que debía, seguramente, encontrarse esperando bajo la ventana.

- ¡Sí, sí, bajo la ventana!... Abre, pues, y mira. ¡Está ahí!

Me empujó hacia la ventana, pero cuando me disponía a abrirla, se echó a reír. Yo me acerqué a ella y me abrazó apasionadamente.

- ¿Nos iremos? ¿Mañana? ¿No es verdad? -preguntó de repente, inquieta-. Podremos alcanzar a la abuela. ¿Qué te parece? Creo que la alcanzaremos en Berlín. ¿Qué va a decir al vernos? ¿Y Mr. Astley?...¡Oh, ése si no se tiraría desde el Schlangenberg! ¿Qué te parece? -y se echó a reír-. Escucha, ¿sabes dónde piensa pasar el verano próximo? Pues tiene proyectado ir al Polo Norte para realizar investigaciones científicas, y me llevará consigo. ¡Ja, ja, ja! Pretende que nosotros, los rusos, nada sabríamos sin los europeos, que no servimos para nada...¡Pero él también es bueno! Figúrate que disculpa al general y dice que Blanche.... que la pasión.... en fin, no se qué, no sé qué -repitió, como si divagase-. ¡Qué compasión me dan ellos, y también la abuela! Escucha, dime, ¿eres capaz de matar a Des Grieux? ¿Pensabas verdaderamente en matarle? ¡Oh,

el insensato! ¿Podías creer que dejaría que te batieses con él? Pero si tú no matas ni al barón -añadió riendo-. ¡Qué ridículo estuviste con el barón!

Desde mi banco os contemplaba a los dos. ¡Qué repugnancia manifestabas en salir a su encuentro!¡Cómo me reí! -añadió, soltando la risa.

Y de pronto, de nuevo me abrazó, juntando con ternura apasionada su rostro con el mío. Yo ya no podía pensar en nada. La cabeza me daba vueltas.

Calculo que serían las siete de la mañana cuando volví a ser dueño de mis actos. El sol brillaba en la habitación. Paulina, sentada a mi lado, miraba en torno a ella, como si saliera de las tinieblas y reuniese sus recuerdos. Acababa también de despertar y miraba fijamente la mesa y el dinero. Me dolía la cabeza.

Quise tomarle a Paulina la mano, pero me rechazó bruscamente y saltó del diván. El día se anunciaba sombrío; había llovido antes del amanecer.

Fue a la ventana, la abrió, se asomó y, apoyada en el alféizar, permaneció unos tres minutos, sin volverse a escuchar lo que le decía.

Yo me preguntaba, con espanto, qué iría a ocurrir y en qué pararía todo aquello. De pronto, Paulina se irguió, se acercó a la mesa, y mirándome con un odio extraordinario, con los labios trémulos de furor, me dijo: -Bueno, ¿vas a darme mis cincuenta mil francos?

-Paulina, ¿volvemos a empezar?

- ¿Has cambiado de opinión? ¡Ja, ja ...! Quizá lo lamentas ahora.

Los veinticinco mil florines, en billetes, contados la víspera, estaban todavía sobre la mesa. Los tomé y se los di.

-Entonces, ¿son míos desde ahora? ¿Me los das? -me preguntó con maldad, con el dinero en la mano.

-Han sido siempre tuyos -le dije.

- ¡Pues bien, ahí tienes tus cincuenta mil francos!

Levantó la mano y me los arrojó en pleno rostro. Los billetes, al caer, se esparcieron por el suelo.

Después de esto, Paulina salió corriendo de la habitación.

Me consta que entonces no estaba en su estado normal, aunque no comprendí aquel extravío pasajero.

A decir verdad, sigue enferma todavía, al cabo de un mes. ¿Cuál fue la causa de semejante estado y de aquella escena? ¿Orgullo ofendido? ¿Arrepentimiento o desesperación por haber venido a buscarme?

Yo no me alababa de mi suerte ni quería comprarla por cincuenta mil francos. Mi conciencia me lo dice. Creo que su vanidad tuvo mucha parte de ello. Todo resultaba bastante confuso; por eso no me creía e injuriaba.

Así yo, sin duda, pagaba por Des Grieux y aparecía como culpable sin serlo. Verdad es que todo aquello no era más que puro delirio; y aun sabiendo que deliraba, no hice caso de su locura. ¿Es tal vez eso lo que no puede perdonarme ahora? Sabía muy bien lo que hacía cuando vino a mi habitación con la carta de Des Grieux... En suma, era consciente de sus actos.

Rápidamente oculté los billetes y el oro en la cama, lo tapé todo, y salí de la habitación diez minutos después en busca de Paulina. Estaba seguro de que había ido a encerrarse en su cuarto, y a él pensaba dirigirme, de puntillas y preguntando discretamente a la camarera, en la antesala, noticias de su señorita. ¡Cuál no fue mi sorpresa al oír que la camarera, que encontré en la escalera, me dijo que Paulina no había regresado, y que precisamente ella venía a buscarla a mi habitación!.

-Acaba de salir hace diez minutos -dije-. ¿Dónde puede haber ido?

A todo esto, la aventura habíase ya difundido y constituía la comidilla de todo el hotel. En el quiosco del portero y en la oficina del "oberkellner", se murmuraba que la Fräulein, a las seis de la mañana, había salido, a pesar de la lluvia, en dirección al Hotel de Inglaterra. Sin embargo, por las reticencias de los criados, comprendí que no ignoraban que había pasado la noche en mi habitación. Por otra parte, ya se murmuraba de toda la familia del general. De él se sabía que la víspera había perdido el juicio y no hacía más que gemir; decían, además, que la abuela era su propia madre, venida de Rusia para oponerse al matrimonio de su hijo con la señorita Blanche de Cominges y desheredarlo en caso de desobediencia. Como no quiso someterse, la condesa, ante sus propios ojos, se había arruinado, adrede, jugando a la ruleta para no dejarle un sólo céntimo. Diese Russen! (¡ Esos rusos!), repetía el "oberkellner", moviendo la cabeza. Los otros reían. El "oberkellner" preparaba la nota. Mis ganancias en el juego eran también conocidas. Carlos, el camarero de mi piso, fue el primero en felicitarme. Pero todo eso no me importaba. Corrí al Hotel de Inglaterra.

Era aún muy temprano. Mr. Astley no recibía a nadie; pero, al enterarse de mi llegada, salió al pasillo y se detuvo ante mí. Me miró fijamente y esperó que la hablase. Le pregunté por Paulina.

-Está enferma -contestó Mr. Astley, con los ojos siempre fijos en mí.

- ¿Está, pues, con usted?

-En efecto.

-Entonces, usted.... ¿usted tiene intenciones de retenerla en su casa?

-Sí, ésa es mi intención.

-Mr. Astley..., esto provocará un escándalo. Es imposible. Además, está muy enferma. ¿No lo ha notado usted?

- ¡Oh, sí, lo he notado, no se lo niego! De no haber estado enferma, no habría pasado la noche en su habitación.

- ¿Sabe usted también eso?

-Lo sé. Ayer tenía que venir aquí para que yo la llevase a casa de una parienta mía, pero sintiéndose enferma, se equivocó y fue a la habitación de usted.

- ¡Es posible!... Pues bien, le felicito, Mr. Astley. A propósito, me hace usted recordar algo. ¿No estuvo usted anoche al pie de la ventana de mi cuarto? Miss Paulina insistió, muriéndose de risa, para que yo abriese la ventana y comprobase el hecho.

- ¿Sí? Pues no; siento tener que desengañarle; no estaba bajo la ventana y la esperaba paseando por allí cerca.

-Es preciso cuidarla, Mr. Astley.

-Ya he llamado a un médico, y si llegara a morirse, me rendiría usted cuentas.

No oculté mi sorpresa.

- ¡Por favor, Mr. Astley! ¿Cree usted lo que dice?

- ¿Es verdad que usted ganó anoche doscientos mil talers?

-Cien mil florines solamente.

-Entonces márchese usted hoy mismo a París.

- ¿Por qué?

-Todos los rusos que tienen dinero van a París -explicó Mr.Astley, en tono doctoral.

- ¿Qué haría en París en verano? ¡La amo, Mr. Astley! Usted lo sabe.

- ¿Es posible? Pues yo estoy seguro de lo contrario. Además, al quedarse aquí usted perderá seguramente todo lo que ha ganado y ya no podría ir a París. Me despido de usted, persuadido de que se marchará hoy a París.

- ¡Bien; adiós! Pero no iré a París. Piense usted, Mr. Astley, en lo que va a pasar... ¿Qué será del general... después de este escándalo, cuando corra de boca en boca por la ciudad la aventura de miss Paulina?

-Sí, por toda la ciudad. Pero no creo que el general piense en eso, tiene otras cosas en qué pensar.

Además, miss Paulina tiene perfecto derecho a vivir donde le plazca. En cuanto a esa familia, puede decirse con razón que ya no

existe.

Cuando regresaba al hotel me iba riendo de la asombrosa seguridad de aquel inglés que afirmaba que iría sin falta a París. "¡Quiere matarme en duelo si miss Paulina muere!... -pensaba-. ¡No me faltaba más que eso!"

Compadecía a Paulina, lo juro. Pero, cosa extraña, desde que había pasado la víspera junto al tapete verde empezando a recoger paquetes de billetes de banco, mi amor parecía haber pasado a segundo término. Esto lo digo ahora, pues en aquellos momentos no tenía conciencia de ello. ¿Es posible que sea yo un jugador? Verdaderamente, yo amaba a Paulina... de un modo raro. La amo siempre, Dios me es testigo. Pero, al volver a mi habitación, después de haber dejado a Mr.Astley, sufría sinceramente y me acusaba a mí mismo de graves pecados.

Y entonces fue cuando me sucedió una aventura tan extraordinaria como absurda. Me dirigía a toda prisa a las habitaciones del general. Al hallarme cerca de ellas se abrió una puerta y alguien me llamó. Era la señora viuda de Cominges, la cual me llamaba por encargo de la señorita Blanche. Entré en la habitación de esta última. Estas damas ocupaban una habitación reducida, dividida en dos compartimientos. Oíanse las risas y las voces de la señorita Blanche en el dormitorio. Se estaba levantando de la cama.

-Ah, c'est lui! viens donc, bête! ¿Es verdad que has ganado una montaña de oro y de plata? Preferiría más el oro.

-Es verdad -contesté, riendo.

- ¿Cuánto?

-Cien mil florines.

-Bibi, comme tu es bête! Ven aquí. Nous ferons bombance, n'estce pas?

Me acerqué. Se hallaba tendida bajo una colcha de seda rosa, de donde salían unos hombros morenos, robustos, maravillosos -unos hombros como no he visto más que en sueños-, medio velados por una camisa de batista, adornada con puntillas de una blancura esplendorosa, lo que realzaba admirablemente su bronceada piel.

-Mon flis, astu du coeur? -gritó al verme, y se echó a reír. Era una risa llena de alegría y, en algunos momentos, sincera. - Tout autre... -comencé, parafraseando a Corneille.

-Mira -saltó ella de pronto-, ante todo busca mis medias, ayúdame a ponérmelas. Luego, si tu n'es trop bête, je te prends à París. Me marcho ahora mismo.

- ¿Ahora mismo?

-Dentro de media hora.

En efecto, todo estaba empaquetado. Las maletas, dispuestas. El café estaba servido desde hacía tiempo.

-Eh, bien, si quieres, tu verras París, Dismoi, qu'est ce que c'est qu 'un ouchitel? Tu etais bien bête, quand tu étais ouchitel. ¿Dónde están mis medias? ¡Pónmelas, vamos!

Y sacó, efectivamente, un piececito encantador, bronceado, pequeño, no deformado como todos esos piececitos que parecen tan pequeños dentro de un zapato. Me puse a reír y a estirar sobre

su pierna la media de seda. La señorita Blanche, sentada en la cama, charlaba.

-Eh bien, que ferastu, si je te prends avec? Ante todo je veuxcinquante mille francs. Me los darás en Francfort. Nous allons a París. Viviremos juntos et je te ferai voir des étoiles en plein jour.

Verás mujeres como no has visto nunca. Escucha...

-Si te doy cincuenta mil francos, ¿qué me quedará?

-Et cent cinquante mille francs, que olvidabas. Además, consiento en vivir en tu habitación un mes o dos, que saisje? Nosotros, seguramente, gastaremos en dos meses esos ciento cincuenta mil francos.

Tu vois, je suis bon enfant, te prevengo, mais tu verras des étoiles.

- ¿Cómo, todo en dos meses?

- ¡Claro! ¿Eso te asusta? Ah, vil esclavo. No sabes que un solo mes de tu vida vale más que la existencia entera. Un mes y a près ledéluge! Mais tu ne peux comprendre, va! ¡Vete, no mereces eso! Aïe! que faistu?

En aquel momento tenía el otro pie en mi mano y, no pudiendo resistir la tentación lo besé. Lo retiró vivamente y me dio algunos golpecitos en la cara. Finalmente, me despidió.

-Eh bien, mon ouchitel, te espero si quieres; me voy dentro de un cuarto de hora -gritó.

Al entrar en mi habitación estaba yo poseído de vértigo! ¡No era culpa mía si la señorita Paulina me había tirado a la cara un fajo de billetes y había preferido, desde la víspera, a Mr. Astley! Algunos de

esos billetes yacían todavía en el suelo. Los recogí. En aquel instante la puerta se abrió. El "oberkellner" en persona, que antes ni siquiera se dignaba mirarme, venía a ofrecerme el instalarme en el primer piso, en las soberbias habitaciones ocupadas por el conde B.

Permanecí inmóvil, reflexionando.

- ¡La nota! -exclamé al fin-. Me marcho dentro de diez minutos. "¡ A París, a París! -pensé-. Sin duda, estaba escrito"

Un cuarto de hora después nos encontrábamos, en efecto, los tres, la señorita Blanche, la señora viuda de Cominges y yo, en un vagón reservado. La señorita Blanche reía a carcajadas al verme, casi atacada de histerismo. La viuda de Cominges le hacía eco. No diré que estuviese yo alegre. Mi vida se partía en dos. Pero desde la víspera, estaba dispuesto a arriesgarlo todo. Quizás el dinero me producía vértigo. Peut- être je ne demandais pas mieux. Tenía la impresión de que, por corto tiempo -solamente por algún tiempocambiaba el rumbo de mi vida. "Pero dentro de un mes estaré de vuelta y entonces... y entonces nos veremos las caras, Mr. Astley." Sí, por lo que puedo ahora recordar tenía el corazón triste, por más que riese a porfía con aquella loca de Blanche.

- ¿Qué quieres? ¡Qué tonto eres! ¡Oh, qué tonto! -exclamaba la señorita Blanche, cesando de reír para reñirme seriamente-. Sí, nos comeremos tus doscientos mil francos, mais tu seras heureux commeun petit roi. Te haré yo misma el nudo de la corbata y te pondré en relación con Hortensia. Y cuando nos lo hayamos gastado todo, volverás aquí y harás saltar otra vez la banca. ¿Qué te dijeron aquellos judíos? Lo esencial... es la audacia. A ti no te falta y me traerás más de una vez dinero a París.

Quant a mot, je veux cinquante mille francs de rente, y entonces ...

- ¿Y el general? -le pregunté.

- ¿El general? Tú ya sabes que todos los días, a esta hora, va a comprarme un ramo de flores.

Precisamente esta vez le he encargado que me busque las flores más raras. Cuando el pobrecillo vuelva, el pájaro habrá volado. Correrá tras de nosotros, ya lo verás. ¡Ja, ja, ja! Estaré encantada.

En París me será útil. Aquí, Mr. Astley pagará por él.

Y así, de este modo, fue como me marché a París.

17

Parte 17

Empieza: «¿Qué diré de mi estancia en París? Fue, sin duda, un verdadero delirio, el colmo de la extravagancia.»

¿Qué diré de mi estancia en París? Fue, sin duda, un verdadero delirio, el colmo de la extravagancia.

Pasé en aquella ciudad poco más de tres semanas, al final de las cuales no quedaba nada de mis cien mil francos.

Digo solamente cien mil, pues di la otra mitad a la señorita Blanche, en dinero contante y sonante; cincuenta mil francos en Francfort, y, tres días más tarde, en París, un cheque por la misma suma, que hizo efectivo al cabo de una semana.

-Et les cent mille francs qui nous restent, tu les mangeras avecmot, mon ouchitel. Me llamaba así siempre. No creo que exista otro espíritu más interesado, más ávido, más codicioso que el de la señorita Blanche en ninguna criatura humana. Pero esto con respecto a su dinero. En lo tocante a aquellos cien mil francos, me explicó sin ambages que los necesitaba para instalarse en París.

-Puesto que ahora vivo en una situación decorosa, no quiero perderla; ya he tomado mis medidas para ello -añadió.

Por lo demás, yo apenas vi esos cien mil francos. El dinero estuvo siempre en sus manos, y en mi monedero, que inspeccionaba todos

los días, no había nunca más de cien francos, y, la mayoría del tiempo, menos.

-Veamos, ¿para qué necesitas dinero? -me decía, ingenuamente.

Yo no discutía. Nunca reñía con ella.

En cambio, con mi dinero arregló su piso con gran lujo. Y cuando me llevó al nuevo domicilio, dijo, enseñándome las habitaciones:

-Para que veas lo que, con gusto y economía, se puede conseguir; con poco dinero, con una miseria.

¡Una miseria que se eleva, no obstante, a cincuenta mil francos! Los otros cincuenta mil sirvieron para comprar coche y caballos. Dimos dos bailes, es decir, dos veladas, a las cuales vinieron Hortense, Lisette et Cléopatre, mujeres notables desde muchos puntos de vista, e incluso bonitas. Por dos veces tuve que desempeñar el papel absurdo de dueño de la casa, acoger y distraer a tenderos enriquecidos, obtusos e insoportables por su ignorancia y desvergüenza, a diferentes militares, escritorzuelos vestidos con fracs de moda, guantes de gamuza, con un amor propio y una envidia de la que no tenemos idea en Petersburgo, y ya es mucho decir. Tuvieron la idea de burlarse de mí, pero yo me emborraché de champaña y me tumbé en una habitación vecina.

Todo esto me resultaba sumamente desagradable.

-C'est un ouchitel -les informaba Blanche-. Il a gagné deux centmille francs, y sin mí no hubiera sabido qué hacer. Luego volverá a actuar de preceptor. ¿Saben ustedes de alguna colocación? Habrá quehacer algo por él.

Recurrí al champaña con demasiada frecuencia, pues estaba siempre triste y me aburría mortalmente.

Vivía en un círculo burgués, mercantil, donde se contaba por céntimos. Los primeros quince días, Blanche no podía sufrirme; me daba perfecta cuenta de ello; cierto que me vestía con elegancia, que me hacía el nudo de la corbata todas las mañanas, pero, en el fondo de su alma sentía por mí un sincero desprecio. Eso no me interesaba, no ponía en eso la menor atención. Melancólico y abatido, adquirí la costumbre de ir al Château des Fleurs, donde, regularmente, todas las noches me emborrachaba y aprendí el cancán -que se bailaba allí con mucho descoco-. Llegué a hacerme famoso en aquel ambiente. Finalmente, Blanche comprendió con quién trataba. Parecía haberse formado de antemano la idea de que yo, durante nuestras relaciones, la seguiría con un lápiz y una hoja de papel en la mano y llevaría una cuenta de gastos y de sus pillerías, tanto pasadas como futuras. Indudablemente se figuraba que regañaríamos por cada diez francos que gastase. Para cada uno de mis ataques, que daba por descontados, tenía preparada una réplica. Al ver que no ocurría nada de eso, tomó ella la ofensiva.

Más de una vez arremetió conmigo con mucha vehemencia, pero como yo callaba -tendido generalmente sobre la chaiselongue, con los ojos fijos en el techo-, acababa por maravillarse.

Al principio imaginóse que yo era sencillamente tonto, un ouchitel, e interrumpía sus explicaciones pensando probablemente: "Es tonto, es inútil despabilarle. No comprende nada." Solía marcharse para volver al cabo de diez minutos. Esto sucedía siempre que sus locos gastos aumentaban en desproporción con nuestros recursos.

Por ejemplo, un día que cambió los caballos del coche y compró un nuevo tronco por dieciséis mil francos:

-Vamos, bibi. ¿Estás enfadado? -dijo, dirigiéndose a mí.

- ¡No!... ¡Me fastidias! ¡Déjame! -repliqué, apartándola con la mano.

Esto le pareció tan raro que se sentó inmediatamente a mi lado.

-Mira, si me he decidido a pagar semejante precio es porque era una ganga. Podemos revenderlos en veinticinco mil francos.

-No lo dudo. Los caballos son soberbios y te hallas en posesión de un hermoso tronco. Esto es útil, pero déjame.

-Entonces, ¿no estás enfadado?

- ¿Por qué lo había de estar? Haces bien en adquirir ciertas cosas que te son necesarias. Todo esto podrá servirte para el día de mañana. Debes seguir este plan; si no, no podrás llegar al millón. Nuestros cien mil francos no son más que una gota de agua en el océano.

Blanche, que en vez de estas reflexiones, esperaba reproches, se quedaba como quien ve visiones.

- ¡Qué raro eres!... ¡Qué carácter tienes!... Mais tu as l'espritpour comprendre. Saistu mon garçon, aunque seas un ouchitel. ¡Debías haber nacido príncipe! ¿Entonces no lamentas que se nos acabe el dinero?

-No; cuanto antes, mejor.

- Mais..saistu... mais dis donc. Hablas como si fueras rico. ¡Desprecias demasiado el dinero! ¿Qué harás después?

- Después, me iré a Homburg y ganaré otros cien mil francos.

- Oui, oui c'est ça , c ést magnifíque! Y sé de seguro que ganarás y me traerás la ganancia. Lo haces tan bien que voy a acabar amándote de veras. Para recompensarte te amaré todo este tiempo sin serte infiel. Ya ves, sin amarte, parce que je croyais que tu n'est qu'un ouchitel -una especie de lacayo, ¿no es verdad?-; te he sido fiel, parce que je suis bonne fille.

- ¡Cuéntaselo a otro! ¿Y Alberto, aquel oficialillo mustio? ¿Te figuras que no lo vi?

- Oh, oh. mais tu es....

- ¿Por qué mentir? ¿Pero crees que voy a enfadarme? Me tiene sin cuidado, il faut que jeunesse se passe. Tú no ibas a despedirle, puesto que fue anterior a mí y le amas. Sólo que supongo no le darás dinero... ¿entiendes?

-Entonces, ¿no estás enfadado? Mais tu es un vrai philosophe, saístu ? -exclamaba entusiasmada-. Eh bien, je t'aimerai, tu verras, tu seras content! En efecto; desde entonces, pareció aficionarse a mí; incluso sentir amistad.

Así transcurrieron nuestros diez últimos días. No vi las étoiles prometidas; pero, desde ciertos puntos de vista, cumplió su palabra.

Además, ella me puso en relación con Hortensia, una mujer extraordinaria en su género y a la que, en nuestro círculo, llamábamos Thérèse philosophe...

No creo que merezca la pena extenderse más en esta parte de mi narración. Ello daría pie para otro relato, que no quiero insertar en

mis memorias. En el fondo, lo cierto es que deseaba terminar lo más pronto posible. Pero nuestros cien mil francos bastaron, como he dicho, para casi un mes, lo que sinceramente me sorprende.

Ochenta mil por lo menos fueron destinados por Blanche a compras; nosotros gastamos más de veinte mil, y... sin embargo hubo bastante. Blanche, que a lo último era casi franca conmigo, o al menos no me mentía respecto a ciertas cosas, reconoció que, en todo caso, no tendría yo que pagar las deudas que ella hubiese podido contraer.

-No te he hecho firmar ni facturas, ni pagarés -dijo-, porque te tenía lástima. Otra no hubiera dudado en hacerlo y hubieras ido a la cárcel. ¡Ya ves cómo te amo y lo buena que soy! ¡Sólo que esa maldita boda va a costarme un ojo de la cara! Porque, efectivamente, tuvimos boda. Esto ocurrió a fines de nuestro mes y, sin duda, se llevó los restos de mis cien mil francos.

Así que terminó la cosa -quiero decir nuestro mes y nuestra historia-,presenté la dimisión irrevocable de mi cargo de amante.

Explicaré cómo tuvieron lugar los acontecimientos.

Una semana después de nuestra llegada a París llegó el general, que se presentó inmediatamente en casa de Blanche, y desde su primera visita se instaló allí casi del todo, aun cuando, a decir verdad, tuviese alquilada una pequeña habitación no sé dónde.

Blanche lo acogió alegremente, con exclamaciones y risas y hasta le echó los brazos al cuello. Finalmente, fue ella quien le retuvo y le obligó a acompañarla a todas partes, al bulevar, al teatro, a casa de sus amigos... Tal empleo convenía aún al general; tenía buen tipo y era elegante, estatura casi alta, patillas y bigotes teñidos -había

servido en el cuerpo de coraceros-, rostro lleno de facciones pronunciadas. Sus modales eran perfectos. Llevaba el frac maravillosamente. En París lució sus condecoraciones.

Con tal personaje resultaba muy vistoso pasearse por el bulevar.

El bueno del general rebosaba de pura satisfacción. No esperaba tan grata acogida. A su llegada a París se había presentado casi temblando, pensando que Blanche lo rechazarla y expulsaría sin contemplaciones.

El aspecto que tomaron las cosas le encantó y pasó todo aquel mes en un estado de inefable beatitud.

Así seguía aún cuando partí.

Me he enterado después que el día de nuestra partida de Ruletenburg había sufrido por la mañana una especie de ataque. Cayó sin sentido y estuvo casi privado de razón y divagando una semana entera. Lo pusieron en tratamiento, pero un día burló a sus enfermeros, tomó el tren y se vino a París.

Naturalmente, la acogida de Blanche fue el mejor remedio para él, pero el rastro de su enfermedad subsistió largo tiempo, a pesar de su alegría. Era incapaz de razonar y sostener una conversación un poco seguida, a cada momento pronunciaba la palabra hum, se encogía de hombros... y salía así del paso.

Reía a menudo, con risa nerviosa, enfermiza, cascada. Otras veces permanecía horas enteras sombrío, como la noche, frunciendo sus espesas cejas. Había olvidado muchas cosas, estaba siempre distraído y había contraído la costumbre de hablar solo. Únicamente Blanche podía animarlo. Y en sus accesos de mal

humor se retiraba a un rincón. Era que no había visto a Blanche hacía rato o que Blanche se había marchado sin llevárselo o sin mimarlo antes de irse.

No hubiera podido decir lo que quería, y él mismo no se daba cuenta de su tristeza. Al cabo de una hora o dos -noté esto dos o tres veces, cuando Blanche permanecía ausente todo el día, probablemente en casa de Albertcomenzaba de pronto a agitarse, a mirar a todas partes, buscando algo bajo la influencia de un recuerdo, pero como no veía a nadie ni recordaba lo que quería preguntar caía en somnolencia hasta que llegaba Blanche, que alegre, compuesta y sonriente corría a él y le abrazaba.

Pocas veces hacía esto Blanche, pero en cierta ocasión que le prodigó estas caricias se emocionó tanto el general que rompió a llorar.

Desde que el general apareció en nuestra casa, Blanche empezó a ponerse a su favor. Recurrió incluso a la elocuencia; me recordó que le había engañado por mi causa, que era casi su novia, y que habiendo dado su palabra, él había abandonado a su familia, que yo había estado a su servicio y debí tener esto en cuenta. ¿Cómo no me daba vergüenza? Acabé tomando a risa sus frases, y las cosas quedaron así. Al principio se figuraba ella que yo era un imbécil, pero luego, al final, reconoció que tenía buen carácter. Tuve la suerte de ganarme la simpatía de aquella excelente muchacha. Aunque tarde, reconocía sus méritos.

-Eres un hombre bueno e inteligente -me decía en los últimos tiemposy... y... es lástima que seas tan tonto. ¡Nunca harás fortuna! Un verdadero ruso, un kalmuko.

Algunas veces me hacía sacar de paseo al general, exactamente como un criado lleva a pasear a un faldero. Lo llevé al teatro, al Mabille, a los restaurantes. Blanche me daba dinero para estas salidas, aunque el general tenía también y le gustaba mucho exhibir en público su cartera.

Un día casi tuve que emplear la fuerza para impedirle que comprase un broche que había visto en el Palais Royal y que a toda costa quería ofrecer a Blanche. ¿Qué era para ella un broche de setecientos francos? El general poseía por todo capital un billete de mil francos. No he podido saber nunca de dónde lo sacó. Probablemente se lo había dado Mr. Astley, pues fue éste quien pagó la cuenta del hotel.

Por el modo como me trató el general durante todo ese tiempo tengo la impresión de que ni siquiera sospechaba mis relaciones con Blanche. Aunque vagamente, había oído decir que yo había ganado una considerable cantidad, suponía sin duda que me hallaba en casa de ella en calidad de secretario, o tal vez de criado. Por lo menos continuaba hablándome con altanería, en un tono imperioso, y algunas veces hasta se atrevió a reñirme.

Una mañana, mientras tomábamos el café, nos divirtió mucho a Blanche y a mí. Era hombre poco susceptible. Pero de pronto se ofendió conmigo, ignoro por qué causa. El mismo seguramente lo ignoraba.

En una palabra, hilvanaba un discurso sin pies ni cabeza, a bátons rompus, diciendo que yo era un muchacho, que me tendría que enseñar a vivir.... que me haría comprender, etc. Pero nadie pudo entender nada.

Blanche no podía aguantar la risa.

Finalmente le calmamos y le llevamos a dar un paseo.

Muchas veces notaba que se ponía triste, que añoraba algo, que, a pesar de la presencia de Blanche, algo le faltaba.

En estos momentos se confió en dos ocasiones a mí; pero sin poder explicarse claramente, evocó su carrera, sus fincas, su vida conyugal. Entusiasmado con una palabra dicha al azar, la repetía cien veces al día, aunque no expresase por completo sus sentimientos ni sus ideas.

Intenté hablarle de sus hijos, pero él se zafaba y cambiaba rápidamente de conversación: "Sí, sí, los niños, tiene usted razón, los niños." Una vez tan sólo, un día que fuimos al teatro, exteriorizó cierta emoción.

-Son unos niños desgraciados -me dijo de pronto-; sí, señor, sí, ¡desgraciados niños! Algunas veces, durante la velada, repitió estas mismas palabras.

Quise hablarle de Paulina. Se puso furioso.

- ¡Es una ingrata! -exclamó-. ¡Es mala e ingrata! ¡Ha deshonrado a la familia! Si hubiese leyes aquí, la habría hecho entrar en razón. ¡Sí, sí!

Por lo que se refiere a Des Grieux, solamente el oír su nombre le sacaba de quicio.

- ¡Me ha perdido -decía-, me ha robado, me ha hundido en la miseria! ¡Fue mi pesadilla durante dos años! ¡Oh, no me hable de él jamás! Yo comprendía perfectamente de que se estaba llegando a

un acuerdo entre Blanche y él, pero permanecía callado, como de costumbre. Ella fue la primera en ponerme al corriente, ocho días antes de nuestra separación:

-Il a de la chance -me dijo-; la abuela está ahora verdaderamente enferma y sus días están contados.

Mr. Astley ha enviado un telegrama. A pesar de todo, el general es su heredero. Y aun sin eso, no sería un estorbo. Tiene su pensión, vivirá en el cuarto de al lado y será completamente feliz. Yo seré madame la générale. Frecuentaré la buena sociedad -era el sueño de Blanche-. Más tarde seré una rica propietaria rusa, j'aurat un chateau, des moujiks, et puis j'aurai toujour mon million.

-Pero, si a él le da por ponerse celoso, si exige... Dios sabe qué... ¿comprendes?

- ¡Oh, no, no! ¡No se atreverá! He tomado mis medidas, puedes estar tranquilo. Le he hecho firmar ya algunos pagarés a la orden de Alberto. A la más mínima que me hiciera, sería castigado. ¡Pero no se atreverá!

-Pues bien, cásate...

La boda se celebró sin fastuo, en la intimidad. Alberto y algunos amigos fueron invitados. A Hortensia, Cleopatra y otras no se les permitió asistir a ella. El novio se preocupaba mucho de guardar las apariencias.

La misma Blanche le hizo el nudo de la corbata y le perfumó.

Con frac y chaleco blanco tenía el aspecto muy comme il faut. -Il est pourtant tel comme il faut - confióme Blanche al salir de la habitación del general, como si esta idea le impresionase.

Como no prestaba a todo eso más que una vaga atención, a título de espectador indiferente, he olvidado muchas cosas. Recuerdo únicamente que Blanche y su madre no se llamaban ya de Cominges, sino Du Placet. El porqué ambas habían tomado el nombre de Cominges es cosa que ignoro. Pero el general parecía encantado y prefería el de Du Placet al de Cominges.

En la mañana del día de la boda, ya completamente vestido, iba de un lado a otro del salón, repitiendo con énfasis: "La señorita Blanche Du Placet, Du Placet", y su rostro reflejaba cierta fatuidad. En la iglesia, en la alcaldía, en su casa, durante la comida, se mostró no sólo alegre y satisfecho, sino también orgulloso. Blanche adoptó también, desde entonces, un aire particularmente digno.

-Ahora deberé comportarme de un modo completamente diferente -me dijo con gran dignidad-; pero hay una cosa muy desagradable en la que no había pensado: figúrate que ahora no he podido aprender mi nuevo nombre: Zagorianski, Zagorianski. "La señora generala de Zagorianski... Ces diables de noms russes... ! En fin, madame la générale à quatorze consonnes. Comme c'est agréable, néstce pas?"

Finalmente sonó la hora de la separación, y Blanche, aquella tontuela de Blanche, derramó algunas lágrimas en el momento de los adioses.

-Tu étais bon enfant -me dijo lloriqueando-. Je te croyais bête ettu en avais láir, pero te sienta bien...

Después del último apretón de manos me gritó de pronto Attends!, corrió al tocador y volvió con dos mil francos. ¡No hubiera esperado jamás eso de ella!

-De algo te valdrá este dinero. Tú eres tal vez sabio como ouchitel, pero tonto para todo lo demás. Por nada del mundo te daría más de dos mil, pues seguramente lo perderás todo. ¡Bueno, adiós! Nous serons toujours des bons amis, y si vuelves a ganar, no dejes de venir a verme, et tu seras heureux! A mí, en mi poder, me quedaban todavía quinientos francos; además, poseía un soberbio reloj que valía mil, gemelos ornados de diamantes, etc...; en una palabra, lo suficiente para vivir bastante tiempo sin preocupaciones.

Con toda intención he venido a instalarme en esta pequeña ciudad a fin de concentrarme y, sobre todo, a esperar a Mr. Astley. He sabido de fuente segura que pasará por aquí y se detendrá veinticuatro horas.

Me enteré de todo... y luego.... luego iré directamente a Homburg. No iré a Ruletenburg, al menos este año. Dicen que no es bueno tentar dos veces seguidas la suerte en la misma mesa. Además, Homburg es la metrópoli del juego.

18

Parte 18

Empieza: «Hace veinte meses que no había ni siquiera pasado la vista por estas notas hasta ahora que, solamente por hallarme bajo el...»

Hace veinte meses que no había ni siquiera pasado la vista por estas notas hasta ahora que, solamente por hallarme bajo el imperio de la angustia y de la pena, he pensado releerlas para distraerme.

Quedaron interrumpidas desde el día que partí para Homburg.

¡Dios mío! ¡Con qué alegre ánimo escribí yo entonces los últimos renglones! O más bien, con qué confianza en mí mismo, con qué esperanza inquebrantable. No dudaba lo más mínimo de mí. Han pasado dieciocho meses y estoy en peor situación que un mendigo. ¿Pero qué me importa? ¡Me tiene sin cuidado la miseria! ¡He causado mi propia perdición! Además, ninguna comparación es posible y es inútil predicarse a sí mismo la moral. ¡Nada hay tan absurdo como la moral en semejantes momentos!

Las gentes satisfechas de sí mismas, ¡con qué orgullosa satisfacción están dispuestas a censurar la conducta ajena! Si ellos supieran hasta qué punto me doy cuenta de mi ignominiosa situación actual no tendrían seguramente valor para culparme. ¿Pero qué pueden decirme de nuevo que yo no sepa? El hecho es

que todo puede cambiar con una sola vuelta de la rueda, y entonces esos mismos moralistas serán los primeros -estoy seguro de elloen felicitarme con amistosas bromas. Y no me volverán la espalda como ahora. ¡Que se vayan todos al diablo! ¿Qué soy ahora? Un cero. ¿Qué puedo ser mañana? ¡Mañana puedo resucitar de entre los muertos, comenzar una vida nueva! Puedo descubrir al hombre que hay en mí todavía en tanto que no esté hundido del todo.

Partí entonces, en efecto, para Homburg, pero apenas llegado me fui de nuevo a Ruletenburg, a Spa e incluso a Baden, en donde acompañé en calidad de criado al consejero Hinze, un canalla, que es aquí mi amo. ¡Sí, he sido lacayo durante cinco meses! Fue inmediatamente después de mi salida de la cárcel - pues he estado en la cárcel, en Ruletenburg, por deudas. Un desconocido me sacó de allí... ¿Quién fue?¿Mr. Astley? ¿Paulina? Lo ignoro, y la deuda fue pagada, doscientos talers en total, y me pusieron en libertad-. ¿Adónde podía ir? Entré al servicio de Hinze. Es un joven atolondrado, le gusta vagar y yo sé hablar y escribir tres lenguas. Me coloqué primero en su casa como una especie de secretario, por treinta florines al mes, pero acabé siendo un criado suyo. No estaba ya en situación de ser secretario y disminuyó mi sueldo. Yo no tenía dónde ir, así que me quedé con él y de este modo me transformé yo mismo en un lacayo. Pude ahorrar, sin embargo, setenta florines en cinco meses.

Una noche, en Baden, le anuncié que le dejaba. La misma noche fui a la ruleta. ¡Cómo palpitaba mi corazón! ¡No, no era el dinero lo que yo entonces buscaba! Sólo quería que al día siguiente todos aquellos Hinze, aquellos oberkellner, todas aquellas bellas damas de Baden hablaran de mí, se contaran mi historia unos a otros, me alabaran y seinclinaran ante mi suerte. Sueños y preocupaciones

pueriles, pero... ¿quién sabe? Quizás encontraría de nuevo a Paulina, le contaría mis aventuras y ella vería que me hallo muy por encima de todos esos golpes absurdos del azar... ¡Oh, no! ¡No es el dinero lo que busco!

Estoy seguro de que lo volvería a derrochar con cualquier Blanche yllevaría durante tres semanas un tren de dieciséis mil francos. Sé que no soy avaro. Hasta me tengo por pródigo... Sin embargo, con qué emoción oigo la voz del croupier: trente et un, rouge, impair et passe; o: quatre, noir, pair et manque. ¡Qué ávida mirada lanzo sobre el tapete donde están dispersos los luises, los federicos y los talers, sobre los montones de oro cuando se esparcen en cegador brillo bajo la raqueta del croupier, o sobre los cartuchos de monedas dispuestos en torno de la ruleta!

Al acercarme a la sala de juego, cuando oigo sonar las monedas, me siento casi desfallecer.

¡Qué noche inolvidable aquella en que llevé al tapete verde mis setenta florines! Empecé con diez florines y los puse a passe. Tengo cierta preferencia por el passe . Perdí.

Todo mi capital se reducía a sesenta florines. Reflexioné... y jugué al cero. Puse cinco florines a la vez.

A la tercera jugada el cero salió. Creí morir de alegría al cobrar ciento setenta y cinco florines.

No me alegré tanto el día en que gané cien mil.

Inmediatamente coloqué cien florines a rouge y volví a ganar.

Cuatrocientos a noir y seguí ganando. Ochocientos a manque, y ganaba, ganaba siempre.

¡Mil setecientos florines en menos de cinco minutos! ¡Ciertamente, en semejantes momentos se olvidan todos los fracasos anteriores! Había obtenido este resultado arriesgándolo todo. Era capaz de arriesgarme.

¡Volví a ser un hombre! Alquilé una habitación, me encerré en ella y permanecí hasta las tres de la madrugada contando el dinero.

Al levantarme a la mañana siguiente ya no era un lacayo. Decidí ir aquel mismo día a Homburg, donde no había sido criado de nadie ni había estado en la cárcel. Media hora antes de subir al vagón, me dirigí a hacer dos posturas, no más, y perdí quinientos florines. A pesar de esto marché a Homburg, donde estoy desde hace un mes...

Vivo, naturalmente, en perpetua inquietud, juego pequeñas sumas y aguardo algo que no sabría explicar.

Paso días enteros junto al tapete verde observando el juego, sueño con él, me siento embrutecido y me veo cubierto de lodo, como si hubiera caído en una charca.

A este extremo he llegado después de mi reciente entrevista con Mr. Astley.

Hacía tiempo que nos veíamos y nos encontramos por casualidad, en las circunstancias siguientes: Paseaba por el jardín, reflexionando que casi estaba sin dinero, pues sólo poseía cincuenta florines, porque la víspera había pagado la cuenta del hotel en el que ocupo un cuartucho indecente. Me quedaba el recurso de acudir a la ruleta y jugar una sola vez... Si la suerte me favorecía por poco que ganase, podría continuar jugando sí perdía, me vería precisado a volver a mi condición de criado, si no encontraba algún compatriota que necesitase un preceptor.

Abismado en estas reflexiones estuve paseando cuatro horas. Cuando, hambriento y malhumorado, me disponía a abandonar el jardín, vi a Mr. Astley sentado en un banco. Me senté a su lado. Al notar su aire grave, moderé inmediatamente mi alegría, que había sido muy viva al verle.

- ¡Vamos, usted aquí! Ya suponía que le encontraría -me dijo-. Es inútil que se moleste en contarme... lo sé todo. Su vida, durante estos veinte meses, me es conocida.

- ¡Bah! ¡De modo que espía usted a sus antiguos amigos!-repliqué-. Esto no le hace honor..., pero espere, que me da usted una idea. ¿No es usted quien me hizo salir de la cárcel de Ruletenburg, donde me hallaba encerrado a causa de una deuda de doscientos florines? Pagó por mí alguien que ocultó su nombre.

- ¡No, oh, no! ¡No soy yo quien le sacó de allí! Pero sí sabía que estaba usted preso por deudas.

-Entonces, ¿sabe usted quién fue la persona que pagó por mí?

-No, no puedo decir que lo sepa.

-Es raro. No me conoce aquí ningún ruso. Además, los rusos de aquí no rescatan a ninguno de los suyos. En Rusia, los ortodoxos rescatan a sus correligionarios. Yo creí que habría sido un inglés original, un excéntrico.

Mr. Astley me escuchaba con cierta sorpresa. Esperaba seguramente encontrarme hosco y abatido.

-Sea lo que sea, estoy muy satisfecho de ver que usted ha conservado toda su independencia de espíritu e incluso su alegría -dijo en tono bastante desagradable.

-Es decir, que a usted le duele no verme ni abatido ni humillado- repliqué, riendo. No comprendía inmediatamente. Luego se rió también.

-No me disgustan sus observaciones. Reconozco en sus palabras al cínico, entusiasta e inteligente amigo de antaño. Únicamente los rusos pueden ofrecer tantos contrastes. En efecto, al hombre le gusta ver a su mejor amigo humillado ante él. Es más, la amistad se basa frecuentemente en la humillación.

Es una verdad de todos los tiempos, conocida por todas las gentes cultas. Pero, en este caso particular, estoy sinceramente satisfecho de no verle abatido. Dígame, ¿no tiene usted intención de renunciar al juego?

- ¡Que el diablo cargue con él! Renunciaría inmediatamente, a condición...

- ¿A condición de rescatar lo perdido...? Es lo que pensaba yo. Lo ha dicho usted sin darse cuenta, luego ha dicho la verdad. Dígame ¿aparte del juego no hace usted nada aquí? Me sometió a una especie de interrogatorio. Yo no sabía nada.

Durante todo aquel tiempo no había leído los periódicos ni siquiera abierto un libro.

-Usted se ha embrutecido -observó-. No sólo ha renunciado usted a la vida, a los intereses personales y sociales, a los deberes de hombre y de ciudadano, a sus amigos... -pues usted tenía amigos-; ha renunciado también a sus recuerdos, todo a causa del juego. Conocí a usted en un momento apasionado y decisivo en su existencia, y estoy seguro de que ha olvidado sus mejores impresiones de aquel tiempo.

Sus sueños, los deseos que le obsesionan actualmente no van más allá del pairet impair, rouge, noir, la columna del centro, etc. ¡No me cabe duda!

-Basta, Mr. Astley, por favor, no evoque el pasado - exclamé, casi con cólera-. Sepa que no he olvidado nada, pero que temporalmente lo he desterrado todo de mi cabeza, incluso los recuerdos, hasta que rehaga mi situación... Entonces... entonces usted verá, volveré a la vida.

-Usted estará aquí todavía dentro de diez años -dijo-. Apostemos a que le recordaré esto, si para entonces vivo, aquí mismo, en este mismo banco...

- ¡Basta! -interrumpí con impaciencia-. A fin de demostrarle que no soy tan olvidadizo del pasado, permítame preguntarle dónde se encuentra ahora la señorita Paulina. Si no fue usted quien me sacó de la cárcel, fue ella seguramente. Desde entonces no tengo noticias suyas.

- ¡No, oh, no! No creo que haya sido ella. Ahora está en Suiza, y me complacería mucho que cesara usted de preguntarme acerca de esto -dijo con tono enérgico e irritado.

- ¡Eso quiere decir que también ha sufrido usted a causa de ella! Dije esas palabras casi inadvertidamente.

-Miss Paulina es la mejor de las criaturas, la más digna de respeto. Se lo repito, me satisfará mucho que no me pregunte nada acerca de ella. Usted nunca llegó a conocerla bien y considero su nombre, en boca de usted, como una ofensa a mi sentido moral.

- ¡De veras! Creo que se equivoca. ¿De qué puedo hablar sino de eso? Todos mis recuerdos se reducen a ella. No se preocupe, sin embargo; no tengo necesidad de conocer sus asuntos íntimos... Me intereso solamente, por decirlo así, por la situación mundana de miss Paulina, por lo que la rodea actualmente. Todo eso me lo puede decir en dos palabras.

-Sea, pues, en dos palabras, a condición de no volver más sobre ello. Miss Paulina estuvo largo tiempo enferma, y lo está todavía. Ha vivido algún tiempo con mi madre y mi hermana en el norte de Inglaterra. Hace seis meses, su abuela, usted recordará a aquella vieja loca, murió, dejándole siete mil libras esterlinas. Actualmente, miss Paulina viaja con la familia de mi hermana, que está casada. Sus hermanitos fueron igualmente dotados en el testamento de su abuela y se hallan estudiando en Londres. El general murió el mes pasado en París, de un ataque de apoplejía. La señorita Blanche le cuidó bien hasta el fin, pero ha sabido hacerle poner a su nombre todo lo que había heredado de su tía... Eso es todo, según creo...

- ¿Y Des Grieux? ¿No estará también viajando por Suiza?

-No. Des Grieux no viaja e ignoro dónde se halla. Además, una vez por todas, le ruego que evite tales alusiones; si no, tendrá que entendérselas conmigo.

- ¡Cómo! ¿A pesar de nuestras antiguas relaciones amistosas? -Sí, a pesar de nuestras antiguas relaciones.

-Mil perdones, Mr. Astley. No está en mi ánimo molestar a nadie. No acuso a miss Paulina. Para nosotros dos, las relaciones de un francés con una muchacha rusa son difíciles de explicar y de comprender.

-Si asocia usted el nombre de Des Grieux a otro nombre que no sea el de Paulina le exigiré me explique qué quiere decir con la expresión "un francés y una muchacha rusa" y qué entiende por relaciones. ¿Por qué, precisamente, un francés y una joven rusa?

- ¡Ah, ah, es eso lo que le interesa! Es una historia larga de contar, Mr. Astley. Sería preciso conocer bien, previamente, muchas cosas. Por otra parte, se trata de una cuestión muy seria... por cómica que parezca a primera vista. Un francés, Mr. Astley, es una "forma" terminada, elegante. Usted, como inglés, puede no convenir en ello; yo, como ruso, tampoco estoy conforme, aunque no sea más que por envidia, quizá. Pero nuestras muchachitas parecen ser de otra opinión.

Racine puede parecer a usted preciosista, amanerado y perfumado, y le costará trabajo leerle. A mí también me parece preciosista, amanerado, perfumado, incluso ridículo, desde cierto punto de vista; pero es encantador, Mr. Astley, y, además, tanto si lo queremos como si no, un gran poeta. El francés tipo, es decir, el parisién, se ha formado en el molde de la elegancia, mientras que nosotros éramos todavía una especie de osos desgarbados. La revolución heredó a la nobleza.

Ahora el francés más obtuso puede tener modales, procedimientos, expresiones, y hasta ideas de una forma sorprendentemente elegante, sin que para ello intervenga su voluntad, su alma o su corazón. Todo eso le ha sido transmitido por herencia. Pero pueden ser frívolos e incluso viles hasta el último extremo.

Sepa usted que no existe criatura más confiada y más franca que una joven rusa, buena, inteligente y sencilla. Un Des Grieux, en cualquier forma que se presente, puede ganar su corazón

fácilmente. Tiene elegancia, Mr. Astley, y la joven toma aquella elegancia por su propia alma, por la forma natural de su alma y de su corazón, y no como vestimenta heredada.

-Aunque no le agrade oírlo, Mr. Astley, debo confesarle que encuentro a la mayoría de los ingleses orgullosos e inelegantes. Los rusos tienen un sentido bastante delicado de la belleza. Mas, para discernir la belleza del alma y la originalidad, es preciso una independencia y una libertad superiores a la que poseen nuestras mujeres, y, en todo caso, más experiencia. Una miss Paulina -perdóneme, se me ha escapado este nombrenecesita mucho tiempo para resolverse a darnos la preferencia sobre un pícaro como Des Grieux. Le apreciará, le abrirá su corazón, pero ese corazón palpitará por el pícaro, el vil y mezquino usurero Des Grieux.

Lo hará por tozudez, por amor propio, porque Des Grieux se presentó ante ella con la aureola de marqués elegante, de hombre generoso, que se había arruinado para ayudar a su familia y a ese pobre diablo del general. Todas estas maniobras han sido descubiertas. Pero poco importa. Déle el Des Grieux de otro tiempo -he aquí lo que necesita-. Y cuanto más odia al Des Grieux de ahora, más piensa en el antiguo, aunque este último no haya existido más que en su imaginación. ¿No tiene usted intereses en un negocio de azúcar, Mr. Astley?

-Sí, soy uno de los comanditarios de la gran refinería Lowell &Co.

-Bien, Mr. Astley. Ser un Apolo de Belvedere y comanditar una refinería no son cosas compatibles, como verá. Por lo que a mí respecta, no soy más que un miserable jugadorzuelo, que no tiene

negocios, que ha dejado de hacer de criado, y eso miss Paulina, que tan bien montado tiene su servicio de espionaje, no lo ignora.

-Está usted amargado, y por eso se le ocurren tantos disparates- dijo, flemáticamente, Mr. Astley-. Sus palabras carecen del sello de la originalidad.

- ¡De acuerdo! Pero lo triste, amigo mío, es que habla en mí la voz de la verdad. Ni usted ni yo hemos podido conseguir su amor.

-Eso es un disparate, eso es absurdo... es... Sepa -exclamó Mr. Astley, con voz temblorosa y los ojos centelleantes-, sepa usted, hombre ingrato e indigno, desgraciado y mezquino, que he venido a Homburg a petición expresa de ella, a fin de verle, hablarle seriamente, y llevarle luego, a mi vuelta, todas las ideas, las palabras, los recuerdos de usted.

- ¿De verdad? ¿Es posible? -exclamé, vertiendo un torrente de lágrimas. Era la primera vez que lloraba en mi vida.

-Sí, desdichado; ahora que es usted un hombre perdido se lo puedo decir. Aún más, puedo asegurarle que le ama todavía, a pesar de que está usted aquí. ¡Está usted perdido! Antes no era malo, poseía aptitudes, hubiera podido ser útil a su patria, que tan necesitada está de hombres inteligentes. Pero usted no se moverá de aquí y arruina su vida. No le censuro. En mi opinión, todos los rusos están cortados por su mismo patrón. Cuando no es la ruleta, es otra cosa por el estilo. Las experiencias son muy raras. Usted no es el primero en desconocer la nobleza del trabajo -no hablo de vuestro pueblo-. La ruleta... es un juego esencialmente ruso. Hasta ahora ha sido usted honrado y ha preferido más ser criado que ladrón... Pero tiemblo al pensar lo que puede ocurrir el día de mañana. ¡Basta,

adiós! ¿Necesita dinero? Tome diez luises. No le doy más, pues de todos modos los perderá. ¡Tómelos y digámonos adiós!

-No, Mr. Astley; después de todo lo que acabamos de hablar...

- ¡Tómelos! -gritó-. Todavía creo que es usted bueno y se lo doy como se lo daría a un verdadero amigo. Si tuviera la certeza de que usted dejaba ahora mismo el juego y Homburg para volver a su patria, estaría dispuesto a darle inmediatamente mil libras para que comenzara una nueva vida, para que se regenerara. Pero si en lugar de mil libras le doy diez luises, es porque no veo en usted propósito de enmienda. ¡Perdería lo uno y lo otro! Tómelo y adiós.

-Lo tomaré, si usted me permite que le pague con un abrazo.

- ¡Con mucho gusto!

Nos abrazamos cordialmente y Mr. Astley se alejó.

¡Mr. Astley se equivocaba! Si yo había sido duro e injusto con respecto a Paulina y a Des Grieux, injusto y duro había él sido para con los rusos. No me quejo por mí. No se trata de eso tampoco.

Son hechos y no palabras lo que hace falta. Lo esencial ahora es Suiza.

Mañana mismo... ¡Oh, si fuese posible marchar mañana! Es preciso convertirse en un hombre nuevo, resurgir. Quiero demostrarles... Paulina sabrá que aún puedo volver a ser un hombre. Basta, para esto...

Hoy es demasiado tarde, pero mañana...

Tengo una corazonada. ¡Me quedan quince luises y en cierta ocasión empecé con quince florines! Si al principio se juega con

prudencia... ¿Seré un chiquillo? ¿Es posible? Pero... ¿quién me impide que rehaga mi vida? Con un poco de energía puedo en una hora cambiar mi suerte. Lo principal es tener carácter.

No tengo más que recordar lo que me ocurrió hace siete meses en Ruletenburg antes de perderlo todo.

Fue un ejemplo notable de lo que puede muchas veces la decisión. Lo había perdido absolutamente todo...

Al salir del casino siento que dentro de mi bolsillo se mueve algo. Es un florín. "Ya tengo bastante para comer", me dije. Pero después de haber andado unos cien pasos cambié de parecer y me volví.

Puse aquel florín en el manque. Verdaderamente se experimenta una sensación singular cuando, solo, en tierra extraña, lejos de la patria y de los amigos, y sin saber si uno podrá comer el mismo día, se arriesga el último florín. Gané, y cuando veinte minutos más tarde salí del casino, me hallaba en posesión de ciento setenta florines. He aquí lo que son las cosas, lo que a veces puede significar el último florín. ¿Y si yo ahora perdiese los ánimos y no me atreviera a tomar nuevas decisiones?

- ¡No, no; mañana ...! ¡Mañana todo habrá concluído!

19

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Empieza: «»

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

Sigue leyendo

Encontrarás el análisis de la obra, otras lecturas de Fiódor Dostoyevski y más libros completos gratis en labibliotecafilosofica.com.

Biblioteca de libros gratis ↗
Una ruta para empezar en filosofía ↗